



NISHA SCAIL

# Conquistada

NO JUEGUES A LOS DADOS CON UN DEMONIO



SERIE

*Soul Circus*



NISHA SCAIL

# Conquistada

NO JUEGUES A LOS DADOS CON UN DEMONIO



SERIE

*Soul Circus*

# CONQUISTADA

No juegues a los dados con un demonio

*Serie Soul Circus*

NISHA SCAIL

# **COPYRIGHT**

**CONQUISTADA**

**No juegues a los dados con un demonio**

**Serie Soul Circus**

**© 1ª edición febrero 2019**

**© Nisha Scail**

**Portada: © [www.fotolia.com](http://www.fotolia.com)**

**Diseño Portada: Nisha Scail**

**Maquetación: Nisha Scail**

**Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.**

## **DEDICATORIA**

A **Marisa Gallen Guerrero**, gracias por las risas, las opiniones y por esa maravillosa vista tuya que es capaz de ver a través de demonios calenturientos y asociados del gremio. Mil gracias de todo corazón.

Nisha Scail

## ARGUMENTO

Sacada a la fuerza de su casa y depositada sobre la acera de su edificio con nada más que lo puesto, **Helena** supo lo que era vivir una pesadilla. El hombre con el que llevaba viviendo desde hacía más de un año, se había esfumado llevándose todo lo que tenía y la había dejado en la calle con una desorbitada cantidad de deudas.

Ahora, una inesperada invitación le da la oportunidad de saldar la mayor de ellas y recuperar su hogar, pero para ello deberá arriesgarse en las mesas de juego del *Soul Circus Casino* y enfrentarse a un hombre que es mucho más de lo que se ve a simple vista.

Cuando la última deudora del *Soul Circus* se sienta a su mesa, **Aric** no puede evitar sentir que el pasado ha vuelto para recordarle que no puede vivir solo toda la eternidad. Ingenua, confiada, cabezota y con una infinitesimal tolerancia al alcohol, Helena convertirá su servicio en un verdadero infierno, uno en el que no puede evitar querer quemarse a pesar de todo.

Nunca juegues a los dados con un demonio, o te conquistará.

# ÍNDICE

<a href="#"><u>COPYRIGHT</u></a>
<a href="#"><u>DEDICATORIA</u></a>
<a href="#"><u>ARGUMENTO</u></a>
<a href="#"><u>ÍNDICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25</u></a>
<a href="#"><u>EPÍLOGO</u></a>

# CAPÍTULO 1

Helena podría haber enloquecido ante aquella situación de no ser porque su cerebro era bastante analítico y se había convencido de que antes de entrar en una institución psiquiátrica, tendría que matar a ese hijo de puta.

Si le quedaban dudas sobre su horrible suerte en las relaciones personales, con aquello se le habían despejado. Sus elecciones en materia de hombres eran un fiasco, igual de devastadoras que un tsunami, tenía un imán infalible para involucrarse con tipos extraños y problemáticos, pero cuando lo conoció, pensó que las cosas habían cambiado, porque él era muy distinto a los hombres con los que solía salir.

Mich Carmody era todo lo contrario a sus anteriores parejas, un hombre de negocios, un empresario carismático, educado y con ese aire sensual que lo hacía irresistible. Era alguien trabajador, responsable, no un vagabundo cualquiera sin oficio ni beneficio... o esa había sido la mentira que había sostenido delante de ella durante el último año.

Se habían conocido en la biblioteca en la que ella trabajaba, había sido galante y ocurrente, invitándola a tomar un café para seguir viéndose a lo largo de los meses siguientes hasta que él se declaró profundamente enamorado de ella.

Sí, el caballero de brillante armadura que había esperado la arrancase de las garras del enigmático amante que la había seducido y abandonado cinco años atrás, había resultado no ser tan brillante, en realidad era un chupóptero carroñero que la había desangrado sin que se diese cuenta para finalmente desaparecer de la faz de la tierra.



No había sospechado nada cuando la avisó apenas dos días atrás que iba a salir de viaje, era algo que hacía a menudo a causa de su trabajo. Le había dicho que la adoraba, que la echaría de menos y la llamaría tan pronto se lo permitiesen las incontables reuniones que tenía programadas.

Bien, no solo no la había llamado, sino que era perfectamente consciente de que no lo haría jamás, le había tomado el pelo, se había reído de ella, se había aprovechado de su buen corazón, de su confianza e ingenuidad y la dejó con tan solo lo puesto.

¿Y cómo había llegado a tan sorprendente revelación? Pues por la pareja de policías que se presentó a la primera hora de la mañana en su casa acompañados de un tipo trajeado que representaba a no sé qué empresa y que le comunicaron que iba a ser desahuciada en ese preciso instante.

En un abrir y cerrar de ojos se había visto obligada a abandonar su hogar con lo puesto y una mochila en la que había conseguido meter algunas de sus pertenencias personales así como su documentación. El motivo de tal ejecución era el impago de las cuotas de la hipoteca de los últimos seis meses, así como varias deudas por facturas de elevado importe en tiendas y boutiques exclusivas en las que no había comprado en su jodida vida.

La habían arrastrado de su hogar entre gritos y pataleos para dejarla allí, sentada en la acera, con su pijama de unicornios, las zapatillas deportivas que había conseguido calzarse y la mochila que le habían permitido quedarse. Ese estirado abogado, notario o lo que quiera que fuese y que acompañaba a la policía, daba órdenes como un sargento y le había prohibido llevar nada más aludiendo a que todo lo demás sería tasado para pagar sus deudas. ¡Sus deudas!

Bajó la mirada a la carpeta que mantenía sobre las rodillas, una que había visto mejores días y que contenía lo absurdo de lo absurdo; un montón de facturas a su nombre y la firma de Mich Carmody.

Esa sabandija también le había vaciado las cuentas, llevándose incluso su fondo para emergencias y dejándola en la total ruina. Ella, que no era otra cosa que una bibliógrafa encargada del fondo antiguo de la biblioteca, ella, que había ahorrado como una hormiguita todos esos años, se encontraba ahora mismo sin un centavo y con un montón de deudas a la espalda.

Uno de los policías que habían acompañado a ese aspirador legal fue lo bastante amable para decirle que se pasase por la comisaría e interpusiese una denuncia contra el hijo de puta de su ex pareja, pero todavía no había encontrado las fuerzas para despegar su helado culo de la acera y arrastrarse hasta allí para pedir que buscasen al hijo de puta de modo que pudiese pegarle un tiro.

—¿Cómo demonios he terminado en esta situación? —gimió y se pasó las manos por el pelo, revolviéndolo y haciendo que su ya de por sí salvaje melena, pareciese un nido de pájaros.

¿Por qué nunca había recibido una notificación o una llamada alertándola de su situación financiera? ¿Por qué nunca tuvo una carta de impago de esas supuestas boutiques? Más aún, ¿cómo podía haber sido tan estúpida de confiar ciegamente en un hombre hasta el punto de pensar que podían tener una vida en común, de permitirle tener acceso a sus pocas pertenencias? ¿En qué maldito punto de su relación él se había hecho con el control de todo?

Oh, Mich sabía cómo salirse con la suya sin mucho esfuerzo, su carisma era arrollador y tenía una habilidad especial para darle la vuelta a las cosas sin que te dieras cuenta de ello hasta que ya habías hecho lo que él quería. La había envuelto en mimos, en regalos, en pocas palabras, le había sorbido el seso con tanta efectividad que no había visto la maldad que se escondía tras cada una de sus acciones.

Tenía que haber sabido que aquello era demasiado bonito para ser real,

que un hombre como él no se habría fijado en alguien como ella, que lo suyo siempre sería atraer a todo tipo de cabrones sin escrúpulos que estarían más que dispuestos a desangrarla.

—Esto es de locos, de locos, de locos, de locos —pataleó llena de rabia y desesperación—. ¿Qué coño voy a hacer ahora?

No podía afrontar ninguna de las deudas que le reclamaban, ni siquiera eran suyas, pero, ¿cómo explicarle eso a la gente que exigía su dinero? Tenía que poner todo aquello en conocimiento de la policía y buscarse un abogado de oficio, pues ni siquiera podía costearse uno.

Volvió a mesarse el pelo y gimió cuando sus dedos se encontraron con un nudo, tirándole del cuero cabelludo.

—Joder, joder, joder... ¡Ni un puto cepillo me ha dejado coger!

Quería llorar, tirarse en el suelo y berrear como un bebé, pero ya era suficiente espectáculo ver a una mujer de treinta y tantos sentada en la acera en pijama y pelos de loca.

—¿Helena Albus?

Unos lustrosos zapatos aparecieron ante ella, levantó la mirada y comprobó que pertenecían a un hombre enorme, vestido de traje y con un maletín marrón oscuro en una mano enguantada; un atuendo un tanto extraño dado que estaban en plena primavera.

—Depende de quién lo pregunte —musitó mirándole con curiosidad y recelo. Lo último que necesitaba era recibir más malas noticias—. Si me trae facturas pendientes de pago, no, no lo soy. Ahora, si viene con una herencia bajo el brazo, entonces soy su chica.

El recién llegado ignoró su perorata, abrió el maletín y extrajo un sobre de color negro que le tendió sin más ceremonias.

—Esto es para usted.

Se lo quedó mirando sin atreverse a poner un solo dedo sobre ello.

—¿Qué es?

El extraño individuo dejó caer el objeto en su regazo.

—Es la deuda que ha contraído en el *Soul Circus Casino*, —le informó —, le agradeceríamos que abone el importe antes de siete días.

—¿Una deuda en un casino? ¡Si yo no juego! —Abrió la carpeta y jadeó al ver el importe que estaba escrito en negrita, se levantó como un resorte dejando que todas sus cosas cayesen al suelo—. ¡Doscientos mil dólares! Esto tiene que ser una broma, es imposible, esto no es...

Levantó la cabeza para decirle que estaba zumbado, pero allí ya no había nadie. Miró de un lado a otro de la calle, incluso se adentró en la calzada, pero el tipo se había esfumado por completo.

—Esto no está pasando —jadeó dando media vuelta.

Hizo una mueca al ver todos los papeles de la carpeta esparcidos por el suelo, se agachó para recogerlos y, entre ellos encontró un sobre que no había visto antes. Con un tacto sedoso, el intenso color negro del sobre resaltaba el anagrama de la efigie de un anfiteatro romano en dorado y las palabras *SOUL CIRCUS CASINO* impresas justo en su base; el mismo diseño grabado en el lacre que cerraba lo que a todas luces parecía una especie de invitación.

Resopló, miró de nuevo a su alrededor sin ver a nadie que no fuese algún madrugador transeúnte que dejaba ya su hogar para dirigirse al trabajo y rompió el lacre. Efectivamente, en su interior encontró una invitación.

—Queda cordialmente invitada a participar de la noche de juego del viernes en el *Soul Circus Casino*, allí tendrá la opción de abonar el importe de la deuda contraída o probar suerte y recuperar lo apostado —leyó en voz baja—. La esperamos.

Deslizó los ojos sobre la cartulina, la firma era de «La Banca» y había un pequeño epígrafe que hablaba sobre el código de etiqueta a utilizar en una de las esquinas inferiores.

—Blanco y de gala —leyó e hizo un mohín—. Tiene que ser una broma.

La dirección del casino aparecía en la parte de atrás de la tarjeta. Sacudió la cabeza, volvió a introducir la cartulina en el sobre y miró los papeles esparcidos por el suelo.

—¿Qué más me puede pasar hoy?

Quizá hubiese sido mejor que no hubiese hecho esa pregunta, pensó al escuchar el arrullo de una paloma que acababa de dejarle un regalito de lleno sobre los documentos.

Sí, era un hecho, las palomas podían entrar ya en su lista de «*los más odiados*».

## CAPÍTULO 2

*Cinco días después...*

Aric atravesó la estúpida ilusión de Gawrin sin parpadear, agitó la mano apartando las volutas de humo en lo que se disolvió esa cosa y entró directamente en la zona VIP del casino.

—¿Tenías que hacer eso? —chasqueó el ilusionista—. ¿Tienes idea de la cantidad de energía que requiere crear esas cosas?

—Deberíamos recurrir al servicio de correos humano —comentó Usher, sentado en uno de los sitios de la mesa circular que presidía la adornada sala.

—Entonces sí que no se entregaría ni una sola de las invitaciones a tiempo, eso si llegasen a entregar y no terminan perdidas en algún lugar de esas inútiles oficinas y almacenes —bufó Brishen echando su largo pelo negro hacia atrás—. Que se lo digan a mi secretario.

—Me alegra que hayas decidido unirme a nosotros en esta reunión, Aricles.

Miró al hombre que tenía en frente, el único que, a diferencia de todos ellos, ocultaba su rostro tras una máscara de bronce inexpresiva. Era «*La Banca*», el demonio que movía los hilos del *Soul Circus Casino*, un ser del que nadie sabía gran cosa y, las que se sabían, ni siquiera podían asegurarse de que fuesen reales. Rubio, con un tono tan claro que se confundía en

ocasiones con el blanco y con un atuendo que le recordaba a un novio humano durante la ceremonia de boda, era la antítesis física de los hombres presentes en la habitación. Pero esa luminosidad era engañosa, casi tanto como las ilusiones de Gawrin; si había alguien con un poder temible, era ese hombre.

—Bien, ya que estamos todos, procedamos con el informe trimestral — anunció recostándose contra el respaldo de su silla, cruzó las piernas y esperó. Nunca sabías a quién miraba realmente, pero lo sentías—. ¿Cuáles han sido nuestros resultados?

Gawrin agitó una mano delante de él y una serie de documentos aparecieron frente a cada uno de ellos sobre la mesa.

—Veamos... —empezó a explicar las estadísticas—. Hubo tres bajas por suicidio, no hemos podido llegar a tiempo.

—Odio cuando pasa eso —gruñó Usher, sacudiendo la cabeza—. Si tan solo pudiésemos hacer algo antes...

Aquella era una emoción compartida por todos.

—De las deudas contraídas, cien en total, se presentaron noventa y siete deudores, de estos solo dos hicieron el pago directo —continuó Gawrin tras unos segundos de silencio—. De los noventa y cinco restantes, el setenta y cinco por ciento jugaron contra la banca, hubo un dos por ciento de ganadores y el resto, perdieron. De los perdedores, solo un cinco por ciento aceptaron iniciar el servicio y el resto, están en manos de la justicia y nuestros abogados. Lo más probable es que no salgan de la cárcel.

—¿Algún inocente en esa tesitura? —preguntó la Banca.

El maestro de las ilusiones asintió y miró a Fey, que se sentaba contiguo a él.

—Nuestros abogados ya están trabajando para sacarlos y que no queden antecedentes —explicó el aludido.

—Bien, asegúrate de que no quede ni una brizna de residuo mental de su paso por nuestras instalaciones.

—Dalo por hecho.

Asintió complacido, aunque solo era una suposición basada en su tono de voz, pues era imposible discernir una sola emoción tras esa máscara.

—¿Quiénes han superado el servicio?

—Karen Manzano, la rubia voluptuosa con boquita de corazón —ronroneó Gawrin—. Ha vuelto a su granja de Maine y ahora tiene el suficiente dinero como para llevar a cabo ese programa de cría para el que estaba ahorrando. Su extorsionador ha terminado entre rejas en una cárcel mexicana, eso le enseñará a no golpear a mujeres y robarles hasta el alimento.

—¿Alguna secuela? —preguntó él mirando al guerrero. Aric conocía a Gawrin desde hacía siglos, habían compartido buena parte de su pasado.

—Puede que no sea capaz de caminar bien en varios días —ronroneó el hombre, pasándose la punta de la lengua sobre los colmillos—. Todo lo que recuerda es haber ido a hablar con los del banco, hacer algunos trámites a lo largo de la semana y al volver a casa encontrarse con que tenía todo lo que necesitaba para sacar adelante su negocio.

Sí, aquel era un requisito indispensable, no debía quedar rastro en la mente de los deudores de su paso por el casino, a menos que estos decidiesen formar parte del operativo del casino al final del periodo de servidumbre.

—¿Alguna incorporación fija en este último trimestre? —preguntó de nuevo la Banca.

—Fey ha añadido una bonita y voluptuosa irlandesa a su harem —apuntó Brishen—. Para mí sigue siendo todo un misterio que no te arrancase los huevos de cuajo a la primera oportunidad.

No era un misterio que si bien Rhiannon había aceptado el servicio, no se había tomado demasiado bien el comprender que este incluía a Fey durante



siete días. El tiempo que ambos habían pasado juntos había sido como una tormenta para el casino, pero era ese explosivo carácter de la mujer lo que había atraído también la atención del íncubo. Ambos parecían haber llegado a alguna especie de entendimiento, pues la irlandesa había decidido quedarse al lado de su compañero después del servicio.

Su compañero era un demonio sexual, así que el cosechar a la humana había sido un inesperado regalo para él.

Más que *croupier* o agente de cobro, Aric se veía en ocasiones como un psicólogo y analista del género humano, en su caso solo se relacionaba con mujeres, pero había aprendido con el paso de los siglos lo que estas podían llegar a sufrir bajo el yugo de la violencia y la falta de empatía. Otra cosa ya era que fueran tontas de remate y no tuviesen dos dedos de frente, a esas sencillamente se limitaba a mostrarles lo que podía hacer un poco de trabajo duro.

—¿Qué hay de las últimas invitaciones enviadas? —La Banca parecía estar de humor charlatán a juzgar por todas las preguntas que no dejaba de soltar por esa boquita—. ¿Cuántos deudores se espera que se unan al casino esta noche?

—Se entregaron cinco invitaciones, estaremos al completo si se presentan en su totalidad.

—¿Son todas mujeres? —preguntó Gawrin con curiosidad. El demonio ilusionista era bisexual y disfrutaba tanto de hombres como de mujeres.

—Todos son deudores —replicó él encogiéndose de hombros—. ¿Qué más dará?

—Detecto cierto hastío en tu voz, Aricles.

Volvió la cabeza para mirar a la Banca, fijó sus ojos en los de la máscara y se encogió de hombros.

—Todavía piensas en ella.

La mención a ese episodio pasado le provocó una punzada, era algo que se había esforzado por olvidar, una equivocación que no podía volver a pasar.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para dedicarle un segundo extra a aquello que ya no importa.

No replicó, no dijo nada y él ser incapaz de ver su expresión a veces lo enervaba.

—Bien, en ese caso hoy te harás cargo de la mesa de *Craps*<sup>[1]</sup> —declaró entonces con un tono de voz que no logró descifrar—. Se te da bien tentar a la suerte con los dados.

Se obligó a no poner los ojos en blanco. Aquella y la mesa del póker solían ser las áreas de las que se encargaba en el casino, así que no era una gran sorpresa. De hecho, prefería esa primera toma de contacto con las deudoras a tener que hacerse cargo de ellas durante el ritual de la «Arena» o el posterior servicio.

Su labor principal era la de conquistar el alma humana de la deudora a su cargo, para ello esta debía pasar la prueba en la mesa de juego: abonar su deuda en el acto o aceptar el servicio tras el cual le sería condonada.

Aric no se buscaba complicaciones y tampoco necesitaba la fuente de energía que alimentaba a los incubos, sus necesidades eran otras y tenía las armas necesarias para saciarlas. Solo necesitaba bucear en el alma de sus víctimas y extraer de ellas sus secretos, anhelos sexuales y hacerlos realidad. La satisfacción de su pareja era la propia y, bueno, si además obtenía un chupito de sangre, mejor que mejor, después de todo era un demonio *sanguinar* y el líquido rojo era la base de su existencia.

—Se me da bien hacer que pierdan, querrás decir.

—Siempre tan arrogante —chasqueó Gawrin—. Ardo en deseos de que llegue el día en que una de las deudoras te dé una paliza en tu propio terreno.

—¿Quieres que te dé yo una en el tuyo?

—Solo si lo haces desnudo y con la polla cubierta de chocolate, Aric — se relamió su amigo, deslizando una sensual mirada sobre él. Tenía que admitir que, si bien no estaba en el terreno homosexual, con Gaw podría hacer una excepción. Por suerte para ambos, antes le pegaría una zurra que dejar que le comiese la polla.

—Uy, esto se pone interesante —canturreó Fey.

—Cállate, Fey, o Gaw pasará sobre ti como una apisonadora y no sabrás que te ha follado.

—¿Dónde tengo que firmar? —Se emocionó el íncubo, guiñándole un ojo a su compañero.

—Niños, niños, si queréis jugar, tenéis la Arena para ello —les advirtió la Banca en tono divertido—. Pero no desperdiciéis las energías follando ahora sobre la mesa, dejadlas para los deudores.

Fey le guiñó un ojo solo para fastidiarle, entonces se volvió hacia el propietario del casino.

—Me quedaré en la mesa de *Baccarat*<sup>[2]</sup> —anunció con un sexual ronroneo—, tengo ganas de jugar con la paleta.

—Yo me haré cargo de la ruleta —anunció Brishen.

—En ese caso yo me quedo con el *Blackjack*<sup>[3]</sup> —se adjudicó Gawrin —, el nuevo *croupier* de apoyo está para que lo admire toda la noche.

—Usher, esta noche ocúpate tú de la sala —pidió la Banca al tiempo que se levantaba dejando la mesa—, y nada de juergas hasta después de las doce, ¿entendido, niños?

El aviso iba para todos, el casino cambiaba de aires después de medianoche, volviéndose un lugar recomendado para el erotismo y el juego sin normas.

Habiendo participado alguna que otra vez, Aric prefería encerrarse en sus dependencias con alguna fémmina o buscar fuera del casino alguna donante

dispuesta, que follar en el frenesí de una orgía. Al final no sabías ni dónde metías la polla.

—Alto y claro, jefe.

—Entendido.

—Sí, mantendré la polla dentro de los pantalones hasta que suene la doceava campanada.

Uno por uno fue dando su conformidad.

—Estupendo —asintió satisfecho y salió por la puerta—. Buena noche en la Arena, niños.

Una vez que la banca abandonó la sala, el aire pareció hacerse más liviano y cada uno de los presentes se relajó.

—Bueno, hermano, ¿tu nuevo pastelito todavía no le ha prendido fuego al harem? —preguntó Gawrin.

Fey se encogió de hombros.

—Lo ha intentado —asintió divertido—. Esa humana es un poquito temperamental y ha sido monógama hasta ahora, pero las chicas saben cómo hacer que se sienta en casa.

—Me parece un milagro que no te hubiese sacado los ojos después de descubrirlo.

El íncubo sonrió dejando los colmillos al descubierto.

—No estaba en condiciones para hacer otra cosa que no fuese suspirar y acurrucarse en mis brazos.

El grupo se rio ante sus palabras.

—Es una polvorilla, me alegra que decidiese quedarse —continuó con gesto reflexivo—. No cualquier humana estaría dispuesta a renunciar a su libertad para quedarse con un demonio y menos para compartir a dicho demonio con otras hembras. Ella es... especial de una manera extraña, supongo que se debe a que es humana...

—Haznos un favor y no te enamores, no quiero ver corazoncitos flotando por la mansión —gruñó Brishen señalándolo con un dedo—. Es el único lugar dónde puedo escapar de la Corte y no quiero escuchar suspiros.

—¿Vas a presentársela a la Mansión?

La Mansión era lo más cercano que existía al término hogar para ellos, un lugar en el que estar a sus anchas, dónde no tenían que vestirse con su traje humano y podían ser ellos mismos con sus colmillos, garras, alas y lo que fuese que tuviesen. Al mismo tiempo, también era un ente en sí mismo y se mostraba bastante puntillosa con ciertas visitas.

—Deja que primero se acostumbre a estar entre demonios y luego, si ves que tal, la traes de visita —rumió Brishen y se pasó una mano por el largo pelo negro—. Gracias a los cielos por ese elixir que has creado para el *Circus*, Usher, mis tímpanos te lo agradecerán hasta el fin de los tiempos.

Para un deudor el entrar en la arena del *Circus* era cómo enfrentarse a un mundo sobrenatural del que no tenían conciencia, sus mentes eran demasiado frágiles, demasiado quebradizas y se habían dado cuenta de que no siempre podían lidiar con lo desconocido de la manera correcta. Usher había recurrido a sus artes mágicas para crear un brebaje que minimizaba el impacto de ese nuevo mundo, permitiendo que aquellos que lo ingerían no terminasen rodando por el suelo abrazándose las rodillas o corriendo en círculos para luego chocar con una pared. No hacía desaparecer el miedo, la sorpresa u el horror que a veces causaba lo desconocido, pero los mantenía lo suficiente estables como para permitirles una paulatina inserción en su terreno. Al mismo tiempo, también hacía que se encontrasen más predispuestos a iniciar un servicio, con todo lo que ello conllevaba, sin llegar a anular en ningún momento sus propios deseos o voluntad.

—Y los míos.

—Y los míos también.

—Eso es unánime, chicos.

Sacudió la cabeza y estiró las piernas debajo de la mesa, estaba cansado, había tenido una noche movidita y no se había alimentado como debería, lo que hacía que estuviese un poco irascible.

—Aric, ¿alguna vez has pensado en que harás cuando alguna pobre deudora incauta decida elegirte?

Ladeó la cabeza para mirar a Fey, quién había hecho dicha pregunta.

—Sí, le mostraré dónde está la puerta y me encargaré personalmente de que la atraviese lo más rápido posible y sin billete de vuelta.

Sus compañeros se echaron a reír, sabían que lo haría y sin pestañear.

—Algún día te comerás esas palabras.

—Es probable, pero hoy no sucederá.

Lo último que necesitaba era volver a sentir algo por una mujer humana, despertar unas emociones que no hacían otra cosa que recordarle quién y qué era él.

Se levantó y abandonó su lugar al tiempo que se desperezaba.

—Necesito subir mis niveles de tolerancia antes de ir al casino. —Una sutil manera de decir que necesitaba alimentarse—. Os veré después.

—Si quieres puedo ofrecerte voluntario —ronroneó Gawrin.

Miró por encima del hombro y le guiñó el ojo.

—Gaw, la última vez que bebí de ti, terminé con una resaca sexual bestial.

—Debería haberme aprovechado entonces de ti —replicó su amigo pasándole el brazo sobre el hombro—. Ven, sé a quién puedes darle un mordisquito sin que te levante un dolor de cabeza tremendo... o la polla.

Sacudió la cabeza, pero no se soltó de su brazo. A pesar de sus chascarrillos sexuales, Gawrin era uno de los pocos por los que derramaría su propia sangre.

—De acuerdo, polla caliente, preséntame ese tentempié.

## CAPÍTULO 3

—No puede pasar.

—¿Por qué no?

—No va vestida conforme la etiqueta.

—Sí, bueno, es un poquito difícil rescatar el *Vogue* del armario cuando no tienes acceso al armario.

El gorila de la puerta no se inmutó. Si fuese un luchador de sumo no impondría tanto como lo hacía esa montaña vestida con traje y corte de pelo al cero, pensó Helena, que llevaba unos buenos diez minutos lidiando con él.

—Mire, en circunstancias normales ni siquiera sabría que aquí hay una casa de apuestas —aseguró con un resoplido—. Bueno, en circunstancias normales hoy no estaría aquí, sino en mi sofá, con un cubo de helado de chocolate viendo la peli del viernes por la noche. Porque estoy segura de que ya me habría dado cuenta de que el hijo de puta de mi exnovio, porque ya no sería novio, habría estado viviendo la vida loca a mi costa y no me habría desplumado como a una gallina. Pero como no ha resultado así. He tenido que pasarme la última semana corriendo de un lado para otro, pidiendo asilo en albergues, cuando no me ha tocado dormir en un banco en el parque y, créame, no es buena idea hacerlo a pesar de estar en primavera. Mal comiendo, eso también, aunque no hay mal que por bien no venga, seguro



que después de esto me quito esos kilitos que me sobran, por no mencionar que los malditos hijos de puta del banco se han lavado las manos porque esa puñetera comadreja tenía mis claves de acceso y estaba autorizado a sacar mi dinero. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Los del banco han ejecutado mi hipoteca y la única opción que tengo para recuperar mi casa es abonar un dineral que no tengo, porque, como ya dije me lo han robado. ¡Y si he venido aquí esta noche es para aclarar otro de esos puñeteros puntos!

A estas alturas todo su zen se había evaporado, sus buenas ideas se habían ido por la alcantarilla y todo lo que quería hacer era arrancarle la cabeza a alguien.

—¡Ese cabrón hijo de puta ha estado jugando, apostando o vete tú a saber, ahí dentro y me ha endosado a mí su deuda! —pateó el suelo con el pie—. Así que, o me deja pasar o hago una sentada y me tendrá aquí todo el puto mes. Después de todo, no tengo otro lugar a dónde ir y ese portal parece realmente cómodo...

—No va vestida conforme a la etiqueta.

Apretó los puños, siseó como una gata y le habría saltado encima como un ninja si no fuese porque: (a), no era un ninja y (b), la puerta se abrió en esos momentos dejando salir a un tipo vestido de negro de pies a cabeza, con unos increíbles ojos de algún extraño tono entre marrón y ámbar que dejó caer sobre ella.

—¿Qué es todo este escándalo?

Lo señaló por inercia.

—No quiere dejarme entrar.

El portero no tardó en replicar en el mismo tono aburrido que había utilizado hasta el momento.

—No va vestida de acuerdo con la etiqueta.

—Es un poco difícil hacerlo cuando no tengo otra cosa que lo puesto —

resopló irritada—. Además, ni siquiera quiero entrar aquí, solo necesito hablar con quién esté a cargo. Se ha producido un malentendido y he venido para solucionarlo.

El recién llegado se cruzó de brazos y la recorrió con la mirada.

—¿Cómo has dado con este lugar?

—¿Con esto? —Sacó la tarjeta que ya le había enseñado al otro individuo—. Me la entregaron hace unos días, no me dieron tiempo a decirles que se había cometido un error.

Él cogió la cartulina, le echó un vistazo y la miró con gesto interrogante.

—¿No eres Helena Albus?

—Sí, lo soy.

Asintió y le devolvió la tarjeta.

—Entonces no hay ningún malentendido.

—Sí, lo hay —insistió—. Yo no tengo ninguna deuda de juego.

—Esto dice lo contrario.

—No. Lo que quiero decir es que la deuda no es mía, es del cabrón hijo de la gran puta de mi ex novio —rezongó y agitó la cartulina—. Eso tendría que habérselo enviado a él.

—Ese fue el nombre al que se inscribió la deuda, por ello está a su nombre —respondió el hombre con total tranquilidad—. Solo tiene que abonar el importe en la caja de cambio del casino, firmar y su deuda será condonada.

Se llevó las manos a las caderas.

—¿Te parece que soy capaz de llevar doscientos mil en los bolsillos?

La recorrió con la mirada.

—Aceptamos cheques.

Resopló.

—No tengo un cheque, ni un maletín y no voy a pagar una deuda que no es mía.

—En ese caso, señora Albus, deberá solucionar este asunto con la policía —le dijo y dio un paso hacia ella—. O puede aceptar la invitación del casino y entrar, estoy seguro de que podemos buscar una forma de solucionar este inconveniente sin tener que recurrir a las autoridades. ¿Y quién sabe? Puede incluso que gane lo suficiente para recuperar todo lo que ha perdido.

—¿Cómo sabe que he perdido algo?

La miró de nuevo de manera insultante.

—Bueno, no se ha molestado en vestir de etiqueta por lo que supongo que u odia el blanco o no tiene nada más que ponerse —aseguró tranquilo—. Por ello mismo estoy dispuesto a hacerme cargo de la responsabilidad y dejarla pasar, la acompañaré hasta el salón principal.

—No estoy interesada en los juegos de azar, a lo máximo que se me da bien jugar es al *Parchís*.

—Entonces se le darán bien los dados —comentó con un divertido gesto—. Hagamos una cosa, acompáñeme a la mesa, haga una única apuesta y, si gana esa única mano, daremos su deuda por saldada.

—¿Es usted el dueño del casino?

—Soy uno de sus socios.

Ella entrecerró los ojos, todo parecía demasiado bonito para ser real.

—¿Y si pierdo?

—Si pierde todavía tendrá una salida más para hacer frente a la deuda.

Negó con la cabeza.

—¿Y por qué no se la han ofrecido a ese orangután? —resopló—. Ya les he dicho que la deuda no es mía, yo jamás he pisado este lugar, si tienen cámaras de vigilancia, podrán constatar que lo que digo es así.

—Nuestros clientes tienen un mes para hacer frente a sus deudas de

juego, pasado ese tiempo, solicitamos el pago inmediato y lo hacemos al nombre que nos han dado como pagador. —Se encogió de hombros—. Esas son las normas del casino. Si prefiere solucionar el tema de su deuda en una comisaría de policía sería lamentable para usted, ¿no cree?

Parpadeó ante el tono de voz empleado y la manera en que la miró.

—¿Me está amenazando?

Alzó las manos.

—Me limito a explicarle las normas, señora Albus...

—Es señorita —rechinó los dientes—, olvide esa cosa de señora.

—Señorita Albus —se corrigió—. Como le decía, me limito a explicarle las normas del casino, de usted depende si desea arriesgarse o dar media vuelta y afrontar este percance en dependencias policiales. Le he ofrecido una posibilidad de arreglar las cosas de una forma rápida y sin influencias externas...

—¿Jugando en sus mesas de juego? Sí, claro.

—Solo una tirada, si gana, toda la deuda quedará saldada y su suerte volverá a ser la que era.

—Ha dicho que había una segunda opción en caso de perder, ¿cuál es?

—Si pierde contra la banca tendrá la opción de abonar el importe en el momento o cambiarlo por siete días de servicio para el casino, tras el cual su deuda quedaría finalmente condonada.

Parpadeó.

—¿Siete días de servicio? ¿Se refiere a trabajar en el casino? —Arrugó la nariz—. ¿Una semana de trabajo por doscientos mil dólares? ¿Qué clase de trato es ese?

—Uno que la beneficiaría, sin duda —le sostuvo la mirada—. Ha dicho que la deuda no es suya.

—No lo es.

—Y a la luz está que no tiene solvencia suficiente para afrontarla.

—Por no tener, no tengo ni techo ahora mismo.

—En ese caso, ¿qué podría perder? —la engatusó—. Durante el servicio, en caso de que pierda usted, tendrá techo y todo lo que necesite. Y después, sencillamente la deuda será como si nunca hubiese existido.

—Suenan demasiado bien para ser verdad —negó—. Tiene que haber gato encerrado, nadie da algo a cambio de nada.

—No le estoy haciendo un regalo, Helena, si decide entrar la suerte será quien decida en qué manera saldrá su deuda, si jugando o llevando a cabo el servicio para la banca —resumió con educada amabilidad—. Piénselo, tiene... una hora, si decide aceptar, solo atraviése las puertas.

Señaló al portero, dejando claro que si estaba allí fuera no era porque le gustase la acera.

—Le recuerdo que no me ha dejado entrar, no voy de etiqueta.

Sonrió de manera extraña y la tuteó.

—No te detendrá. Para ti, Helena, será como si no existiese.

Dicho eso dio media vuelta y volvió a desaparecer tras las puertas del casino.

## CAPÍTULO 4

Aric levantó la cabeza de la mesa, sonrió al jugador que estaba haciendo la

apuesta y esperó el tiempo suficiente para crear suspense antes de hacer un movimiento.

—Diez, la banca gana.

—Tshh. Eres bueno, muchacho —declaró el hombre, quien ya había perdido las dos últimas manos—. Voy a ser inteligente y retirarme ahora.

Un movimiento sin duda inteligente, pensó y aceptó la mano que le tendía, estrechándosela.

—Que tenga una buena noche, caballero.

Recogió los dados y las fichas, colocando cada cosa en su lugar, echó un vistazo a su alrededor y encontró a Usher caminando en su dirección con gesto meditativo.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos a una deudora invitada que ha protagonizado una buena pelea con una de las sombras que guarda la entrada —comentó echando un vistazo sobre el hombro—. A juzgar por su aspecto, está claro que sus problemas financieros son acuciantes. Se ha saltado la etiqueta.

—¿Ha venido con invitación?

Asintió.

—Diría que pertenece a ese grupo de «incautas», cuya pareja, novio, marido o lo que sea, se aprovecha de todo lo que tiene sin que se dé cuenta de ello. Le ha endosado la deuda del casino —resopló y sacudió la cabeza—. Nunca se ha visto en algo semejante, a juzgar por su actitud reservada, las dudas que parecen ceñirla como un corsé y la desconfianza que destila por cada poro, está más perdida que una almeja en el desierto. De hecho, pidió, aunque eso parecía más bien una exigencia, hablar con el director.

Dejó escapar un pequeño bufido.

—Claro, díselo a la Banca, le va a hacer tanta ilusión el dialogar con una humana como arrancarse los colmillos. —Puso los ojos en blanco.

—Ya nos tiene a nosotros para eso —corroboro su compañero y señaló su área de juegos—. Ahora no tienes clientes, ¿podrías hacerte cargo de ella?

Imitó su gesto.

—Para eso, la mujer tendría que estar dentro del casino y sentadita en esa silla —le recordó—, y todo ello sin que la hayan coaccionado a ello.

—Si no hubiese visto que eso es lo que va a suceder, ¿crees que me habría molestado en venir a charlar contigo sobre ella?

Punto para el demonio, pensó Aric, Usher tenía la peculiar habilidad de ver el porvenir inmediato de las almas, eso hacía que fuese prácticamente imposible ganarle en las mesas de juego, a menos que quisiese que lo hiciese. Sabía lo que ibas a hacer incluso antes de que lo hicieras.

—¿Entonces?

—Entonces... Voy a seguir con mi trabajo de hoy, vigilar que todo marche sobre ruedas en el casino y tú te harás cargo de ese caramelito que entrará por la puerta en tres... dos... uno... ¡Bingo!

Se giró al sonido de la última palabra y ambos vieron cómo la puerta principal se abría y emergía de la breve zona sombría una figura femenina de melena leonada, generosas curvas y una forma de moverse que le dijo, sin necesidad de palabras, que el destino había vuelto a jugársela.

—Ya me darás las gracias después.

Usher le dedicó un guiño antes de atravesar la sala y reunirse con la recién llegada. Ella lo miró, estaba tensa, desconfiada y tan incómoda que era un milagro que no diese media vuelta y saliese huyendo. Pero, Helena no era así, si bien era de espíritu combativo, su alma era cálida, inocente, estaba dispuesta a confiar en los demás con todo lo que tenía y eso la había llevado, de alguna manera, hasta este lugar.

La recorrió con disimulo, no había error posible, la reconocería entre un millón de mujeres aún si estuviese cubierta de los pies a la cabeza. Se le llenó

la boca de saliva y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por tragar, los colmillos le hormigueaban en recuerdo de su sabor, uno que se había obligado a olvidar y que a la vista de lo que estaba ocurriendo, había sido un intento fallido.

Usher pareció señalarle algo y ella se giró, durante unos segundos sus ojos se encontraron y Aric volvió al pasado, a otro momento en el que esas gemas azules lo habían mirado con un sentimiento del que ahora carecían.

—Lena...

El pronunciar su nombre era reconocerla, admitir que esa mujer que había traspasado las puertas del club formaba parte de su pasado y que este había vuelto para devolverle el golpe.

Su compañero le señaló su área y ambos avanzaron en su dirección, con cada paso que daba era más y más consciente de que era real y que sus problemas no habían hecho nada más que comenzar.

—Aric, esta es la señorita Helena Albus. —Se la presentó—. Ha sido invitada a jugar para saldar la deuda que tiene con nosotros.

—Yo no tengo ninguna deuda con vosotros —musitó mirando de soslayo a su compañero—, ¿cuántas veces he de decirlo? Yo no he estado en este casino...

—Y sin embargo la deuda figura a su nombre.

Se giró al escucharle y esos penetrantes ojos azules se clavaron en él. Fue como recibir un impacto de bala, parpadeó, agitando esas largas pestañas y ladeó suavemente la cabeza.

—Bienvenida al *Circus Casino*.

Entrecerró los ojos y lo observó casi entre las pestañas.

—¿Nos conocemos?

Era imposible que lo recordase, se había encargado de ello y sin embargo, parecía buscar en su mente dónde lo había visto antes.



—La única manera en que podría haberse dado tal situación sería si hubiese estado antes en el casino, señorita Albus.

Apretó los dientes, levantó un dedo y dijo.

—Helena, por favor, ni señora, ni señorita, solo Helena.

—Como desees, Helena.

Su mirada resultaba más penetrante de lo que recordaba, especialmente cuando la clavaba de esa manera sobre él.

—Es extraño, pero juraría que le conozco y, como acaba de apostillar, es imposible, ya que es la primera vez que pongo los pies en este lugar — replicó haciendo hincapié en la imposibilidad de haber estado en el casino—. Quizá le haya visto en otro lugar.

—Quien sabe. —Se limitó a ser cordial y mantener una actitud distante, si había una mujer a la que no habría querido ver en ese lugar, era esta—. Por favor, siéntate.

Usher le dedicó una mirada elocuente un segundo antes de que escuchase su voz en la cabeza.

*«Es ella, ¿no?».*

*«Lo es. Pero no debería tener siquiera un remoto recuerdo sobre mí».*

*«Te alimentaste de ella».* No era una pregunta, sino una categórica afirmación. *«Eso puede haber influido en tus otras habilidades».*

Se contuvo para no gruñir en voz alta, fulminó a su compañero con la mirada y se obligó a mantenerse dentro de su papel.

*«¿Podrás hacerte cargo de ella?».*

*«¿Tengo otra salida?».*

Había sido demasiado brusco, pero no podía evitar sentir que el maldito universo había conspirado contra él para traer a esa mujer al *Soul Circus* y a su mesa.

La última vez que la había visto estaba llorando, con una mirada de

horror y pánico en el rostro, intentaba hablar a pesar del miedo, pero las palabras no emergían de su garganta y él, se empeñó en que así fuese. No hubo suavidad, no hubo comprensión, necesitaba alejarla de él y lo había hecho sin retener un solo gramo de su demoníaca presencia. Le había dado un motivo para temerle, para querer alejarse de él y entonces había nublado todos y cada uno de los recuerdos compartidos, esperando que fuese suficiente para permitirle seguir adelante y encontrar a alguien que la atesorase como se merecía.

Cinco años, cinco largos y malditos años habían pasado desde aquel atardecer en la playa y ahora aquí estaba, de nuevo frente a él.

«*Aric, ¿puedes encargarte de esta deudora?*».

Desvió la mirada para encontrarse con la de Usher, la insistencia en su voz era en parte trabajo y en parte preocupación.

«*Tengo que hacerlo*».

Comprendió que no permitiría que nadie más la tocara, no allí, no delante de sus narices. Su compañero dejó escapar un pequeño suspiro y posó la mano sobre el hombro de la mujer.

—Te dejo en buenas manos, disfruta de la noche, Helena.

«*A veces me gustaría ver estas cosas antes de que sucedan*». Escuchó de nuevo la voz de Usher. «*Buen juego, hermano mío*».

—Sí, claro, haría falta un milagro para que eso ocurriera.

El comentario de Helena devolvió su atención a la mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Entiendo que esta es la primera vez que estás en un casino.

Su mirada volvió a caer sobre él, levantó la barbilla en un intento de mostrarse fuerte, pero el temor y la incertidumbre seguían presentes en su mirada.

—Una comprensión inmaculada la suya, señor...

—Aricles, puedes llamarse simplemente Aric.

—Aricles... No es un nombre común, tiene una fuerza antigua — comentó ella al tiempo que ladeaba la cabeza—. ¿Eres griego?

—Me considero un poco de todas partes.

—Ya —dijo sin más. Paseó la mirada sobre la mesa y suspiró—. Dios, ni siquiera sé que hago aquí.

—Deseas confiar en la suerte y en el porvenir.

—¿Tú crees?

Sonrió por costumbre, se inclinó bajo la mesa, simulando coger algo y conjuró el famoso cóctel del club.

—Estás aquí, esa ya es una respuesta para tu pregunta —aseguró, puso un posavasos sobre el borde de la mesa y dejó la copa con un líquido azul en su interior—. Invita la casa.

Miró la copa e hizo una mueca.

—¿Tiene alcohol? —preguntó al tiempo que se inclinaba hacia delante y olisqueaba el líquido—. No me llevo bien con las bebidas alcohólicas.

Oh, era muy consciente de ello, pensó con una punzada de nostalgia.

—No notarás que lo lleva, es muy suave.

Ella volvió a fijar esos ojos sobre él, como si quisiera averiguar si lo que decía era cierto. Cogió la copa y le dio un pequeñísimo sorbo, paladeando en busca de algo que le dijese si le mentía o no.

—De acuerdo, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? —Señaló la mesa—. Ni siquiera sé jugar a las cartas.

—Esta es la mesa del *Craps*, se juega con dados.

Su respuesta fue dar otro sorbo a la bebida.

—No tengo la menor idea de qué es el *Craps* —aseguró contemplando el tapiz verde que ocupaba la mesa con sus respectivos recuadros—. El único juego de dados que conozco es el Parchís.

Sí, de eso no le cabía duda, él había jugado con ella y, los resultados de dicha partida, cómo no, habían sido a su favor.

—Lo haremos sencillo —la tentó, sacó un par de brillantes dados rojos que posó sobre la mesa delante de ella y una ficha de color negro con letras doradas en la que podía leerse la palabra «deuda»—. Si obtienes una puntuación de 7 o 11 puntos en alguna de las tres tiradas que te concedo, ganas y tu deuda será olvidada. En cambio, si sacas una de 2, 3 o 12 puntos, perderás...

Miró los dados, se lamió los labios y tragó, podía ver como el cerebro le iba a mil.

—¿Y qué ocurrirá si pierdo? —preguntó con un ligero tono ansioso en la voz—. ¿Me entregaréis en bandeja a la policía acusada de qué? La deuda no la contraí yo...

No, ella no la había contraído, pero alguien se había aprovechado de su gentileza, de su confianza...

—Pero está a tu nombre...

—Yo no...

Levantó la mano, silenciándola.

—Si pierdes, Helena, tendrás una última oportunidad de abonar el importe de la deuda —cogió la ficha, le dio la vuelta y vio el número doscientos—, o elegir servir en el casino durante los próximos siete días. Esas son las normas aquí, tú eres la que elige.

Respiró profundamente, hizo girar el contenido de la copa y dio un largo sorbo al contenido.

—De acuerdo, juguemos.

## CAPÍTULO 5

Helena lanzó su primera tirada, los dados de brillante color rojo rebotaron sobre el tapete de color verde, chocaron con las esquinas y se detuvieron.

—Un tres y un dos, eso hacen cinco puntos —le informó el atractivo *croupier*—. Ni ganas ni pierdes, tira de nuevo.

Se bebió el último trago del cóctel, se lamió los labios y estiró la mano para recuperar los dados. Había algo en esa mirada penetrante del otro lado de la mesa que le hacía cosquillas en la parte de atrás de la cabeza, como si hubiese algo que se le estaba escapando con respecto a ese hombre.

—Yo te conozco —murmuró jugando con los dados en la mano, sintiendo su tibieza, como si de verdad estuviesen calientes—. Estoy segura de que te conozco.

Él apoyó las manos sobre el borde de la mesa, los dedos largos, una piel muy bronceada que parecía hacer juego con la indumentaria completamente oscura que llevaba, solo el color rojo de la corbata resaltaba en medio de todo ese tono monocromático, eso y el peculiar tono entre marrón y ámbar de sus ojos.

—Tendré algún doble por ahí.

Negó con la cabeza, bajó la mirada a los dados y se frotó la nariz con el dorso de la mano con la que los sujetaba.

—No —negó de nuevo, sabía que no era así, pero no tenía la menor idea de por qué estaba tan convencida de ello—. Bah, da igual, antes o después me acordaré y me darás la razón.

Se echó atrás en la silla y miró los dados.

—Dijiste que el cóctel no tenía alcohol —rezongó, miró la copa vacía y se apoyó en la mesa, señalándole con el dedo—, que era suave, pero no me lo parece, no señor.

—Tienes que volver a tirar, Helena.

El recordatorio vino junto con el calorcillo de los dados, cómo si estos le estuviesen advirtiéndole que los lanzase ya sobre la mesa.

—No me presiones, no pienso bien bajo presión —protestó, dejó los dados fuera del tablero y los señaló—. Lanzaré los dados cuando yo quiera.

Miró los pequeños cubos e hizo un mohín.

—Y aquí estoy, jugando a los dados, ¿se puede ser más estúpida? —refunfuñó—. Pues claro que sí, claro que se puede. Si hubiese sido más avispada, si hubiese estado más atenta y no hubiese confiado en él, nada de esto habría sucedido.

Cogió los dados y los lanzó sobre la mesa. Bote tras bote esperó a que se detuvieran y, cuando por fin lo hicieron resopló.

—Un cuatro y un cinco, eso suman nueve puntos —relató el croupier—. Ni ganas, ni pierdes. Te queda una única tirada.

—¿Qué pasa si en esta tirada tampoco gano o pierdo?

—Esta es la tirada definitiva, ganar o perder es todo lo que puedes hacer —le aseguró.

Entrecerró los ojos y se apoyó en la mesa, su sonrisa había sido extraña a la par que reconfortante, pero había algo en ella...

—¡Claro! ¡Fue en la consulta del dentista!

Él parpadeó como si lo hubiese cogido por sorpresa.

—¿Disculpa?

—Te lo dije, nunca olvido una cara y esos colmillos... —chasqueó—. Tuvo que ser en la consulta del dentista... —Se frenó en seco, arrugó la nariz y se tocó el mentón—. Aunque llevo siglos sin visitar a ese matasanos.

—Ya seríamos dos.

Sacudió la cabeza, recogió los dados y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Qué verdad?

—Tú y yo nos conocemos. —Estaba segura de ello, era incapaz de decir el motivo, pero así era—. ¿Qué pasó? ¿Tuvimos un mal encuentro? ¿Nos separamos en malos términos? Ese tipo de cosas tiendo a borrarlas de mi mente. Bah, ya me acordaré...

—Me sorprendería que así fuera.

—No te caigo bien, ¿verdad? —insistió, la bebida le había soltado la lengua y, curiosamente se sentía bien, se sentía muy a gusto junto a ese hombre—. Supongo que no es la primera noche que tienes que aguantar el chaparrón de una mujer borracha contándote sus penas.

—¿De verdad te has emborrachado con el cóctel, Lena?

Sonrió ampliamente al escuchar aquel apelativo, no había mucha gente que la llamase de esa manera, de hecho, el último que había utilizado ese cariñoso apelativo había sido él... Ese hombre al que siempre tenía problemas para recordar, como si la necesidad de olvidarle hubiese emborronado su rostro y los días que pasaron juntos.

—Qué cosas, no hay mucha gente que me llame Lena, el último que lo hizo, se marchó. —Se llevó una mano a la frente y arrugó la nariz, tenía unas pequeñas molestias en las sienes, como si le pinchasen incluso entre los ojos—. Diablos, ¿estás seguro que ese cóctel no tenía alcohol?

—La última tirada, Helena, lanza los dados.

Hizo una mueca, se incorporó, miró los dados en la mano y los dejó caer, ni siquiera los lanzó, solo dejó que resbalasen y rebotasen suavemente sobre el tablero.

—He perdido.

Un dos y un uno marcaban cada uno de los dados, dejó escapar un suspiro y lo miró.

—Dos y uno, suman un total de tres puntos, la banca gana.

Se encogió de hombros.

—Está bien, ¿cuándo quieres que empiece a trabajar en el casino? —preguntó sin más—. Tengo experiencia como camarera, aunque nunca fui muy buena y dudo que mis conocimientos como bibliógrafa os vayan a ser de alguna utilidad. No tengo ni idea sobre juegos de azar, como acabas de comprobar, pero...

—¿Trabajar en el casino?

Su voz era como una cancioncilla que la atraía, que captaba su atención.

—Sí, es lo que dijo tu compañero, algo sobre servir durante una semana —arrugó la nariz y lo apuntó con el dedo—. Tú también lo dijiste, no me vengas ahora con que era todo un vacile.

—Sí, así es, esas son las normas —le confirmó—. Aunque creo que has confundido los términos, no se trata de trabajar en el casino, sino de servir.

Ladeó la cabeza.

—Servir a los clientes, atender a los clientes, ¿no es lo mismo?

Sus labios empezaron a estirarse en una cálida y perezosa sonrisa, su rostro adquirió un matiz muy distinto, sobre todo porque sus ojos parecían haberse vuelto de un extraño tono caoba.

—No, Helena, no lo es —aseguró mirándola fijamente—, porque no vas a servir a ningún cliente, tu servicio será única y exclusivamente para un



socio del casino.

—¿Qué quieres decir?

—Si aceptas el servicio a cambio de pagar tu deuda, estarás a mi cargo, solo me servirás a mí.

Tuvo que hacer un esfuerzo para hacer que su cerebro funcionase coherentemente y le diese las respuestas que se le estaban escapando y sabía que eran importantes.

—Espera, ¿servirte a ti? ¿Por qué?

—Porque soy quién te está dando la oportunidad de rescindir la deuda que has contraído con el *Soul Circus*.

Sacudió la cabeza una vez más, se pasó la mano por el pelo e hizo una mueca al notar como se le enredaban los dedos.

—¡Ay! Demonios, lo que daría por un cepillo.

Él estiró la mano y la deslizó por encima de su cabeza, sin tocarla, alisándole el pelo de una forma que solo habría podido conseguirlo en una peluquería. Cogió un mechón y lo examinó asombrada.

—¿Cómo has hecho eso?

—Si aceptas el servicio, lo descubrirás.

—Joder —dio un salto en la silla—. Creo que este cóctel era endemoniadamente fuerte porque me ha parecido ver que te brillaban los ojos.

Se pasó la mano por el rostro, frotándose y volvió a mirarle. Había algo en él que la inquietaba y, al mismo tiempo tiraba de ella desde lo más lejano de su mente.

—¿Quién eres? —musitó llevándose ambas manos a las sienes—. Dios, sé que te conozco, sé que te conozco...

—¿Vas a saldar tu deuda ahora o lo harás mediante la servidumbre? — Las palabras parecían resonar a su alrededor, como si hubiese cogido un

micrófono—. Tienes que elegir.

Se cubrió los oídos.

—Espera, tengo que pensar —protestó, ese maldito martilleo y las agujas la estaban volviendo loca—. Maldita bebida...

—Elige, Lena, tienes que elegir.

Las sienas le palpitaban cada vez más, no podía pensar con claridad, intentó levantarse y tuvo que aferrarse a la mesa pues las piernas no le obedecían como deberían.

—¿Qué me has hecho? —Lo miró con recelo—. ¿Qué había en la bebida?

Un fuerte brazo le rodeó la cintura, la presencia de un cuerpo fuerte y cálido la golpeó, como también lo hizo su aroma, uno que recordaba, que pertenecía a alguien a quién había conocido tiempo atrás, a quién había visto marchar, a quién...

—Ari...

El nombre se abrió paso a través de la neblina de su mente, levantó la cabeza y contempló ese rostro masculino que le devolvía la mirada, uno en el que empezaba a reconocer pequeños gestos.

—¿Me servirás durante los próximos siete días a cambio de tu deuda, Helena?

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo, ¿por qué insistía en lo mismo?

—Esa deuda no es mía.

—Sí o no, Helena.

Esos ojos parecían volverse cada vez más brillantes y más rojizos mientras los miraba.

—Demonios, estoy teniendo una jodida alucinación ahora mismo, tío, porque estoy viendo tus ojos del color de la sangre —entrecerró los propios y

se puso de puntillas para poder acercarse más a él—. ¿Ves algo con esas lentillas?

—No son lentillas.

—Sí, ya, a otra con ese cuento, señor lobo.

Él enarcó una ceja y sonrió burlón, al hacerlo dejó al descubierto un puntiagudo colmillo. Se estremeció, pero eso no evitó que levantase la mano y la llevase a sus labios.

—Debes de traer a tu dentista de cabeza con estos, ¿de dónde los has sacado?

Se apartó, evitando que lo tocara, pero lo mostró de nuevo al resbalar la punta de la lengua por uno de ellos.

—Han estado todo el tiempo dentro de mi boca.

Arrugó la nariz, se incorporó y se apoyó en la mesa para mantener el equilibrio.

—Uy, mira, el tapete es verde. —Se rio bajando la mirada al tablero, acariciándolo con los dedos—. Um, ¿se mueve el suelo? Ah, no, soy yo, parezco la torre inclinada de Piza.

—Lena. —Su nombre era como una cuerda que la llamaba a levantar de nuevo la mirada y encontrarse con la suya—. Respóndeme, ¿me servirás a cambio de la deuda?

—Si me lo pides con esa carita, es imposible negarte nada, guapetón — Sonrió como una idiota, le gustaba ese rostro, lo recordaba—. ¿Cómo te llamabas? Sé que nos conocemos, eres... eres esa persona, lo sé.

Dio un paso atrás y se rio, se apretó de nuevo contra la mesa y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

—¿Cuándo quieres que me ponga a fregar los platos?

Unos fuertes brazos volvieron a atraerla hacia ese cuerpo duro y magnífico, los ojos se posaron en ella y sintió un escalofrío de placer cuando

resbaló los nudillos sobre su mejilla.

—Recuérdame que no te deje beber nada que haya sido preparado en el casino.

—Te dije que no me sentaban bien las bebidas alcohólicas —murmuró apoyándose en él, acariciando la corbata y aspirando ese aroma tan conocido—. Um, sí, este aroma... lo he echado tanto de menos...

—No puedo creer que seas capaz de recordar...

Como si sus palabras fueran todo lo que necesitaba para que cayese el telón, Helena levantó la cabeza y lo miró. Sabía quién era él, recordaba esos días, esos momentos compartidos.

—Pero te recuerdo, Ari —murmuró pronunciando ese diminutivo que había usado entonces con él.

Sus ojos la capturaron una vez más, se quedó prendada en ellos, viendo su propio reflejo como en aquella ocasión, parpadeó, su mente parecía querer advertirla de algo, entrecerró los ojos y tiró de ese hilo, de ese escondido recuerdo y con él llegó el miedo, la sorpresa, la incredulidad, una imagen que se había obligado a enterrar profundamente en su interior.

—Tú... tú eras... yo te vi... te vi entonces... tú, tú eres...

Recordó el miedo, el shock, el terror que sintió cuando el hombre que conocía, con el que había pasado unos días inolvidables se convirtió en algo sacado de una pesadilla delante de sus ojos.

Las lágrimas le empañaron la visión y resbalaron por sus mejillas, lo recorrió siendo ahora perfectamente consciente de quién era ese hombre, sin dar crédito a que estuviese ahora ante ella, pero así era y esos ojos, esos labios, esos colmillos...

—Tú... ¡tú me asustaste hasta la muerte! —Lo golpeó sin previo aviso, descargando su rabia sobre él—. Me... me mentiste, todo lo que dijiste, fue una mentira y entonces, entonces te fuiste. ¡Te marchaste!

La sujetó por los brazos, deteniéndola.

—Basta. —No necesito ni levantar la voz, una repentina calma la barrió como si le hubiesen echado encima un cubo de agua helada, su rabia se esfumó de su sistema, pero no así de su mente.

—Todos los hombres sois unas ratas —siseó a pesar de todo—. ¿Qué es esto? ¿Otro de tus juegos? ¿Te has compinchado con él para hacerme esto?

—No soy el responsable de que estés aquí, Helena —aseguró con voz tranquila, casi fría—, pero desde este momento y hasta que termine tu servicio, seré el único ante el que debas responder.

Intentó alejarse, pero no se lo permitió.

—Estás loco si crees que voy a hacer algo para ti, eres...

—Un demonio —completó por ella sin darle más importancia—, y tú serás mi sierva.

Entrecerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle.

—Sí, claro, cuando el infierno se congele.

Él sonrió y no se molestó en ocultar lo evidente, algo que debería hacerla gritar como una posesa, como aquella primera vez y que, sin embargo ya solo le causaba curiosidad.

—Pues ve buscando un buen abrigo, Lena, porque lo vas a necesitar.

## CAPÍTULO 6

—Necesito explicaciones y también ir al baño.

Aric miró a la mujer que no dejaba de bailar sobre uno y otro pie mientras apretaba los muslos.

—Bueno, vale, las explicaciones pueden esperar —claudicó empezando a dar saltitos—. Así que dime dónde está el jodido baño o me lo hago en tus zapatos.

Sacudió la cabeza, extendió la mano y le señaló la dirección. Si algo había aprendido, era que esa mujer no era de las que amenazaba en vano.

—Ve hacia el fondo de la sala y gira a la izquierda, verás los letreros.

—Buen demonio, ahora, espera aquí, porque como tenga que buscarte por todo el jodido casino, haré lo que no hice la primera vez, Aric, te mataré —declaró con una amplia sonrisa—. Ahora vuelvo. ¡Paso! ¡Mujer en estado de emergencia!

Había hembras a las que era mejor mantener contentas, pero a aquella había que mantenerla lejos de cualquier bebida con marca de la casa. Era la primera vez que veía que el brebaje de Usher obraba tal desastre en un cliente, sabía que no llevaba ni pizca de alcohol, pero estaba claro que cualquiera de los misteriosos ingredientes con los que era elaborado la habían afectado con la misma intensidad que un fuerte licor.

Respiró profundamente, echó un vistazo al reloj en su muñeca y optó por seguirla, todavía quedaba tiempo hasta las doce, pero prefería sacarla de allí antes de que las máscaras cayeran y el casino se revelase como lo que era realmente en noches como aquella. Necesitaban sellar el acuerdo entre los dos, afirmar la voluntaria entrega de su servidumbre y solo había una manera de hacerlo; en la *Arena del Circus*.

El pensar en el lugar del ritual hizo que su pene palpitase, había tenido una maldita erección desde el momento en que capturó su aroma frente a la mesa y, después de haberla sentido contra él, de haber tocado su piel, la idea de tenerla desnuda se acercaba al nirvana.

¿Cómo pudo pensar siquiera por un momento que iba a ser capaz de olvidar a esa humana? ¿Cómo era tan iluso para creer que el que volviese a cruzarse en su camino no significaría nada? Helena había buceado a través de los recuerdos que creía borrados, sintió una inmediata familiaridad nada más verle y si no se había puesto a gritar y llorar como lo había hecho aquella vez en la que le mostró quién era en realidad, era tan solo por el brebaje. Su mente estaba procesándolo todo como si la suya no fuese otra cosa que una nueva etnia y acabase de cruzarse con ella.

—Explicaciones —murmuró para sí y soltó un resoplido—. Ay, Lena, no tienes la menor idea de en qué te has metido. Yo ya no soy el hombre que conociste, sino el que vas a conocer tan pronto atraveses la *Arena del Circo de las Almas*.

Se detuvo junto a la puerta de los baños, podía escuchar el agua correr al otro lado de la puerta, su aroma sostenido en el aire, pero su presencia... Abrió de golpe, los dos grifos de los lavabos estaban abiertos, el agua se escurría por el desagüe y la pequeña ventana del fondo, todavía contenía a la traviesa gatita que se había quedado encajada en ella.

Sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y acertó la distancia entre

ambos, sus pasos quedaban amortiguados por el sonido del correr del agua, así que ella solo se dio cuenta de su presencia cuando dejó caer la palma abierta sobre su trasero.

—¡Ay!

—Sabes, Lena, no sé si dejarte ahí un rato y recrearme con tu culo o sacarte para ponerte sobre mis rodillas y darte una zurra.

—¡Ninguna de las dos es una opción aceptable! —la escuchó gimotear—. Pero seré magnánima y te concederé la primera parte de tu segunda opción. ¡Sácame de aquí! Creo que me está subiendo la sangre a la cabeza. Dios, voy a vomitar. O lo haría si tuviese algo en el estómago que echar. Mierda. Tengo hambre. Quizá vomite después de comer algo.

Se cruzó de brazos y no movió un solo músculo, escucharla parlotear era algo nuevo para él.

—¿Aric? ¿Sigues ahí?

—Sí, difícilmente puedo irme a ningún sitio si no es contigo —le dijo sin más—. Aunque, ahora que veo mejor la escena, creo que estás en la posición perfecta para escuchar.

—¿Acaso tienes algo que decir? ¿Ahora? —rezongó ella—. Cualquier disculpa tuya llega cinco jodidos años tarde, es un milagro que me haya acordado siquiera de tu cara.

—No deberías y sin embargo lo hiciste, eres más fuerte o más testaruda de lo que pensaba.

—¿Podemos tener esta conversación cara a cara?

—La habríamos tenido en el momento en que salieses del baño —le dijo dejando caer de nuevo la mano sobre su trasero—, si hubieses elegido la puerta.

—¡Deja de pegarme y sácame de aquí, mal nacido!

Su respuesta fue descender de nuevo con la mano sobre ese apetitoso



culo, pero esta vez la dejó ahí, magreándose.

—Primero, nada de insultos, espero respeto durante la próxima semana, así que ya puedes ir buscándolo.

—Si piensas que voy a servirte en algo, estás más borracho que yo —canturreó moviéndose como un gusano atrapado—. ¡Sácame de aquí!

—No he bebido ni una gota —le informó, ignorando su pataleta—. Segundo, harás lo que yo diga cuando lo diga.

—Hombres, siempre tan ingenuos —chasqueó—. Claro, cariñito, cuando los cerdos tengan lunares.

—Y tercero, a menos que quieras follar en una sala llena de gente, te sugiero que dejes de retorcerte. —Su respuesta fue una inmovilidad inmediata—. Siempre he preferido follarte en privado.

Ella jadeó y volvió a retorcerse.

—¿En qué mierda de local he ido a parar?

—Esa boquita, Lena.

—Esto es un club de alterne, ¿no? —la escuchó musitar—. Lo del casino no es más que una tapadera, ¿verdad?

—El *Soul Circus* es un casino, ya has visto las mesas de juego.

—¡No me tomes por idiota!

—Nunca he hecho tal cosa.

Ella se quedó en silencio, dejó de patalear, escuchó algo parecido a un murmullo que no logró descifrar, entonces suspiró profundamente y pidió.

—¿Puedes sacarme de aquí, por favor? —pidió compungida—. En serio, se me está subiendo la sangre a la cabeza.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas, solo ciérralos.

La escuchó resoplar de nuevo, pero notó como su cuerpo se relajaba y,

con un solo pensamiento hizo que la ventana la aflojase, dejándola deslizarse hacia atrás para caer en sus brazos con un grito.

—¡Ay Dios!

—Te tengo —la sujetó, apretándola contra él, sus miradas se encontraron de nuevo.

—Esto es una absoluta locura —murmuró sin moverse.

—¿Lo dice la mujer que ha intentado escaparse por la ventana del cuarto de baño?

Sus mejillas ganaron color y no pudo evitar sonreír, era realmente atractiva y muy apetecible.

—Ahora sería un buen momento para esas explicaciones.

Él bajó la mirada sobre ella, se relamió y le cogió el rostro en las manos.

—Las explicaciones tendrán que esperar —le acarició el labio inferior—. No puedes menear el culo de esa manera delante de mis narices y esperar que no haga absolutamente nada.

—No he meneado el culo a propósito y menos para ti.

—Pero lo hiciste, ambas cosas.

—Tú y tu retorcida lógica.

—Veo que eso también lo recuerdas —sonrió y bajó sobre su boca, robándole un beso, probando de nuevo el sabor de la mujer que había abandonado tiempo atrás—, veamos que más recuerdas.

## CAPÍTULO 7

Helena lo recordaba a él, pensó en contestación a su pregunta, recordaba cosas que había olvidado, que se habían esfumado de su mente o habían sido dibujadas de tal manera que palidecían ante la realidad.

—¿Cómo pude olvidar lo que vi? —Se arrancó de su beso, jadeando, todavía con su sabor en la boca. Lo miró, sus ojos eran mucho más oscuros de lo que recordaba y esos desarrollados caninos, no había sido consciente de ellos, no como ahora, no hasta ese momento en el que todo cambió—. ¿Cómo hemos llegado a este momento?

—El destino es caprichoso, prueba de ello es el que estés ahora aquí después de tanto tiempo —respondió sosteniéndole la mirada—. No deberías recordarme, no completamente, para ti no debía ser otra cosa que una aventura pasajera, una muesca más en tu vida, esa es la manera en la que debías recordar todo. Desdibujé mi rostro en tu mente, maticé mi voz y cubrí con un velo lo que nunca entenderías sin acabar en la locura.

Recorrió su rostro con la mirada, los mismos ojos, los mismos planos, el mismo desafiante mentón, no había cambios en Aric, ni siquiera una maldita arruga.

—¿Quién eres?

—Sabes quién soy, Lena. —La inesperada caricia de sus dedos en su

mejilla la estremeció, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no inclinar la cabeza hacia la palma de la mano que la sostenía o ronronear como una gatita feliz—. Deja que te lo demuestre.

Resbaló el pulgar sobre su labio inferior, su mirada bajó sobre su boca y vio cómo sus labios se estiraban en una conocida sonrisa que le provocó un temblor en el estómago.

—No. —Se apartó de él cuando un ramalazo de pura necesidad se disparó directamente a su centro—. Las cosas no se arreglan con sexo.

Él resbaló la mano bajo su barbilla y se la alzó, obligándola a mirarlo.

—No, no se arreglan, pero sin duda ayuda a liberar la mente y dejar de pensar y pensar y pensar —le dijo con un tono de voz profundo y sexy. Volvió a acariciarle el labio con el pulgar, sonrió completamente y no pudo evitar estremecerse al ver de nuevo los desarrollados caninos que aparecieron en esa perfecta y blanca sonrisa—. El deseo tiene un lenguaje propio, ¿ya lo has olvidado?

No, no lo había olvidado, ¿cómo hacerlo cuando su cuerpo se había despertado como si le hubiesen puesto un enorme helado de chocolate delante al que poder lamer y mordisquear a su antojo?

—No, ya veo que no lo has hecho —ronroneó y todo en ella despertó a esa sensual voz, quiso huir de su contacto, pero sus brazos la rodearon desde atrás, atrapándola entre su espalda y la repisa del lavabo. Se encontró con sus ojos a través del espejo, le sacaba algo más de una cabeza y el tono castaño había adquirido una intensidad sobrenatural que le provocó un ligero escalofrío. Se apretó contra ella, sus manos ciñéndole la cintura mientras bajaba la boca contra su oreja y musitaba—. Hay cosas que son imborrables.

—Tú no eres precisamente una de ellas.

Él se rio, el sonido era ronco y muy erótico en sus oídos.

—Pero qué flagrante mentira —le hociqueó el cuello con la nariz—.

Por suerte para ambos, tu cuerpo siempre ha sido más sincero que tu boca.

Se inclinó sobre ella, acariciándole el costado del cuello, sus manos subieron a su talle, los dedos jugaron con los botones de la blusa y los fue desabotonando uno a uno. Aquello era una locura más grande que ninguna otra que recordase, si creyese en el cielo, posiblemente pensase que había terminado en el purgatorio y aquel era su carcelero particular. Pero no, había ido a parar a un lugar mucho más extraño, decidida a poner fin a aquel estúpido asunto sobre la apuesta y encontrar una solución. Todo lo que había encontrado, sin embargo, eran nuevos problemas y el principal era, con toda probabilidad, el más peligroso.

Los labios recorrían su garganta haciéndola contener la respiración, el aroma de ese hombre a especies exóticas y bourbon le hacía cosquillas en la nariz y licuaba su bajo vientre despertando un deseo que la ponía nerviosa. Los expertos dedos siguieron desabrochándole la blusa con suma lentitud, poniéndola nerviosa y aumentando al mismo tiempo su expectación, la intensa mirada la atrapaba desde el espejo, manteniéndola anclada en una especie de tela de araña de la que no podía escapar. Empezaba a sentirse como arcilla en unas manos expertas, las cuales no dudaron en soltar el último botón haciendo que los globos redondos de sus pechos se desbordaran por encima del sujetador, solo un segundo antes de que la prenda interior desapareciese como por arte de magia.

—Perfectos.

Jadeó, el sonido de su propia respuesta la escandalizó y la llevó a enrojecer, las puntas rosas de sus pezones empujaban contra los pulgares que se cernieron sobre ellos, engrosando cuando los hacía rodar entre los dedos con un hábil y sensual masaje. Sus manos más oscuras destacaban sobre su piel cremosa, atrayendo una y otra vez su mirada mientras su cuerpo recibía las sensaciones de estos sobre sus senos.

Notó la boca en su oreja, vio cómo su lengua emergía de entre los succulentos labios y resbalaba por el arco provocándole un escalofrío de placer, apretó los muslos de forma involuntaria y eso lo hizo sonreír. Era imposible no reparar en cada una de sus reacciones cuando las veía a través del espejo, cuando él hacía de sus caricias todo un espectáculo. Se acercó más a ella, apretándose contra su espalda y haciéndola muy consciente de la dura polla que ya se presionaba contra la parte baja de su espalda.

—Se te oscurecen los ojos a medida que gana terreno el deseo.

Helena tragó con dificultad, su respiración se volvió más pesada, su sexo tembló y la humedad comenzó a deslizarse por sus muslos, cómo si sus palabras fuesen igual a un afrodisíaco que la calentaba más y más. Le sostuvo la mirada un segundo y entonces él la empujó, obligándola a frenar la caída con ambas manos, extendió los dedos sobre la dura superficie del lavabo y el movimiento la hizo malditamente consciente de su presencia detrás de ella.

—Me gusta esta posición. —Su enigmática mirada correspondió a la suya a través del espejo mientras rozaba su barbuda mandíbula contra la suave piel de su mejilla—. Te tengo exactamente dónde quiero, Lena.

Jadeó al notar su mano incursionando bajo su falda, haciendo a un lado la tela de la abertura para acariciarle el muslo en sentido ascendente. Contuvo la respiración a medida que sus dedos se acercaban a la unión de sus muslos y casi se ahoga con su propia saliva cuando resbalaron sobre la húmeda tela de sus bragas.

Intentó moverse, apartarse de su contacto, pero él apretó más las caderas contra ella y acabó atrapada entre el lavabo, su cuerpo y la peregrina mano que jugaba por encima de la tela que le cubría el sexo.

—Tshh, no seas mala, no he hecho más que empezar.

Estaba sonriendo, sus ojos brillaban de una manera que le provocó una punzada de miedo, quiso protestar, quiso detenerle en ese preciso instante,

pero todos sus pensamientos volaron al momento que él deslizó un dedo por debajo de la ropa interior y empezó a acariciar su caliente y mojado sexo.

—¿Lo ves? ¿Lo sientes? Tu cuerpo llora por mí.

Cualquier palabra coherente se evaporó de su boca cuando su pulgar empezó a acariciar rítmicamente la rígida protuberancia de su clítoris, de no estar apoyada en la superficie de mármol, se habría caído al suelo de la impresión. Su cuerpo empezó a temblar, cualquier pensamiento inteligente voló de su mente y su boca emitió toda clase de sonidos desesperados hasta que él la pellizcó y el orgasmo la recorrió, cegándola, robándole el aliento y cualquier pedacito de cordura.

—¡Oh dios mío!

—Todavía no —le pareció escuchar que decía antes de profundizar más con sus dedos, cabalgando sobre su orgasmo.

Se arqueó contra él, mordiéndose los labios para evitar gemir en voz alta, cerró los ojos y jadeó, los rescoldos de la liberación la recorrían dejándola temblorosa, pero el palpitar entre sus piernas persistía, si acaso era más insistente que antes.

—Sí, esta eres tú, Lena, tan intensa, tan dulce.

Necesitaba más, le necesitaba, pero el solo hecho de pensarlo era una auténtica locura. Y entonces, lo sintió detrás ella, separándole aún más las piernas, arrastrando la tela sobre su cintura desnudando su trasero un segundo antes de que la cabeza de su pene empujase en ella, estirándola al tiempo que se introducía en su interior.

—¡Aric!

Se rio en su oído, su peso la empujó hacia delante y hacia abajo, se retiró solo para volver a empujar y con cada movimiento sus pechos rozaban el frío mármol estimulándola aún más. Clavó los dedos en sus caderas, sujetándola en cada empuje, dejando que su cuerpo se meciese con cada

golpe, pero impidiéndole al mismo tiempo alejarse de aquella erótica tortura.

Su mente dejó de funcionar, cualquier posible pensamiento coherente quedó hecho trizas, su cuerpo se convirtió en una herramienta de placer, todo lo que podía hacer era jadear, aferrándose con fuerza a los costados del mueble mientras él la follaba con embestidas largas y profundas.

Levantó la cabeza y abrió los ojos, encontró su mirada a través del espejo y se quedó prendada de ella, de la figura de ese musculoso cuerpo que se cernía detrás de ella y de la expresión de completa pasión y deleite que le transformaba el rostro. Sus ojos se habían vuelto de un intenso color rojizo, había desnudado los labios y esos sobrenaturales colmillos asomaban. Estaba traspirado de sudor, pero era el rostro más atractivo que había contemplado en su vida. Tragó, era incapaz de malinterpretar esa necesidad, esa intensidad y deseo con el que se conducía, la manera en que la aferró de las caderas y tiró de ella hacia atrás, encontrándola en cada empuje la volvía loca, derrumbaba cada una de sus defensas y la dejaba a sus pies.

—Ven a mí, Lena, abandona todo lo que eres y entrégate a mí. —Su voz parecía haber bajado un tono, había perdido ese filo humano y se había convertido en algo puramente sexual, intenso y oscuro—. Déjate ir y entrégame todo lo que eres.

Sus palabras actuaron como un afrodisíaco, su miembro pareció crecer en su interior y, un empujón después, Lena gritó a pleno pulmón, entregándose completamente y alcanzando por segunda vez el orgasmo.

Se derrumbó sin fuerzas sobre el lavabo, si no fuese por su fuerte brazo rodeándole la cintura se habría caído al suelo, estaba segura, pues ni siquiera le sostenían las piernas. Sus oídos se habían convertido en el receptor de un tambor, todo lo que podía escuchar era el latido de su corazón y el lejano resoplido de su respiración.

Notó el peso de una mano sobre su espalda, en una larga caricia sobre



su espina dorsal y su miembro todavía enterrado en su interior.

—¿Lo ves? El deseo manda —le escuchó musitar, sus manos se movieron sobre sus caderas, acariciándola con languidez—. Te conviene escucharle de vez en cuando.

Intentó moverse, empujando contra él, pero no se lo permitió, la envolvió en sus brazos y presionó su vientre y caderas con más fuerza contra el tocador. La forma en la que su cuerpo respondió a su miembro, todavía en su interior hizo que se retorciese de vergüenza.

—Suéltame ahora mismo, maldito colmilludo.

La carcajada inundó los lavabos, la vibración de la risa resonó en su interior y su miembro pareció empezar a endurecerse de nuevo dentro de ella provocándole un estremecimiento de placer.

—Pero qué genio tienes —murmuró a su oído, entonces la sorprendió con un beso sobre su hombro—. Va a ser una semana muy interesante.

Dio un paso atrás y la dureza de su miembro empezó a abandonarla, dejándola vacía, desolada de una manera que no comprendía. Él aflojó su agarre sobre ella, se escurrió dejando que la falda volviese a su lugar y se cubrió los pechos con la blusa mientras sentía, con cierta mortificación, como la humedad de su corrida resbalaba por sus muslos.

Con un gesto de satisfacción absoluto, se llevó una de las manos a la cadera y ladeó la cabeza, la recorrió con la mirada y asintió satisfecho.

—Bien, ahora ya podemos hablar de lo que quieras.

Entrecerró los ojos, apretó los dientes y bajó ligeramente la cabeza.

—De acuerdo, hablemos de cómo voy a matarte, maldito hijo de puta.

## CAPÍTULO 8

Fuego en la sangre, Helena siempre había sido un polvorín, era capaz de pasar de la más tierna de las actitudes a una fiereza que ponía en peligro a cualquiera que estuviese en su radio de acción en ese momento. Sabía que tocarla era arriesgado, pero no se arrepentía, si acaso el tenerla solo habían aumentado sus ganas de volver a hacerlo y esta vez poder tomarse todo el tiempo que quería con ella. El brebaje no solo la había emborrachado, sino que la había dejado predispuesta hacia él, por suerte o por desgracia, el efecto del cóctel parecía haberse aliviado un poco, pues la mujer parecía un poquito más centrada.

Le dio la espalda mientras se arreglaba la ropa, pero no por ello dejaba de lanzarle miradas fulminantes por encima del hombro. Solo cuando estuvo satisfecha con su aspecto, se giró hacia él.

—¿Vas a decirme a qué demonios estás jugando?

—Eso debería de preguntártelo yo a ti, sobre todo después de verte con medio cuerpo metido a través de la ventana —replicó con sencillez. No perdió de vista cada una de sus reacciones, el sonrojo en sus mejillas, el brillo en sus ojos, la manera en que apretó esos bonitos y apetitosos labios.

—Te dije que no tolero bien el alcohol.

—Y yo que esa bebida no tenía alcohol —le recordó—, obviamente, lo que quiera que tenga tiene el mismo efecto en ti que si te hubieses bebido una botella entera de vino.

Su sonrojo aumentó aún más, giró sobre sus pies y amagó con

marcharse.

—No debí venir a este lugar, sabía que había algo raro en esa invitación.

—No había nada extraño en la invitación, lo que leíste en la tarjeta es la única realidad —le dijo al tiempo que movía la mano y escuchaba como la puerta de los aseos se cerraba con pestillo—. Tienes una deuda con el casino, se te ofreció una manera de poder saldar la deuda y recuperar ese dinero y aceptaste las normas establecidas al coger los dados.

—En esas malditas normas no venía especificado la clase de servicio que demandabais —siseó y lo apuntó con el dedo—. No soy la prostituta de nadie.

—¿Acaso me has oído pronunciar esa palabra? —replicó cruzándose de brazos—. Estoy seguro de que no, puesto que no la dije en ningún momento.

—¿Y cómo llamarías a lo que acaba de pasar?

—¿Sexo? ¿Desfogue? ¿Un polvazo?

—¡Te largaste sin más! —Lo acusó, remontándose al pasado—. No, no sin más, primero me asustaste a morir, ¿y ahora pretendes volver como si tal cosa? ¿Cómo si nada hubiese cambiado?

—Todo ha cambiado, Helena —le aseguró—. Lo hizo en el momento en que aceptaste el servicio. ¿Esto? —Señaló el lavabo—. Solo ha sido una consecuencia de algo que ambos deseábamos, así que no le des más vueltas. Volverá a pasar, una y otra vez, siempre ha sido así entre nosotros.

—Eres un cabrón.

Puso los ojos en blanco.

—Si lo fuese, ahora mismo seguirías medio desnuda y te habría arrastrado hasta la Arena sin pensármelo dos veces para volver a follarte allí.

El rojo era un color permanente en su rostro, pensó divertido, un tono que le gustaba bastante sobre ella.

—Hazte una paja y déjame en paz —le soltó ella—, esto se acaba aquí y ahora.

Fue hacia la puerta y al ver que esta no cedía y no se abría, sofocó un jadeo y se giró de nuevo hacia él.

—Ábrela, Aric.

—No puedes irte, no ahora que has aceptado pagar la deuda a través del servicio.

—¡No voy a prostituirme!

—¿Volvemos con lo mismo? —chasqueó—. No eres una prostituta, Helena, eres una deudora del *Circus*.

—Esa deuda no es mía.

—Está a tu nombre.

Sacudió la cabeza, se pasó la mano por el pelo ahora liso y pateó el suelo.

—Esto no nos lleva a ningún lado —resopló, miró de un lado a otro y luego a él—. Mira, no tengo un maldito centavo, ¿vale? Me han desahuciado de mi propia casa, llevo la última semana durmiendo en un albergue, eso cuando no lo hago en la calle y todo por culpa de una maldita sanguijuela. Me ha vaciado mi cuenta del banco y, no contento con eso, me ha dejado llena de facturas de tiendas en las que yo jamás compré ni compraría. No tengo nada más que mi orgullo, Aric y todavía no estoy tan desesperada como para venderme a cambio de dinero.

—¿Con quién has hablado sobre todo lo ocurrido?

Su pregunta la llevó a suspirar una vez más.

—La policía, los del banco, incluso con un abogado de oficio y las respuestas de todos ellos son de todo menos alentadoras —señaló la puerta cerrada—. Y ahora esto. Esa deuda, ese dinero, yo no tengo doscientos mil, no tengo ni dos dólares. Si es que soy estúpida, muy estúpida, nadie da algo a

cambio de nada y aquí está la prueba.

—Cierto, nadie da algo a cambio de nada, pero tú has dado tu palabra y por lo tanto, servirás al *Soul Circus*.

Se quedó mirándole, como si estuviese buscando en sus ojos o en sus palabras la verdad o algo oculto.

—¿Y de qué manera podría servir en este lugar si no es trabajando en algún área o haciendo algo que me niego a hacer?

—Porque no se trata de «trabajar» para el casino, como de «servir» a uno de sus socios —replicó sin andarse con rodeos—. En este caso a mí, ya que he sido yo el que se ha hecho cargo de tu deuda.

—Y tú ya has dejado claro qué es lo que quieres a cambio, ¿no?

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua ante su tono de voz.

—Si tuviese corazón me sentiría herido, Lena, muy herido —le soltó, sacudió la cabeza y caminó hacia ella.

—Pero no lo tienes, Aric, lo dejaste muy claro hace cinco años.

Ignoró su pulla.

—Hemos follado y lo has disfrutado —le dijo mirándola a los ojos—. Haz a un lado tus sentimientos, Lena, de lo contrario esta semana va a ser muy larga para ti.

—No voy a pasar la semana cerca de ti.

—No, cerca no, la pasarás conmigo —la corrigió sin más—, y una vez termine el plazo, podrás decidir si quieres seguir con tu vida en el punto en que la dejaste o prefieres darle un giro. Tu deuda estará saldada y no habrá nada que te vincule ya al casino.

—¿Cómo sé que lo que dices es verdad?

—No lo sabrás hasta el séptimo día, entonces comprobarás por ti misma que todo lo que te preocupa, ha quedado atrás, incluyendo tu deuda con este casino.

Respiró profundamente, sin duda buscando serenarse y lo miró una vez más.

—Me has dicho lo que no es el servicio, pero no me has dicho lo que sí es.

—Una servidumbre a tiempo completo, una de la que yo disfrutaré al tenerte para mí y que tú encontrarás bastante estimulante.

—¿Esperas que sea tu esclava sexual?

—Espero que te pliegues a mis deseos, porque esos son también los tuyos, que te conduzcas con educación y respeto ante mí y ante terceras personas, que seas tú misma, porque eso es lo que quiero ver —resumió fácilmente—. ¿Crees que podrás hacerlo?

Entrecerró los ojos.

—¿Solo eso? —No parecía convencida, aunque sus palabras la habían calmado un poco.

—Vas a vivir conmigo durante los próximos siete días.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Podría ser peor...

—En la Mansión.

—¿Posees una mansión?

Sonrió y dejó a la vista sus colmillos, cosa que hizo que se estremeciese y fijase la mirada en su boca.

—Diría que más bien la mansión me posee a mí y a sus otros inquilinos.

—¿Otros inquilinos?

—Puedes entenderlo como una pensión humana.

La palabra *humana* la hizo respingar, su rostro le dijo que estaba recordando otro momento, unos recuerdos que debían haberse borrado y que sin embargo, conservaba.

—¿Por qué no siento ninguna clase de aprensión o temor ante todo esto? ¿Por qué veo que tienes colmillos y no salgo corriendo? ¿Por qué recuerdo el miedo que me hiciste sentir y ahora, ahora no puedo sino desear estrangularte? —Lo miró y había verdadera desesperación en sus ojos—. Aric, tengo miedo, pero no por lo que veo sino por lo que no puedo sentir.

Le acarició el pelo.

—A veces es mejor no pensar en las cosas que uno teme y afrontarlas directamente, solo así se puede llegar a comprender la raíz de ese temor y ver que en verdad solo era desconocimiento.

Respiró profundamente, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Siete días?

—Siete días.

Asintió más para ella misma que respuesta a él.

—De acuerdo —suspiró—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, como deudora, debes de ser presentada en la Arena, de modo que el *Circus* acepte el pago de la deuda bajo servidumbre.

—¿La *Arena*? —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué me suena que estás haciendo un símil entre un circo romano y la presentación de los gladiadores? Ya sabes, los imbéciles que van a morir aquí acuchillados, devorados por leones, etc. Te saludan, oh gran capullo del imperio.

Rompió en carcajadas, no pudo evitarlo, la imagen que ella acababa de presentar era realmente muy divertida y, en cierto modo, no estaba muy alejada del carácter real de la *Arena*.

—Hay cosas que es mejor experimentarlas directamente, el misterio hace que la incertidumbre crezca y uno se vuelva mucho más sensible a todo lo que lo rodea —sentenció, se lamió los labios y sonrió mostrando los colmillos—. Solo recuerda una cosa, Helena, yo soy el único que tiene poder sobre ti.

Dicho eso abrió la puerta con un gesto de la barbilla, le cogió la mano y tiró de ella sacándola del pequeño cubículo.



## CAPÍTULO 9

Helena empezaba a verse a sí misma como Alicia en el País de las Maravillas o, en este caso, Alicia en el País de las Orgías. La sala que apenas una hora antes había estado ocupada por jugadores y croupier, ahora parecía el escenario de una peli X; una muy rara.

—De acuerdo, Sombrerero, acabo de caerme por el agujero de Alicia en Pornolandia, ¿no?

Su acompañante gruñó, no parecía sorprendido por el espectáculo, sino molesto por encontrarse en medio de él.

—Esto es culpa tuya.

—Peeerdonaaaaaa —arrastró las palabras y agitó una mano en el aire señalando lo evidente—. ¿Ahora además de ser deudora soy maga?

—Si no te hubieses encerrado en los lavabos a estas horas ya estaríamos fuera de aquí y no tendríamos que atravesar esta locura colectiva.

—¿Esperas que pase por ahí en medio? —deslizó la mirada y no pudo evitar parpadear como un búho al ver a una pareja. Si bien ella parecía muy humana en su semidesnudez, el hombre parecía un cruce de fauno y vete tú a saber.

—¿Tiene el culo peludo? ¿Eso son cascos? —Sacudió la cabeza con un resoplido—. Dime que esto más que un casino es un burdel para que pueda

matarte alegremente y largarme de aquí a la velocidad de la luz.

Gruñó de nuevo, sus ojos se oscurecieron y desnudó los labios.

—Empiezo a pensar que habría sido mejor que no te bebieses el cóctel de bienvenida y fueses una humana normal acojonada.

—¿El cóctel? ¿Así que ahora te dedicas a drogar a las mujeres que aparecen ante ti? —Se llevó las manos a las caderas—. Qué bonito, Aric, pero qué bonito.

—Quéjate mañana, todavía no hemos llegado a lo más divertido de la noche.

—Ah, ¿pero hay más? —Se burló—. Dudo que algo pueda superar esto, cariño, es incalificable.

Y es que dudaba que alguien pudiese gemir más alto que la mujer que estaba siendo follada sobre la mesa de naipes, a pesar de tener la polla de otro tío en la boca, por no hablar de la pareja de hombres que se estaba practicando un sesenta y nueve mientras una preciosa morena reía y batía palmas mientras los miraba.

Estaba claro que su mente se había volatilizado, que lo que quiera que llevase la copa que le sirvió Aric era cojonudamente bueno, porque más que flipada y escandalizada, había empezado a excitarse y el recordar lo que su ex acababa de hacerle en el lavabo no ayudaba en nada a enfriar su ardor.

Se cubrió los ojos con las manos.

—Esto no está pasando, estás teniendo un sueño de lo más raro, cuando te despiertes estarás en tu cama, no te habrán desahuciado y nunca, jamás, habrás entrado en un casino en el que has vuelto a encontrarte con el hijo de puta del que solo recordabas lo bien que follaba, lo bueno que estaba y poco más.

—Buen intento, nena, pero no funcionará.

Dio un respingo al escuchar la sensual voz masculina que estaba

intentando relegar a un inoportuno sueño.

—Todo es real.

—Pues vaya una mierda.

—Puedes dejar de cubrirte los ojos con las manos.

—No quiero —negó sin despegar las manos—. Me estoy poniendo nerviosa con tantos ruiditos sexuales.

—¿Nerviosa o caliente?

Apretó los muslos cuando un agujonazo de placer la recorrió, bajó las manos y lo miró.

—Sácame de aquí ahora mismo.

El muy hijo de puta se cruzó de brazos y lo miró con esa expresión de divertida superioridad que la irritaba.

—¿Qué te dije sobre ser correcta y hablar con propiedad?

—Todavía no te he insultado —le recordó con un mohín—, y dadas las circunstancias creo que eso habla muy bien sobre mí.

Enarcó una ceja, su diversión empezaba a irritarla.

—No digas ni una sola palabra.

Un agudo grito la hizo saltar, miró hacia el lugar de procedencia e hizo una mueca al ver a una mujer pasándolo de puta madre mientras la poseían entre dos. No sabía si compadecerla o tenerle envidia.

—¿Pero qué narices estoy pensando?

Se pasó las manos por el pelo y les dio la espalda, encontrándose de nuevo con la mirada de Aric.

—Sácame de aquí, por favor, por favor, por favor.

Pasó de ella hacia el lugar que había estado mirando y cuando volvió a centrarse en ella había cierta curiosidad bailando en sus ojos.

—Ni una palabra, Aric, solo sácame de aquí.

—Lo haré con una condición —le dijo, llamando su atención—.

Déjame presentarte en la Arena.

—Lo que sea, lo que quieras, haré eso de los gladiadores y todo — asintió, cualquier cosa sería mejor que aquello—, pero sácame de aquí ahora mismo.

Sus labios se estiraron hasta que sus colmillos quedaron de nuevo al descubierto.

—Todo lo que se espera que hagas —le dijo al tiempo que se inclinaba sobre ella, acariciándole la mejilla con el aliento y finalmente con los labios —, es gemir, yo me encargaré de todo lo demás.

Parpadeó, se echó hacia atrás y lo miró.

—¿Gemir?

No respondió, se limitó a cogerla por sorpresa y echársela al hombro.

—Sí, mi querida Lena, gemir.

Helena empezó a perder el color y ya no sabía si era por sus palabras o por estar boca abajo sobre su hombro.

## CAPÍTULO 10

Había pateado y gritado con todas sus fuerzas mientras la llevaba como a una bombona sobre el hombro, se había desgañado, clavándole las uñas, amenazando con morderle, pero cualquier posible lucha que hubiese ejercido durante los pocos minutos que le llevó a Aric recorrer aquel laberíntico lugar, se esfumó en el preciso momento en que atravesaron el umbral de una puerta. Si entrar en el casino había sido cómo enfrentarse a un extraño *País de las Maravillas*, aquello fue como aterrizar de golpe en otra época, en un lugar que desafiaba las leyes de la física, pues era visualmente imposible que la monumental construcción que la rodease fuese a caber, ni por arte de magia, en la habitación de un edificio, por muy grande que este fuese.

Había estado en Roma en su viaje de fin de carrera y la sensación que tenía ahora al encontrarse en ese lugar, hacía palidecer su visita al Coliseo. Mientras que la construcción romana estaba en ruinas, aquel lugar parecía intacto, los arcos y capiteles de un inmaculado mármol, las gradas adornadas con enormes estatuas que representaban a algunos dioses conocidos y a otros que no reconocía y la arena que sintió bajo sus pies cuando Aric la dejó en el suelo era tan real como el firmamento cuajado de estrellas que se elevaba por encima de ella.

—Aricles de Epiro, ¿qué te trae a la arena del *Circo de las Almas*?

Se giró de inmediato hacia el lugar de procedencia de la voz, recorrió las gradas vacías hasta llegar a una tribuna en la que se encontraban tres figuras sentadas y vestidas de blanco, cuyos rostros quedaban ocultos en la penumbra.

—Traigo a una deudora que ha aceptado pasar la servidumbre, honorables *dikastes* —respondió con una voz firme, profunda, que parecía resonar en la inmensidad de aquel lugar—. Solicito el beneplácito de la *Arena*.

—Que la *Arena* de los tiempos antiguos guie tu mano y juzgue si su alma es digna.

La réplica llegó en varios tonos de voz, en distintos tempos y parecieron inundar cada recoveco del circo en forma de eco y cuando este se extinguió, también lo hicieron los tres individuos. Una serie de pebeteros empezaron a encenderse sistemáticamente alrededor del estadio, su luz se derramó hacia el centro, creando una especie de estrella en cuyo centro había una especie de estrado en penumbra.

Helena era incapaz de dejar de mirar de un lado a otro, incapaz de procesar todo lo que veía, lo que sentía al punto de empezar a palparle la cabeza.

—Respira, pequeña, solo respira.

—Esto... esto es... un circo romano.

—Es el *Soul Circus*, el *Circo de las Almas*, el lugar en el que se juzga, se encadena o se libera un alma.

—Pero cómo... —Giró sobre sí misma, mirando de un lado a otro, señalando el lugar por dónde creía que habían entrado, pues ya no conseguía orientarse—. Estábamos en el casino, en una sala y abriste una puerta... Es imposible que esto esté dentro de una habitación.

—El circo está en una dimensión especial —le dijo con un ligero

encogimiento de hombros—, digamos que no siempre está disponible para quienes quieren visitarlo y sí lo está para aquellos que deben llegar a él.

Le miró, entonces volvió a mirar a su alrededor, el cielo por encima de su cabeza y se estremeció.

—Creo que me va a estallar el cerebro.

—Cierra los ojos. —Notó sus manos sobre los hombros, los dedos firmes, cálidos—. Respira profundamente, siente el aroma del pasado, de la arena. Escucha, pon atención a los murmullos, oye lo que te dicen...

Siguió sus instrucciones empujada por su voz, cerró los ojos, respiró profundamente y escuchó el silencio, uno que pronto empezó a llenarse de murmullos, de voces que no acababa de comprender hasta que algunas palabras se hicieron más claras.

«*Entrégate*».

«*Bebe de él*».

«*Derrama el alma*».

«*Siente*».

«*Entrégate*». «*Entrégate*». «*Entrégate*». «*Entrégate*».

Todo se volvió una cacofonía, el calor empezó a extenderse por su cuerpo, se le hincharon los pechos, sus pezones se endurecieron y empezó a sentir como se humedecía a causa del deseo que surgía en su interior, un hambre inesperada que parecía dispuesta a arrasar con todo.

Abrió los ojos de golpe y se encontró frente a Aric, sus pupilas eran del color de la sangre, el ardor del deseo presente en ellas, su piel parecía más brillante e intensa, con un oscuro bronceado que hacía que quisiera relamerse.

—Bienvenida a la *Arena*.

Su voz era erótica, sensual y contenía un deje de sexo puro que la puso inmediatamente cachonda. Helena sabía que había batallas que no podía ganar y aquella era una de ellas.

La acechó como un león a su presa, la hizo retroceder, paso a paso, el suave crujir de la arena resonaba en el silencioso lugar, pero todo en lo que podía pensar era en la peligrosa bestia que la seguía, que la empujaba sin tocarla hasta el centro del circo.

—Sospecho lo que tienes en mente y no me parece que sea buena idea.

—Yo creo que es una idea maravillosa.

Su voz sonaba más oscura, su sonrisa se hizo peligrosa al mostrar esos colmillos, se estremeció, fue incapaz de retenerlo, como tampoco pudo evitar que su sexo palpitase de necesidad ante su presencia. Todo aquello era una locura, su mundo parecía haberse esfumado en un abrir y cerrar de ojos para ir a parar a otro en el que nada era lo que debía, dónde el suelo se convertía en techo y lo irreal en cotidiano.

Se detuvo al chocar con algo duro, miró por encima del hombro y comprobó con asombro que se trataba de una cama enorme sobre un estrado de piedra, con postes que imitaban a las columnas dóricas de las que colgaban unos pañuelos de seda oscura del mismo color que las sábanas que cubrían aquel lecho.

—Hora de jugar, Lena.

Escuchó su voz acariciándole la oreja, sus labios le mordieron ligeramente el arco de una de ellas, sin duda un truquito de distracción para que no fuese consciente de las muñequeras que rodearon de repente sus muñecas. Un parpadeo y miraba atónita a Aric, otro parpadeo y se encontró extendida sobre la cama, totalmente desnuda y con las muñecas ancladas a las cadenas que salían de cada argolla de las columnas.



## CAPÍTULO 11

—¡Ah no! ¡Ni hablar! ¡Suéltame ahora mismo!

Aric no podía dejar de mirarla, era como un sacrificio, una vestal dispuesta a entregarse al dios al que había sido consagrada. Se lamió los labios, verla contonearse sobre la cama, apoyando los pies sobre el colchón para levantar las caderas rezongando, era más de lo que podía soportar, su polla protestó al momento, doliéndose de necesidad. No importaba que acabase de tenerla, quería más, lo quería todo de esa mujer.

—¡Suéltame, te digo!

—Me parece que me gustas atada.

Chilló y le lanzó una patada, la cual esquivó por casualidad, las cadenas tintineaban con cada movimiento, su cuerpo blanco contrastaba contra las sabanas negras, era una diana en toda regla y era incapaz de quitarle los ojos de encima.

Se deshizo de su propia ropa con un pensamiento, su pene agradeció el haberse liberado de las constricciones, saltó sobre su estómago, erecto, estaba más que excitado ante la presencia de esa mujer.

—Aric, a menos que quieras que te arranque la piel a tiras, ¡suéltame ahora mismo, bastardo! —Volvió a tirar de las muñecas y emitió un suave gemido—. Sácame estas cosas, me hacen daño.

Le dedicó una mirada carente de interés, sabía perfectamente que las esposas estaban bien colocadas y no dañarían su suave piel.

—Deja de retorcerte y no te lastimarán.

Lo insultó y batalló como una leona durante algo más de quince minutos, entonces se rindió con un resoplido. Su cuerpo estaba brillante por el sudor, sus labios parcialmente abiertos mientras jadeaba en busca de aire.

—Eres un capullo.

Sonrió de soslayo, se levantó y caminó hacia ella.

—Prefiero el término demonio o *sanguinar*, si lo prefieres.

Las mejillas se le encendieron, su piel blanca adquirió un ligero tono sonrosado que le encantaba.

—Te llamaría colmilludo si eso no fuese insultar a los vampiros.

Sonrió con cierta ironía, si tan solo ella supiese.

—Si ya has terminado de protestar, ¿por qué no abres las piernas y me muestras lo que tienes para mí?

Su respuesta fue cerrarlas con más fuerza, estaba convencido de que eso era lo que iba a hacer, así que agitó la mano y tomó en sus manos el ritmo del juego. Las piernas femeninas se abrieron por sí solas, ella soltó un jadeo indignado y empezó a escupir maldiciones.

—Eso está mejor.

—¡Y una mierda que lo está!

—¿Vas a decirme que no estás mojada, muy cachonda y te mueres porque entierre mi polla en ese dulce coñito?

—Esta me la vas a pagar muy cara, Aricles.

Esperó hasta que su cuerpo se relajó de nuevo, no había necesidad de apresurarse, conocía a Lena y sabía que terminaba claudicando cuando todas las opciones de salirse con la suya se agotaban. Eso fue una de las cosas que le llamó la atención sobre ella, pasase lo que pasase, no se daba por vencida.

Subió al lecho, sus manos acariciaron los suaves muslos separándoselos. Se tumbó sobre el vientre, con la cara a centímetros de su sexo, manteniéndola abierta para él mientras le sostenía la mirada a través de su cuerpo. No pudo evitar sonreír con arrogancia, permitiéndole incluso ver un vislumbre de sus colmillos, recordándole así mismo quién era él y dónde estaba.

Desde luego, el brebaje del casino obraba milagros, aunque su durabilidad era finita, mañana volvería a ser dueña de todas y cada una de sus reacciones.

—Solo quiero darte placer, Lena, sé buena, quédate ahí quietecita y disfruta de la función.

No resopló, eso ya era una pequeña victoria, pensó bajando sobre la unión de sus muslos, resbaló las manos por la cara interior, abriéndola para él y se relamió interiormente. Sopló sobre su clítoris, una manera de hacerla consciente de la vulnerable posición en la que estaba, su respuesta no se hizo de esperar, el tintineo de las cadenas le dijo sin necesidad de mirar que estaba intentando liberarse. Tenía que admitir que la idea de tenerla así, atada a la cama, era realmente caliente.

Bajó la cabeza y gruñó ante su sabor, la lamió con suavidad, comprobando cada una de las reacciones de su cuerpo, sintiendo cómo se tensaba en un momento y se relajaba al siguiente, aprendiendo todo lo que podía sobre la extraña mujer que le había caído en el regazo. Jugó con la protuberante perla, atormentándola con la punta de la lengua mientras disfrutaba de su sabor, escuchó de nuevo el tintineo de las cadenas, pero ya no tiraba de ellas, sus dedos se envolvían alrededor de la cadena en busca de una sujeción que no encontraba de otra manera.

La torturó con lentas pasadas de la lengua haciendo engrosar ese nudo de nervios, con cada nueva pasada intentaba levantar las caderas, más su

posición le impedía mover siquiera el culo de la cama.

Sonriendo para sí resbaló la palma sobre su vientre, ascendiendo hasta sus pechos dónde encontró los tensos pezones que no dudó en atormentar, provocando que ese delicioso cuerpo se tensara bajo él.

Ella gimió, por más que quisiera retener esos dulces sonidos, su cuerpo hablaba por sí solo y se alzaba con el poder, sabía que la estaba excitando, que sus dedos y lengua la estaban volviendo loca, pero no lo admitiría así tuviese que caminar descalza por un campo de brasas.

—Aric —pronunció su nombre. No era una hembra dada a suplicar, lo que hacía que su rendición fuese si cabía mucho más dulce para él—. No te detengas...

Podía sentir su excitación, su necesidad de correrse, pero no iba a darle lo que deseaba con tanta facilidad. La torturó durante unos minutos más hasta que de sus labios ya no sabía si salían súplicas, gemidos o sollozos, entonces la llevó a su primer orgasmo con rápidas pasadas de su lengua. Notó su estremecimiento, la manera en que su sexo se contrajo y aumentó de color y esa deliciosa boca gritó de alivio, pero no dejó de lamerla, siguió saboreándola, succionándole el clítoris hasta que empezó a retorcerse y gemir, pronunciando una y otra vez su nombre mientras sacudía la cabeza de un lado a otro y tironeaba de las cadenas.

—Ari por favor... —lloriqueó—. Tú ganas, tú ganas.

Sonrió para sí, abandonó su entrepierna, se limpió la boca y se alzó sobre ella, enjaulándola entre sus piernas.

—Todavía no, pero lo haré, pronto.

La aferró de las caderas y tiró de ella, estirándola al límite de las restricciones, posicionó la punta de su pene contra la húmeda abertura de su sexo y empujó en su interior hasta alojarse por completo.

Gimoteó, se contorsionó, intentó moverse, pero las esposas le impedían

moverse, sacudió la cabeza de un lado a otro y musitó en voz baja cosas inteligibles.

—Siénteme, Lena, solo siénteme.

Deslizó las manos de las caderas a las nalgas, levantándola, buscando una posición cómoda para ambos, entonces empezó a retirarse solo para volver a enterrarse profundamente en ella. Se movió con golpes lentos y precisos, rotando las caderas para alcanzar ese punto que sabía la volvía loca, salvaje y hacía que se entregase completamente a él. Una y otra vez, entró y salió de su cuerpo, arrastrándola con él, seduciéndola cómo solo alguien de su raza podía hacerlo, ella podía haber terminado allí por equivocación, sin saber las reglas, pero ahora era suya y tenía la obligación de mantenerla en ese extraño limbo hasta que llegase el momento de traspasar el umbral de la carpa y tomar su propia decisión.

Estiró la mano por encima de su cabeza y chasqueó los dedos, al momento las esposas se abrieron dejándola libre, la cogió de las manos y tiró de ella hasta sentarla sobre su regazo, su polla completamente enterrada en su interior, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó, manteniéndose unido a ella solo por la punta.

—Rodéame el cuello con los brazos —la instruyó, guiándola a ello. No se resistió, su cuerpo le pertenecía, podía sentir su sexo pulsando, apretando la punta de su miembro haciendo que quisiese hundirse de nuevo en ella—. No me sueltes, Lena, pase lo que pase, nunca me sueltes.

Lo miró a los ojos, le envolvió los hombros con los brazos y se apoyó en él.

—Sigues siendo un capullo, *sanguinar* —le susurró al oído—. Acaba de una maldita vez y fóllame.

Sonrió para sí, tomó su boca en un hambriento beso y atrajo sus caderas contra las propias, penetrándola de golpe, arrancándole un gemido que se

repitió a lo largo de aquella erótica cabalgata que los dejó a ambos sin aire y completamente saciados en la arena del *Circus*.

## CAPÍTULO 12

Cuando la puerta se abrió por sí sola Aric supo que el Circo de las Almas había aceptado el sacrificio y concedía a la deudora la posibilidad de pagar su deuda. Aquel antiguo anfiteatro tenía sus propias reglas, nunca sabías a donde te llevaría cada puerta que se abriese ante ti, así que el que está los condujese a su propia habitación en la mansión lo hizo sisear. Vaciló en el umbral, echó un vistazo hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No puedes estar hablando en serio.

El silencio fue la única respuesta, sabía que tenía que dar el paso, no podía permanecer eternamente en la *Arena*. Bajó la mirada a la mujer que llevaba en brazos, Helena se había quedado frita, tan pronto posó la cabeza en su hombro suspiró y se quedó dormida.

Estaba agotada, pero su agotamiento venía de atrás, un cansancio psicológico que había llegado a su punto culminante en el casino.

Miró de nuevo la habitación ante él y dio un paso adelante con decisión, la puerta se cerró a su espalda y no necesitó mirar atrás para saber que se había desvanecido y allí solo estaba la pared.

Sintió el temblor bajo sus pies, una sutil manera que tenía la mansión de decirle que sabía que estaba en casa y que no venía solo.

Dejó a Helena en su cama, la vistió con una prenda que sabía le gustaba y la arropó con un gesto de la mano.

Parecía una niña inocente, un ser desvalido que había atravesado el mismo infierno, su fragilidad era lo que lo había atraído a ella esa primera vez cinco años atrás, lo que había hecho que no pudiese alejarse de ella tras

verla en aquella playa, contemplando el horizonte a la orilla del mar.

Él había salido en busca de una presa para saciar su hambre y había encontrado mucho más.

*Helena había sido ajena a todo lo que la rodeaba, estaba tan ensimismada en sí misma y en la forma en la que el agua le lamía los pies, que no le importaba que alguien la viese jugando allí, huyendo de las olas, dejando sus huellas impresas en la mojada arena. Se limitaba a disfrutar del momento y habría seguido haciéndolo en soledad de no ser por el oportuno vuelo de una gaviota a la que ella siguió con la mirada y lo encontró a él.*

*La resaca marina volvió a lamer la orilla, bañándole los pies con una fuerza que la hizo respingar.*

—¿Tan fría está? —mencionó, dedicándole una perezosa sonrisa que sabía solía atraer a las mujeres como una abeja a la miel.

—Un poco.

*Su respuesta fue vacilante, vio como paseaba la mirada por la cala, sabiendo que era una zona escondida, que no tenía mucha afluencia.*

—Te he asustado, te pido disculpas —declaró alzando ambas manos, mostrándose inofensivo—. Me parece que he interrumpido un momento íntimo con el mar.

*Sus palabras parecieron relajarla, le devolvió la sonrisa con renuencia y le dio de nuevo la espalda para contemplar el horizonte.*

—Es relajante sentir la brisa en el rostro y ese aroma a sal en el aire, no muchas veces se puede disfrutar de la intimidad de una cala como esta —comentó con una voz dulce, melosa, entonces lo miró por encima del hombro—, aunque parece que he perdido la exclusividad.

—Este lugar invita a la soledad, permite que cualquiera pueda quitarse la máscara, ser uno mismo, sin recibir el juicio de alguien más.

*Ella abrió los ojos como si hubiese dicho algo que la afectaba de modo*



cercano y lo vigiló a medida que avanzaba hacia ella.

—Soy Aric, por cierto —le tendió la mano a modo de saludo.

—Helena. —Correspondió a su saludo con cautela, podía ver en sus ojos que era precavida, pero también estaba interesada en él.

—Tienes un acento, curioso... —apreció—, no eres de aquí, ¿verdad? Negó con la cabeza y algunos mechones se escaparon de su recogido.

—No, solo he venido a pasar unos días.

—¿Trabajo?

—Algo así —aceptó aceptando su interés—. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Curiosamente también estoy de paso —admitió y se lamió los labios—. He venido a cerrar algunos negocios y el lunes volveré a casa.

—Así que, un viaje de fin de semana.

—A veces no se puede disponer de más tiempo.

Unos bonitos ojos azules lo miraron bajo las oscuras pestañas, la atracción estaba allí, pero también la cautela, como si el solo hecho de sentirse interesada en él la pusiese alerta.

—Pero si se sabe aprovecharlo, pueden crearse momentos verdaderamente inolvidables —murmuró bajando el tono de voz, dejando que su esencia pasease por su voz como un canto de sirena—, ¿no te parece?

Se lamió los labios, sonrió suavemente y ladeó la cabeza.

—No sabría decirte, hasta el momento no he creado ninguno.

Acortó la distancia entre ambos.

—Um, pues habrá que ponerle remedio, dulce Lena.

Todo lo que tenía en mente era seducirla, conquistarla, alimentarse de ella y abandonarla, poco podía imaginar que ese primer beso los llevaría sin embargo a compartir mucho más durante esos días.

Se despegó de sus labios escuchándola gemir, sonrió y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Te atreves a darte un chapuzón?

Ella parpadeó un poco confundida por su beso, lo miró y miró el agua.

—¿Ahora?

—Ahora —respondió besándola tras la oreja, arrancándole una risita al mismo tiempo—. ¿Acaso hay un momento mejor?

Se quitó la camisa, el cinturón, se deshizo de los zapatos y calcetines, le dedicó un guiño y se desprendió de los pantalones con total despreocupación.

—Cuando estés lista... —le dedicó un guiño, dio media vuelta regalándole una buena visión de su espalda y culo y se metió en el agua sin muchos aspavientos.

—¡Estás loco!

Escuchó sus carcajadas y, momentos después sus pasos chapoteando en el agua, jadeando por la fría temperatura y riendo aún más cuando él la salpicó.

—¡Está helada!

La rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—Eso podemos arreglarlo.

Capturó sus labios y obtuvo una tímida, pero rápida respuesta que lo animó a profundizar en su interior. La degustó, se deleitó en el salado sabor que la recubría mientras la ceñía aún más contra él.

—¿Mejor?

Ella se lamió los labios y ronroneó.

—Un poco, pero deberás seguir intentándolo.

Ahora fue él quien se carcajeó.

—Será un verdadero placer.

Habían terminado follando primero sobre la arena, después contra las rocas, para finalmente irse al hotel en el que se estaba alojando Helena a

continuar la fiesta. Esa noche se había alimentado de ella, había probado su sangre y había comprendido que quedarse a su lado podría ser un enorme error.

Tres días, habían sido solo tres días, pero fueron suficientes para comprender que podría hacerse adicto a esa mujer y no era algo que contemplara. Las emociones que crecieron en su alma le hicieron dar un paso atrás, la conciencia de que ella era humana y él un demonio le abrió la mente; una cosa era disfrutar del momento, alimentarse de ella, pero otra cosa era conservarla.

El destino, sin embargo, parecía dispuesto a jugar con ambos, no solo había vuelto a ponerla en su camino, sino que lo hacía de una manera rotunda, una que no podía evitar.

—Es un juego demasiado peligroso el que has venido a jugar, Lena — murmuró rozándole el pelo una última vez—, uno al que no puedo permitirme perder.

Se apartó de ella, se cambió de ropa con un solo pensamiento y salió de la habitación. No le cabía la menor duda que la Mansión cuidaría de ella hasta que volviese a su lado.

## CAPÍTULO 13

—Buenos días, buenos días, pero que muy buenos... —El recién llegado se frenó en seco—. No, buenos para ti no son. ¿Te dio tiempo a tomar nota de la matrícula del camión que te atropelló?

Aric levantó la cabeza del café que saboreaba y miró a Fey, su hermano estaba más fresco que una lechuga, tenía un buen tono de piel y ese brillo de poder en los ojos que hablaba de una reciente alimentación. Se dejó caer en el asiento contiguo al suyo y tuvo que plegar automáticamente sus alas para no rozarse con él.

Se había pasado la noche paseando por los jardines, moviéndose de un lado a otro como un león enjaulado hasta que la Mansión decidió que ya había hecho suficiente ejercicio y cambió los senderos para obligarle a bajar hacia el lago. La luna se había reflejado en la superficie del agua, la suave brisa había mecido los árboles que rodeaban el lugar y había cedido a la necesidad de refrescarse.

No quería volver con Helena, no quería regresar a su propio dormitorio y verla allí, acurrucada en su cama, no hasta que consiguiese aclararse la mente y encontrase un camino adecuado para enfrentarse a la semana que tenía por delante. Ella no era una deudora más y los próximos días no iban a ser solo un reflejo de sus más íntimos deseos.

Se deshizo de la ropa con un solo pensamiento, olía a ella, tenía su sabor en la boca, si cerraba los ojos podía notar el tacto de sus manos sobre su cuerpo. Gimió, le dolían los colmillos, su aroma lo encendía, su polla erecta era testigo de su deseo. Echó un vistazo al lago y no se lo pensó dos

veces, alivió la tensión en los músculos de sus hombros y convocó sus alas. El alivio que sintió al extenderlas fue instantáneo, odiaba tener que replegarlas, pero no era una opción ir por ahí con dos extremidades articuladas con un diseño similar al de los murciélagos. La luz de la luna incidiendo sobre la sedosa y dura membrana creaba un extraño arcoíris sobre el brillante azabache.

Comprobó con suavidad que cada músculo respondía, dio una fuerte sacudida levantando una corriente de aire y asintió satisfecho al ver cómo cada tendón soportaba el golpe y caminó con decisión hacia el lago.

Siempre le había gustado la sensación del agua lamiendo su piel, incluso sus alas, pero esta noche lo que realmente iba a agradecer era que la temperatura del agua lo calmaría lo suficiente como para poder pensar de nuevo con claridad.

Se había pasado la noche medio en remojo, medio en vela, con el resultado de haberse despertado con el sol asomando sobre las montañas y el canto de los pájaros en los oídos. El tiempo de indulto se había agotado, todos sus instintos tiraban de él en una única dirección; Helena.

Y sin embargo, allí estaba, en el comedor familiar, con sus alas presentes y replegadas y una taza de café que hacía tiempo se había enfriado entre las manos y todo porque era incapaz de enfrentarse a la mujer que amaba. Porque ese era el maldito problema, se había enamorado de Helena aquel día en la playa y no había podido sacársela de la cabeza desde entonces.

Dejó a un lado la taza y le echó un vistazo al hombre que lo miraba entre curioso y preocupado. Si bien no eran hermanos de sangre, pertenecían a la misma casta, lo que los hacía algo así como primos lejanos. La verdad es que ninguno de los que habitaban la mansión tenían más relación entre ellos que el haberse conocido a través del casino, habían sido seleccionados personalmente por la Banca para llevar a cabo esos intercambios y para

muchos, esta era la oportunidad para dejar atrás sus pasados y tener una nueva oportunidad de futuro.

Ser un demonio en un mundo en el que las antiguas creencias no eran otra cosa que eso, viejas creencias, olvidadas historias o interpretaciones bíblicas, era tener que esconderse, ocultar quienes eran realmente para adaptarse y poder vivir. El mundo sobrenatural al que pertenecían era casi un tabú, para la humanidad no era otra cosa que una fantasía, no realidad y, por el bien de todos los que habitaban en las sombras, siempre debería ser así.

Debió guardar silencio más tiempo del que pensaba, porque su compañero se giró completamente en la silla y entrecerró los ojos.

—Anoche entraste en la Arena. —No era un secreto, cuando alguno de ellos hacía el sacrificio, los demás lo sabían—. ¿Fue todo bien con tu deudora?

—Todo transcurrió cómo debía haberlo hecho —respondió sin más—. Ella pasó el sacrificio.

—Er... vale, entonces, ¿qué coño haces aquí? ¿Dónde has dejado a la gatita?

Dejó escapar un largo suspiro y levantó el pulgar, señalando hacia el techo.

—Arriba.

Él siguió su gesto con la mirada y frunció el ceño.

—¿Arriba?

—Está en mi dormitorio, Fey, el *Circus* nos envió directamente a la *Mansión*.

—¡No me jodas!

—No tengo la más mínima intención de hacerlo.

Su compañero se pasó la mano por el pelo, estaba tan alucinado como lo había estado él cuando se abrió la puerta y reconoció el destino.

—La deudora está aquí, en la Mansión.

—Ajá.

—¿Desde anoche?

—Yep.

—¿Y no la ha echado con cajas destempladas?

Se encogió de hombros y sus alas respondieron al gesto.

—Dado que todavía la siento en el lugar que la dejé y la Mansión está realmente silenciosa, diría que ha aceptado su presencia.

—Joder.

—Tu palabra favorita.

Una puerta se abrió al otro lado de la enorme sala y apareció un bostezante Usher, su compañero enarcó una ceja nada más verle.

—¿Qué has hecho con la deudora? ¿No pasó la prueba de la Arena?

—Está durmiendo arriba.

—¿Cómo? —Su sorpresa era pareja a la de Fey.

—El *Circus*.

El recién llegado se quedó a su lado, miró sus alas y luego a él.

—¿Ella está bien?

Aric enarcó una ceja.

—Te recordó. —No era una pregunta, le sostuvo la mirada.

—Sí. —Breve, sin mayores explicaciones, pero tampoco no hacían falta, ambos parecían haber pillado el significado de la falta de palabras.

—El destino es un enorme hijo de puta —chasqueó Fey.

—Pero nunca da puntada sin hilo —acotó Usher sentándose a la mesa—. Ahora entiendo porque la vi contigo en la mesa, con los dados en las manos.

En un abrir y cerrar de ojos apareció ante él un set de desayuno completo, el aroma del pan recién hecho, de la mantequilla, salchichas

vienesas, eran los favoritos del chamán y la casa lo sabía. En muchos aspectos era como tener un ama de llaves y un tropel de criados que trabajaban para todos ellos, la Mansión se encargaba de todo con una precisión milimétrica, incluso de dejar claro a quién quería y a quién no dentro de sus paredes.

—¿Qué tal ha aceptado sus nuevas circunstancias?

Puso los ojos en blanco.

—Si por nuestras circunstancias te refieres al hecho de que se ha metido en un casino llevado por demonios, que se ha visto en medio de una réplica del Coliseo de Roma en sus buenos tiempos y que la he follado en el estrado de la Arena... —ladeó la cabeza—. Se le da bien insultarme, maldecirme, amenazarme y, oh, sí, el brebaje que preparas para el *Circus* la ha emborrachado.

—¿Cómo? —Jadeó—. ¿Es una broma?

Negó con la cabeza.

—Empiezo a pensar que esa mujer es capaz de emborracharse con un vaso de agua —aseguró y se pasó una mano por el pelo—. Nunca he visto una reacción igual, fue... entre gracioso y aterrador.

—Eso es nuevo —aceptó Fey con gesto pensativo—. A Rhiannon la achispó, pero en ningún momento estuvo ni colocada ni mucho menos borracha.

—Pues Helena se ha llevado el premio.

Dejó escapar un profundo suspiro y se puso en pie.

—Y hablando de premios, tengo que asegurarme de que el mío sigue en el lugar en el que la he dejado.

—¿Y vas a ir así?

Miró sus alas ante el gesto de barbilla de su compañero.

—¿Prefieres que vaya desnudo?



Puso los ojos en blanco.

—Creo que un acercamiento más sutil no te iría mal, ya sabes, sin esos apéndices membranosos que llevas en la espalda.

Su respuesta fue levantarse, acomodar sus alas, sin hacerlas desaparecer y, tras coger un trozo de pan con mantequilla que se llevó a la boca, posó una mano sobre los hombros de sus dos compañeros.

—Buscaos unos tapones para los oídos —les soltó—. Será mucho más efectivo que el retrasar lo inevitable.

Palmeó sus hombros y los dejó, ya era hora de que se enfrentase con aquella mujer y empezase a concienciarse de que tenía siete días para pasarlos con ella.

## CAPÍTULO 14

Helena se quedó un buen rato mirando el techo, estaba totalmente desorientada, su mente era un galimatías de momentos, cada cual más bizarro, todos ellos protagonizados por el hombre que había desaparecido de su vida cinco años atrás.

Un encuentro fortuito en la playa los había unido y ahora volvían a encontrarse bajo la luz de los focos de un casino. Si tan solo fuese eso, un reencuentro, podría arreglárselas, pero el hombre que había vuelto a su vida no era el mismo que la había dejado o, quizás sí lo era, solo que su perspectiva de él había cambiado radicalmente.

Aric Epiros era un demonio, un *sanguinar*, fuese lo que fuese eso, sus ojos, esos desarrollados caninos, se estremeció ante el recuerdo, pero no encontró el miedo que esperaba. ¿Preocupación? Por supuesto. ¿Nerviosismo? Dios, sí. Y por encima de todo, más allá del miedo, de la incomprensión y lo absurdo, estaba el deseo. Porque lo deseaba, cada vez que esas manos se deslizaban por su cuerpo perdía el control y su cerebro se volvía papilla.

Había sido así desde el primer instante, desde que sus ojos se cruzaron con los de él en aquella playa. No recordaba qué fue lo que le llamó la atención, ni cómo terminó aceptando aquel erótico juego, ahora se

preguntaba si aquello no habría sido algún truco motivado por él.

¿Cuántas veces pensó en él después de que se hubiese marchado? ¿A cuántos hombres miró buscando en ellos algo que le recordase a él? Los últimos cinco años había ido a trompicones, pasando de una relación a otra, o ellos eran unos auténticos imbéciles o ella no acababa de encontrar ese algo necesario para que funcionase la relación, no había sido consciente de qué era lo que faltaba hasta ahora.

Pero el recuerdo de aquel hombre y el *ser* que había descubierto debajo de esa piel luchaban ahora en su mente en un intento por encajar en un solo lugar. Lo que solo había leído en libros de fantasía o en antiguos manuscritos se hacía realidad, era como si le hubiesen quitado una venda de los ojos y estuviese viendo el mundo por primera vez.

Se cubrió el rostro con las manos, se revolvió bajo las sábanas y empezó a apartarlas a patadas.

—Esto es de locos, de locos —jadeó, se incorporó de golpe y comprobó que llevaba un pijama corto que muy bien podría habérselo comprado ella.

Intentó pensar, buscar en su mente los sucesos de la noche anterior y, cuanto más pensaba en ello, más absurdo se volvía todo. La luz que entraba a través de las cortinas la avisó del comienzo de un nuevo día, ni siquiera se había percatado del momento exacto en el que habían dejado aquel impresionante lugar, ni cómo había terminado allí, donde quiera que fuese eso. Bajó los pies al suelo, se pasó los dedos por el pelo y respiró profundamente.

—¿Aric?

Pronunció su nombre una vez, dos, pero no obtuvo respuesta. Esto tenía que ser obra suya, otro de esos extraños *Hocus Pocus* que parecía sacarse de la manga con total facilidad.

—Un circo romano —musitó, aquello era algo que no podría olvidar jamás. Ahora que pensaba en ello con la cabeza fría se daba cuenta de lo mucho que le habría gustado explorar aquel lugar, comprobar si las estatuas eran de quienes parecían ser, si la edificación era de mármol, la bibliotecaria y amante de la historia que corría por sus venas ardía en deseos de saber—. He estado en un jodido circo romano.

Sacudió la cabeza, bajó la mirada a sus manos y comprobó sus muñecas, la sensación de las esposas alrededor de ellas era inquietantemente viva. Se las frotó con un escalofrío y se puso en pie en el mismo momento en que una puerta se abría al otro lado de la habitación.

—¿Aric? ¿Eres tú?

Escuchó el sonido del agua, las luces se habían encendido y no pudo evitar que la recorriese un escalofrío por todo el cuerpo, sin embargo eso no evitó que avanzase con decisión hacia allí y entrase en un bonito cuarto de baño cuya bañera se estaba llenando en aquellos momentos con agua caliente.

Se mordió el labio, la tentación era absoluta, desde que la habían echado de su hogar no había podido darse el capricho de sumergirse en una bañera, tenía que conformarse con las duchas del gimnasio; por suerte la cuota solía pagarla en efectivo, por lo que tenía todo el mes abonado.

El aroma a flores le hizo cosquillas en la nariz y, antes de poder meditar bien si era o no correcto, se despojó de la ropa y se sumergió en aquella delicia.

—No me importa ser *Alicia en el País de las Maravillas* con tal de tener de vez en cuando uno de estos —cerró los ojos y suspiró de placer mientras se hundía hasta la barbilla en el agua perfumada—. Ay, señor, todo esto es más bizarro que en esa adaptación de *Tim Burton*.

—Pero al contrario que en esa película, esto es real.

Abrió los ojos de golpe, se movió agitada y el agua de la bañera salpicó

el suelo mientras se aferraba a los bordes como acto reflejo. Se giró hacia el lado de la puerta y se encontró con esos conocidos ojos y una perversa sonrisa curvándole los labios.

Cualquier posible réplica que tuviese a punto en los labios murió ante la visión que tenía ante ella. Abrió los ojos como platos, sintió que el aire se esfumaba de sus pulmones y terminó boqueando como un pez. Su mente era incapaz de procesar lo que veía, de entender que ese fenómeno que estaba ante ella y se la comía con los ojos era el hombre con el que se había acostado.

Alas, esas cosas negras membranosas con aspecto de neopreno que asomaban por encima de sus hombros y a sus costados eran dos jodidas alas.

—¿En serio? —Acabó gimiendo y señalándolo sin saber dónde detenerse de su anatomía—. ¿Eres pariente de *Batman* o algo?

Puso los ojos en blanco y avanzó hacia ella, con cada paso que daba esos apéndices estaban más cerca, la manera en que la luz incidía sobre ellos creaba brillos entre azules y verdes que se iban variando a medida que se movía.

—*Batman* no es más que un superhéroe de cómic, no es real.

—¿Y tú sí?

Se acuclilló al lado de la bañera y pudo ver el arco superior de las alas, la parte inferior permanecía en el suelo como si fuese una sábana.

—¿Quieres comprobarlo? —Le tendió la mano, parecía estar pasárselo muy bien mientras que ella no hacía otra cosa que preguntarse por qué no estaba gritando a pleno pulmón.

—¿Ese coctel todavía está haciéndome efecto o es que ya se me ha fundido por completo el cerebro?

—El efecto del brebaje se va diluyendo con el paso del tiempo, al menos ahora no pareces totalmente embriagada —aseguró con total

tranquilidad y, al ver que no aceptaba su mano la hundió en el agua, agitándola con los dedos—. ¿Qué tal has dormido?

—Alas, tienes dos jodidas alas de... murciélago a la espalda y me preguntas que tal he dormido. —Se rio de forma histérica, al menos en sus oídos le pareció así—. Vale, ¿ahora es cuando te conviertes en murciélago y sales volando por la ventana como *Drácula*?

Nada más pronunciar aquel nombre sintió como el color le escapaba de la cara.

—Respira, Helena, respira profundamente.

Lo miró a la cara, lo recorrió con la mirada y sacudió la cabeza.

—*Sanguinar* viene de sangre, ¿verdad? —lo dijo en un hilito de voz.

Resbaló la mano que tenía en el agua hasta su rostro, acunándole el rostro mientras le sostenía la mirada.

—Necesito que respires profundamente, estás a punto de entrar en shock.

—Llevo en shock desde el mismo instante en que atravesé la maldita puerta del casino —jadeó y lo señaló—, aunque con esto, lo más probable es que termine catatónica.

—Si no has acabado en ese estado hasta el momento, un poquito más de información no te llevará allá.

—¿A esto lo llamas un poquito más de información? ¿Hola? Tío, tienes alas, colmillos, eres un demonio y ni me atrevo a preguntarte si bebes sangre.

—Bien, pues no preguntes.

—¡No me jodas, Aric!

Su respuesta fue inclinarse sobre la bañera y acallar sus protestas con la boca, la besó y si bien al principio se quedó demasiado impresionada por la proximidad de esas cosas, su sabor, la calidez de sus labios y su conocido aroma la tranquilizaron como si le hubiesen lanzado por encima un cubo de

agua fría para apagar un incendio.

—Pero eso es precisamente lo que quiero hacer ahora mismo, Lena — murmuró al borde de sus labios, devorándola con una mirada tan sensual que encendió su propio deseo incluso por encima del miedo y el desconcierto—. Quiero joderte, quiero hacerte perder la cabeza y que no pienses, que te limites a sentir, a gemir y a gritar mi nombre, porque cuando estamos piel con piel, no hay diferencias entre nosotros, no hay preguntas ni respuestas, solo deseo.

## CAPÍTULO 15

Sus ojos se la bebían como si estuviese sediento, siempre que la miraba de ese modo se le encogía el estómago y cada una de sus terminaciones nerviosas se ponía alerta. Su deseo despertaba, reaccionando de inmediato a la necesidad de él. Pasó una mano por los mechones de su húmedo pelo, se lo metió detrás de la oreja y se lamió los labios dejando a la vista esos inquietantes colmillos.

—Mírame, mira mis ojos —resbaló los dedos ahora por su mejilla, le cogió la barbilla y se la levantó—. Y verás en ellos lo mucho que te deseo.

Le pasó los dedos por encima del hombro y sintió un profundo escalofrío de placer, ella también lo deseaba, siempre lo había deseado y más aún. Pero, ¿cómo pasar por alto algo como aquello?

Volvió a mirar sus alas y no pudo evitar estremecerse, Aric siguió al momento su mirada.

—Tócalas, así entenderás que son reales.

Lo miró y tragó al mismo tiempo, encogió los dedos y volvió a estirarlos antes de levantar la mano y rozar una inesperada suavidad con la punta de los dedos. Era como acariciar un pedazo de goma, como el neopreno mojado, el suave temblor que lo sacudió tras su caricia la puso tensa.

—¿Te hice daño?



Negó con la cabeza, sus ojos parecían haberse oscurecido, se pasó la lengua sobre los labios y luchó por respirar.

—Mis alas son bastante sensibles en ciertas áreas y tú has ido directa a hacer diana.

Se mordió el labio inferior, volvió a mirar esos apéndices y dejó escapar el aire de manera entrecortada.

—No sé si podré acostumbrarme a esto.

—Lo estás haciendo mucho mejor de lo que cabría esperar —admitió contemplándole el rostro como si pudiese leer lo que había en él—. Tener miedo a lo desconocido es una reacción natural, nos mantiene alertas a los peligros y nos hace conscientes de todo lo que nos rodea. Si no tuvieses miedo, sería peligroso, porque no sabrías diferenciar el riesgo de la estupidez absoluta.

—Dime la verdad, Aric, se ha abierto la puerta del infierno y he caído dentro, ¿no?

Sonrió de esa manera perezosa y sensual, bajó la cabeza y planeó sobre su boca.

—Digamos que has jugado con el demonio a los dados y él te ha ganado la mano.

La besó con una urgencia que hablaba de pura necesidad. Helena gimió en su boca, deslizó los brazos sobre sus hombros y dejó que la arrastrase fuera de la bañera, el agua medio goteando de su cuerpo medio secándose contra la ropa masculina. Le acunó el culo, amasándolo y acariciándolo con pasadas de sus manos, su beso se hizo más intenso, más profundo, le succionó la lengua y la instó a responder cómo solo lo hacía con él.

—No juegues a los dados con un demonio —le dijo rompiendo el beso y echándose hacia atrás al tiempo que la dejaba en el suelo y le dedicaba un travieso guiño.

Su ropa había absorbido toda la humedad de su cuerpo allí dónde se había restregado a él, sus alas seguían plegadas a la espalda, pero tan presentes que era incapaz de dejar de mirarlas. Se quitó los zapatos con facilidad, siguió con la camisa negra y se desabrochó los ajustados vaqueros oscuros, en el momento en que se los bajó por las caderas y su pene se vio libre de restricciones le quedó claro que no se había molestado en usar ropa interior.

Verlo desnudo era todo un espectáculo, ese cuerpo era puro pecado, estaba hecho para seducir, para conquistar, hecho para el sexo. Era imposible que hubiese un ser humano que se le pudiese comparar, lo sabía, inconscientemente le había comparado con sus amantes y habían perdido.

La presencia de sus alas seguía siendo inquietante, pero no sabía si se debía a que su desnudez la distraía, pues encontró que encajaban en el ser que estaba de pie ante ella sin pizca de vergüenza sobre su propia desnudez.

Se mordió el labio inferior y pasó la lengua después sobre él, la boca se le hacía agua, notó esa conocida punzada en el estómago un segundo antes de sentir como su sexo palpitaba de necesidad.

—No lo haré... —murmuró en respuesta a su previa pregunta—, ahora sé que no puedo ganar.

Él dejó escapar un sonoro gruñido y cayó de nuevo sobre ella, robándole el aliento en una batalla de lenguas que la dejó jadeando por más.

—Quizá no a los dados, pero ya has ganado en otras lides.

Cerró los ojos ante el sonido de su voz, era como un afrodisíaco embotellado, se limitó a apretarse contra él y dejar que la alzase en brazos para sacarla del baño y llevarla de vuelta al dormitorio.

Notó el suave y frío edredón contra la espalda mojada cuando la dejó sobre la cama y se estremeció, pero no tuvo ni tiempo de protestar o poner alguna objeción, pues se cernió sobre ella, bajando sobre sus pechos,

rozándole con la nariz los montículos desnudos antes de llevarse un pezón a la boca, luego el otro y seguir descendiendo hasta recalar entre sus piernas.

Bajó la mirada a su sexo, vio cómo sus fosas nasales se dilataban ligeramente antes de caer en picado entre sus piernas y sentir su lengua acariciándola. Sus dedos se unieron contribuyendo a aquel lujurioso juego, ayudándose con los pulgares la abrió completamente y sopló una vez, otra, para finalmente lamerla con movimientos largos y lentos, degustando su sabor, recogiendo cada gota de humedad que manaba de su interior.

Se arqueó bajo él, quería acercarse más a esa codiciosa boca, pero él la sostuvo con más firmeza, usando parte de su cuerpo para mantenerla sujeta contra el colchón.

Echó la cabeza atrás con un gemido, empezó a sacudirla de un lado a otro, era una exquisita tortura, sus dedos se enredaron en el edredón mientras las sensaciones la golpeaban como fuertes descargas eléctricas. El placer se extendía por su cuerpo, tensándole el vientre y endureciéndole los pezones.

—Aric...

Él ignoró cualquier súplica que saliese de su boca y la deleitó con una última pasada antes de dedicarse a su clítoris. La sensación de su aliento soplando sobre ese pequeño nudo la volvió loca, la hizo muy consciente de su necesidad un segundo antes de sentir como presionaba la lengua contra su entrada para penetrarla.

Todo lo que podía hacer era quedarse allí tendida, gimiendo y jadeando mientras presionaba aún más el rostro entre sus muslos y empujaba la lengua más profundamente como si estuviese bebiendo de ella, besándola profundamente.

—Oh, por favor...

Su desesperada súplica hizo que apartase la lengua y se riese antes de buscar de nuevo su clítoris. Esta vez no se anduvo con sutilezas, lo lamió con

firmeza, con movimientos rápidos y el placer la atravesó mientras seguía lamiéndola sin prisas.

Gimió, su cuerpo se tensó y de sus labios ya solo salían jadeos desesperados, notó como sus paredes vaginales se contraían y supo que estaba a punto de correrse. La sola idea de hacerlo en su boca la acaloró, la avergonzaba, pero no tuvo tiempo de objetar pues el inesperado clímax la atravesó como un relámpago de placer que la cegó.

—Sabes realmente bien.

Apenas escuchó su murmullo, ni siquiera opuso resistencia cuando la cabeza de su erección empujó contra ella, penetrándola solo para detenerse al momento, burlándose de ella, diciéndole sin necesidad de palabras quién era el que llevaba la batuta en aquel juego.

Sus alas se habían desplegado cayendo sobre sus brazos como una cortina de seda negra que los envolvía como un capullo, pero ni siquiera ellas eran una distracción para la frustración que la envolvía. Quería llorar, gritar, pero no iba a darle la satisfacción de escucharla suplicar.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —Optó sin embargo por insultarlo —. Vaya una decepción.

Aric soltó una carcajada, el temblor de su cuerpo la excitó y volvió a atormentarla con la punta de su erección.

—Empezaba a preguntarme cuando volvería esa ironía tan tuya a formar parte del juego.

—¿Quién dijo que juego?

Se revolvió bajo él, buscando obtener aquello que necesitaba pero él la detuvo, aferrándola de las caderas, inmovilizándola y torturándola, penetrándola apenas unos centímetros para retirarse de nuevo y, todo ello, con una lentitud exasperante.

—¡Maldito seas, Aric! —Clamó su nombre, una palpable protesta—.

¡Deja de jugar, capullo!

—¿Qué habíamos dicho sobre los insultos y la falta de respeto, Helena?

—¡Vete al infierno!

Bajó sobre su cuello y le hociqueó la piel con la nariz, mordisqueándola, haciéndola muy consciente de uno de sus colmillos arrastrándose sobre ella.

—Ya me tienes en él —lo escuchó susurrar con la voz ahogada por los besos que dejaba sobre la suave columna—, y créeme, hace una endiablada calor aquí dentro.

Intentó mover de nuevo las caderas, quería que la tomase, quería que la follase de una maldita vez.

—¡Deja de jugar, maldito y fóllame de una vez!

Se rio entre dientes y le dio un largo lametón que la estremeció de la cabeza a los pies.

—No sé, Lena, no he oído que me lo hayas pedido correctamente.

Chilló de frustración y, sin pensarlo, deslizó las manos más allá de sus hombros hasta encontrar la suave textura de sus alas y resbaló los dedos sobre ellas.

—¡Joder! —lo escuchó jadear, todo su cuerpo tembló de nuevo y no pudo sino sonreír por ello—. Serás perra...

—¿Quién está insultando ahora, demonio?

Gruñó, fue todo lo que hizo, eso y mordisquearle el cuello volviéndola loca.

—Te gusta jugar duro, muy bien, pues juguemos así entonces.

La sujetó por los muslos, inmovilizándola, llenándola completamente con un duro empuje de caderas. Le arrebató el aliento, su grosor era suficiente para volverla loca y obligarla a suplicar.

—¡Aric! —Se arqueó contra él jadeando su nombre.

Toda posible réplica quedó relegada al fin cuando se meció en su interior con movimientos largos y furiosos, le levantó las piernas, apoyándole los pies en los hombros, una posición que la abría completamente a él, a sus demandas y le quitaba hasta el más mínimo poder. El sonido de sus cuerpos al unirse era como una erótica canción en sus oídos, giró un poco las caderas, lo justo para llegar a ese punto en su interior que hacía pedazos su voluntad. Helena ya no era capaz de pensar, estaba en llamas, todo lo que sentía era el deseo y la necesidad de él y a ello se entregó sin restricciones.

Gimió en su boca cuando él la reclamó en un húmedo beso, jadeó cuando la abandonó y resbaló por su cuello, besándola, hasta detenerse en la curvatura del hombro, un ramalazo de caliente y erótico dolor la atravesó como un rayo enviándola sin remedio a un devastador clímax.

Ya no existía ni arriba, ni abajo, no era capaz de distinguir luz de oscuridad, así que se dejó ir a la deriva, mecida entre olas de placer y alivio, volviendo a ser consciente de nuevo de sí misma al sentirlo resbalar fuera de su húmedo sexo.

—Me... me has mordido.

No sabía cómo había sido capaz de encontrar las palabras, pero surgieron de sus jadeantes labios antes de poder detenerlas.

—Solo un poquito.

Se las ingenió para girar la cabeza y lo vio a su lado, tumbado de costado, apoyado en el codo, sus alas recogidas de nuevo a la espalda.

—Eso no pareció solo un poquito —musitó recorriéndolo con la mirada, le hubiese gustado llevarse una mano al hombro para comprobar la herida, pero le pesaban demasiado los brazos—. ¿Qué eres, Aric?

Se pasó la lengua por los labios y se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que soy.

Le sostuvo la mirada e hizo un verdadero esfuerzo para llevar la mano

sobre su pecho, era cálido, el corazón latía con fuerza bajo su mano.

—Un vampiro.

Lo vio hacer una mueca ante el término.

—Olvidaba que la humanidad tiene un sinfín de nombres para catalogar sus fantasías —chasqueó, bajó la mirada a su mano y se la acarició—. El término adecuado en mi caso es *sanguinar*, pertenezco a una casta demoníaca que sí, se alimenta de sangre, pero también procesamos la comida, caminamos bajo la luz del sol y lo de las estacas... Bueno, clávale un palo en el corazón a cualquier ser vivo y estira la pata fijo.

Dejó escapar un resoplido mitad risa, entonces se dejó caer de espaldas y tiró de ella, rodeándola con el brazo para apoyarla contra su costado. Una suave a la par que dura superficie bajo ella le advirtió de que aquello no eran las sábanas, sino una de esas extremidades.

—Por no mencionar que mi raza posee estos fantásticos apéndices.

Helena no se movió, temía hacerle daño.

—No las dañarás por acostarte encima de una de mis alas, menos aún si estás desnuda —ronroneó bajando sobre ella para besarla en los labios, un contacto fugaz—. Son mucho más fuertes de lo que parecen a simple vista.

—Claro, por eso te estremeces cada vez que resbalo los dedos.

—Solo durante el sexo, es realmente erótico y tú tienes un ojo clínico para llevar la mano justo dónde debes en el momento exacto —aseguró con un divertido sonido.

Suspiró profundamente y lo recorrió con la mirada, al sonreír mostraba abiertamente los colmillos, cosa que no hacía al hablar.

—Pones mucho cuidado para no mostrarlos a la hora de hablar.

—Es una costumbre adquirida, al contrario que mis alas, no son algo que pueda retraer y hacer desaparecer a mi antojo —aceptó con tranquilidad—. Tendría que recurrir a otros trucos de ilusión y, al contrario que a Gawrin,

yo no soy especialista en la materia.

—¿Gawrin?

—Le conocerás en algún momento durante los próximos siete días, el *Circus* nos ha enviado a la Mansión.

—¿Estamos en tu hogar?

—Estamos en mi dormitorio, en mi cama y vamos a seguir aquí un poco más —replicó al tiempo que bajaba una mano entre sus cuerpos y la penetraba con un dedo—. Um, sí, un poco más.

Helena gimió y sus protestas se las bebió la boca masculina, el tiempo de conversación había llegado a su fin.



## CAPÍTULO 16

—¿Siempre guardas ropa de mujer en tu armario?

Aric se rio, sacudió la cabeza y señaló la habitación con un gesto de la mano.

—Eso es cortesía de la Mansión, le has caído bien.

—En circunstancias normales, me reiría ante esa declaración, pero voy a ser cauta, decir «*gracias*» y simplemente esperar a ver qué será lo siguiente.

—Me gusta esa actitud, procura mantenerla el resto de la semana.

—Lo haré si me das algo de comer, de lo contrario, no te garantizo que siga siendo tan encantadora como ahora.

Ahora fue él quien se contuvo de responder a eso, si esta era la Helena encantadora, no quería pensar lo que sería tenerla de mal humor.

—Si me enseñas dónde está la cocina puedo prepararme yo misma algo —insistió terminando de atarse los cordones de los botines—. Imagino que habrá comida sólida, ¿no?

Puso los ojos en blanco ante su alusión, echó un fugaz vistazo a la curva de su hombro, ahora cubierta por una blusa y se obligó a permanecer estoico, sin reflejar el placer que había sentido al alimentarse de ella.

—Soy el único que hace una dieta, parcialmente líquida, en esta casa —respondió con sencillez, restándole importancia—. Y de cocinar se ocupa

la Mansión, solo tienes que sentarte a la mesa y te servirá lo que desees en ese momento.

—Así que además de demonio, eres un señorito —chasqueó, pero había cierto tono de diversión en su voz—. ¿No tendrás también ama de llaves?

Dejó que sus labios se extendiesen en una amplia sonrisa que mostraba sus colmillos y le dijo.

—Me comí a la última y los demás decidieron que no valía la pena contratar a nadie más. —Se encogió de hombros—. Pero ya que estás aquí, puedes encargarte tú de la tarea.

Se lo quedó mirando con gesto inmutable, entonces le dio la espalda, soltó un resoplido y se dirigió a la puerta.

—Cuéntame otra historia que esa ya pasó de moda hace siglos.

El pomo giró incluso antes de que lo tocase, haciendo que se detuviese en seco y con la mano en el aire.

—No bromeabas con lo de la Mansión, ¿verdad?

—No.

Sacudió la cabeza, aferró el pomo y abrió completamente para salir al pasillo dónde la escuchó jadear, suponía qué era lo que estaba viendo, después de apreciar su reacción ante el escenario del circo, podía imaginarse lo que veía.

Estatuas en pedestales, antiguos tapices, había mucha historia en aquella galería, muchas de las piezas poseían un pedacito del pasado de los habitantes de la casa, para un historiador sería como encontrar un verdadero tesoro, para ellos solo eran recuerdos que habían decidido conservar.

—Ay dios, ay dios, ay dios. —Se giró hacia él señalando con gesto insistente una de las obras sobre un pedestal—. Dime que eso es una reproducción, por favor.

—No encontrarás ninguna reproducción en esta casa —le confirmó—.

Son todos originales, cada pieza está catalogada y tiene un certificado de autenticidad.

—Tienes que estar de broma —se rió—. Si lo que dices es cierto...

—No tengo por qué mentir en algo como esto.

—Aric aquí hay piezas de valor incalculable.

—Lo sé —aceptó, cerró la puerta tras él y avanzó por el pasillo dejando a su elección el seguirle o no—. Luego puedes explorar toda la mansión, si eso es lo que quieres hacer, pero ahora, ¿no preferirías comer algo?

Vaciló, el hambre había pasado a ser algo secundario en su mente, pero no para su estómago que se encargó de recordarle que llevaba tiempo sin probar bocado, posiblemente desde antes del cóctel. Tenía que haber pensado antes en ello, en alimentarla como era debido, pero la había visto tan cansada que había preferido dejarla dormir.

—Parece que mi estómago ha decidido ya por mí.

Sonrió de soslayo, se giró y le tendió la mano.

—En ese caso, vamos al comedor.

No hubo vacilación, si bien les echó un fugaz vistazo a sus alas, no dudó en tomar su mano y acercársele.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Me sorprende que me pidas permiso para ello.

Se encogió de hombros.

—Mi cerebro todavía está intentando procesar todo lo que pasa alrededor, no negaré que me siento... inquieta, pero mi curiosidad es incombustible. —Se separó lo justo para señalar uno de sus apéndices—. ¿Puedes volar? Ya sabes, cómo un pájaro... o murciélago o... ya no sé ni cómo llamar a eso.

—Eso se llaman alas —respondió con goteante ironía—, y mi raza las tiene.

—¿Son todas iguales o hay de distintos colores?

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a carcajadas, con todo, prefería su curiosidad que ese miedo ahogado que había visto en sus ojos.

—Son todas iguales.

—¿Son fuertes?

—Tú has estado tumbada sobre ellas, ¿a ti que te parece?

Abrió la boca para decir algo más, pero frenó en seco. Entrecerró los ojos y lo miró.

—Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Mis alas son lo bastante fuertes como para sostenerme en el vuelo.

—Eso quiere decir que vuelas.

—Eso quiere decir que mis alas funcionan perfectamente, pero no tengo la menor intención de parecer *Batman* o cualquier tontería similar.

Se sonrojó, pilló a la primera la indirecta, pues ella había sido la que había hecho referencia al héroe de cómic.

—Um, ¿dónde decías que está el comedor?

Extendió el brazo y la invitó a seguir hacia delante.

—Todo recto y al llegar a las escaleras, hacia abajo —le dio las indicaciones oportunas—. Después te haré un tour para que conozcas la mansión o puedes vagabundear por tu cuenta, ella te enseñará lo que quieras ver.

## CAPÍTULO 17

Tener cuatro ojos pendientes de ella no era la manera en que la que Helena esperaba empezar el día, si podía llamársele empezar a levantarse de la cama para la hora de la comida. La casa era enorme e impresionante, habían tardado más tiempo del esperado en alcanzar el comedor porque no podía dar dos pasos sin hacer una exclamación o acariciar de manera reverente un tapiz o algún objeto que solo había visto en sus queridos libros. Aquel lugar era como un museo antiguo mezclado con áreas modernas, podían pasar de una zona totalmente ornamentada y clásica a la más exquisita modernidad, así como a una mezcla equilibrada de ambas como sucedía en la enorme habitación de puertas dobles en la que acababa de entrar.

Aric posó las manos sobre sus hombros recordándole su presencia al tiempo que se dirigía a los presentes con lo que habría jurado era cierta diversión.

—¿Hay una celebración y se os olvidó comunicármelo?

Los presentes murmuraron algo que no llegó a comprender, entonces uno de ellos se levantó, haciendo la silla a un lado. Lo conocía, era el mismo hombre que la había recibido en la puerta de aquel edificio, el que la había conducido a su amante.

—Bienvenida a la mansión, Helena.

—Hola —lo saludó con un gesto de la mano y se pegó instintivamente a su acompañante. Su mente podía estar abotargada, pero sus instintos empezaban a funcionar correctamente alertándola de la presencia de seres que no podían ser humanos.

—A Usher ya lo conoces —escuchó la voz de Aric cerca del oído—. Los dos que están sentados a la izquierda son Fey y Brishen y el que se sienta junto a Ush es Gawrin.

—Hola a todos.

Las reacciones no se hicieron de esperar.

—¿Una deudora? ¿Se te ha freído el cerebro o qué? —La señaló el llamado Brishen—. ¿Qué coño hace en la mansión?

—Bonita manera de darle la bienvenida —añadió Usher fulminando a su compañero con la mirada.

—Sin duda acabas de caer como una granada de mano en medio de la casta masculina de la mansión, bomboncito. —Fey le guiñó el ojo.

—Una bomba atómica, más bien —aseguró Gawrin recorriéndola de la cabeza a los pies con una mirada abiertamente sexual, entonces se encontró con sus ojos, ladeó la cabeza y asintió—. Sí, un bonito toque de color para la mansión. Bienvenida.

—Gracias —arrastró las sílabas al tiempo que recorría la mesa con la mirada—, creo. —Se giró como un trompo hacia Aric y le susurró—. ¿La cocina? Creo que allí habrá menos testosterona u hostilidad que aquí.

—Siéntate, anda, el único que muerde aquí soy yo.

—Y yo —acotó Fey levantando la mano—, pero prometo que es un mordisquito agradable.

—Ella está fuera de tu menú —lo avisó el demonio con un gruñido de advertencia.

—Eso, tú ponle delante un caramelo a un goloso y luego dile que no

puede comérselo —chasqueó él—. Malo, Aric, malo.

El aludido puso los ojos en blanco al tiempo que posaba una mano sobre su espalda y la guiaba al lado contrario de la mesa.

—Ush, vas a tener que comercializar ese tónico tuyo, a la vista está que funciona a las mil maravillas —comentó Gawrin estirando la mano para resbalar un dedo sobre una de las alas de Aric al pasar. El *sanguinar* dio un respingo y fulminó a su compañero con la mirada.

—Mantén las jodidas manos para ti, Gaw, mantenlas sobre todo fuera de mis alas.

—Es demasiado sensible —le dijo el hombre que ocupaba el asiento contiguo al que le indicó Aric, cubriéndose la boca con la mano, como si le estuviese contando un secreto—. Aunque supongo que ya estás al tanto de ello, hueles al *sanguinar*.

Se le incendió la cara, lo sabía porque sentía que le quemaban las mejillas, pero eso no impidió que, tras sentarse se girase hacia él y respondiese en tono similar al suyo.

—¿Y tú que eres? ¿Alguien con buen olfato?

La sorpresa que bailó en sus ojos pronto fue sustituida por la risa.

—Todos los que estamos reunidos a esta mesa, a excepción de ti, somos de distintas castas demoníacas. —Señaló a cada uno y fue informándole—. Aric es un demonio *sanguinar*, algo similar a lo que los humanos llamáis vampiros, Usher, a quién ya conoces, por lo que veo, es un chamán...

—¿Desde cuándo los chamanes son demonios?

—Desde que la zorra de tu abuela se acuesta con uno y da a luz un mestizo que se casa a su vez con un demonio, eso hizo que la tercera generación, o sea, yo, se haya quedado con la mejor parte de su casta.

Parpadeó ante la inesperada explicación.

—Genial.

Hubo un coro de risitas ante su respuesta.

—Fey es un íncubo, un vampiro sexual, pertenece a la misma casta que Aric, solo que de una rama distinta.

—Muy buena forma de explicarlo —aseguró el hombre con un guiño.

—Podría decirse que somos algo así como primos lejanos —añadió su amante, quién se había sentado a su lado, acomodando las alas por encima del respaldo como si fuese algo que hiciese a menudo.

—Brish hoy tiene un mal día, suele ser un tipo simpático —le indicó señalando al hombre que la miraba fijamente, si bien no había hostilidad en sus ojos, quizá curiosidad—. El principito es un demonio *flameris* o lo que es lo mismo, un tipo que se incendia fácilmente.

—En tu mundo mi raza se extinguió hace mucho tiempo, llegando a considerarnos incluso mitos —concretó él, extendió la mano hacia ella y, ante sus ojos, vio cómo esta se cubría de escamas y de sus dedos emergían unas afiladas y ganchudas garras negras—. Nos conocíais como dragones.

Sus palabras fueron un impacto incluso mayor que la visión de su brazo volviendo ahora a su estado original.

—Y yo, puedes llamarme Gaw, soy un demonio *Spero* —se presentó, extendió la mano sobre la mesa y esta cambió al momento, desapareciendo sustituida por un mantel de cuadros sobre el suelo de hierba, la habitación mudó también y, en un abrir y cerrar de ojos se encontró al aire libre—. Un ilusionista.

Abrió la boca solo para jadear, mirando a su alrededor, sorprendida no solo por el cambio sino por ser capaz de sentir el calor del sol en la cara, la brisa moviéndole el pelo. Un parpadeo después todos volvían a estar sentados a la mesa.

—Respira —escuchó la voz de Aric así como notó su mano frotándole



la espalda—. Y tú deja de alardear así, el brebaje de Usher ha tenido un inesperado impacto sobre ella y su radio de acción está desvaneciéndose rápidamente.

—Sí, se emborrachó.

—¿En serio? Eso es nuevo.

—La culpa es suya —señaló apuntando a su acompañante—. Sabía que no me sentaba bien la bebida.

—¿Ah sí?

—Se conocían de antes.

Ante el comentario de Usher todos se quedaron callados por un momento, entonces empezaron a reaccionar de varias silenciosas maneras.

—Joder, ahora entiendo por qué está en la mansión.

—No la traje yo, fue el *Circus*.

—¿Os mandó a la mansión? Doble joder.

—Y tú, deudora, ¿cuál es tu historia?

Los miró a todos y cada uno, intentando filtrar en su mente lo que ahora sabía de cada uno de los presentes. Demonios, magos, chamanes, vampiros sexuales... y sin embargo, al mirarlos solo veía testosterona en estado puro, cuerpos de gimnasio y un magnetismo sexual que la ponía nerviosa. Incluso Aric, sentado a su lado, podía pasar por un hombre normal, si evitaba mirar esas alas.

—Mi nombre es Helena —respondió mirando a Fey—. Soy bibliotecaria y... todavía no sé muy bien cómo he llegado a este momento.

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y fue sincera.

—Me encontré con varias deudas que yo no contraí, el banco ejecutó una orden de embargo por el impago de la hipoteca y dos agentes de policía se personaron en mi domicilio a primera hora de la mañana junto con un abogado para ejecutar un desahucio que nunca me fue notificado. —Se lamió

los labios y terminó—. Facturas de compras que yo no efectué, impagos de los que no tuve constancia y la retirada absoluta de los fondos de mi cuenta, todo ello realizado por un oportunista, cabrón, desgraciado, hijo de la gran puta con el que llevaba viviendo algo más de un año.

Se encogió de hombros.

—Y entre todas esas deudas que me dejó estaba la del casino *Soul Circus* —remató con un suspiro—. Todo lo demás, deduzco que es un cliché del que ya debéis estar al tanto.

—¿Has dado con él?

—Todavía no he tenido tiempo de salir, pero lo haré.

—¿Vas a buscarle?

—Recuerdas lo que te dije, tu deuda y tú, ahora sois mías —le recordó Aric con voz tranquila, casi aburrida—. Pasaste la prueba de la *Arena*, me sirves a mí, tu deuda ha de ser condonada y todo lo que se te quitó, devuelto.

Se giró en la silla.

—Eso no fue exactamente lo que se me dio a entender, pero si vas a ir tras ese hijo de puta, yo quiero estar ahí —aseguró, quizá con demasiada intensidad.

—¿Noto cierto tono sanguinario en su voz?

—Desde luego, yo la noto un poquito ilusionada de participar en lo que sea.

—Tu deudora empieza a gustarme un poco más, Aricles.

—No es de las que esconde la cabeza y deja que otros solucionen sus problemas.

Se giró hacia el que dijo eso.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Tienes idea de las ganas que tengo de ponerle las manos encima a ese hijo de puta? —chasqueó—. Daría lo que fuese para ver cómo se mea en los pantalones...

Algunos de ellos se echaron a reír, Aric sacudió la cabeza y ella la ladeó.

—¿He dicho algo gracioso?

—Toda tú eres refrescante, bomboncito —aseguró Fey, levantándose de la mesa, en un parpadeo estaba en su lugar y al siguiente junto a ella—. Lamento dejaros tan pronto, pero tengo un harem del que ocuparme. —Dicho eso, bajó sobre su boca y la besó. La penetró con la lengua, reclamó sus labios y la hizo gemir para luego apartarse y dedicarle un guiño—. Deliciosa. Ari, si eres un hombre inteligente, no dejarás escapar este manjar.

Con eso dio media vuelta y se esfumó.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó volviéndose a su amante.

La respuesta llegó al unísono, como si el simple nombre del hombre fuese un resumen de su peculiar carácter.

—Fey.

—A menos que quieras follar con él, te sugiero te mantengas dentro de la cama de Aric. —La directa respuesta de Brishen la tomó por sorpresa—. Suficientes hembras han pasado ya por la cama del ícubo.

—¿Ha dicho algo sobre un harem? —murmuró mirando a su amante.

—Es un ícubo, se alimenta de la energía sexual de su pareja —se encogió de hombros—, es más cómodo para él de esa manera.

Parpadeó, no sabía que decir con respecto a eso.

—No te preocupes, Helena, eres la sierva de Aricles, solo él tiene potestad para disponer de ti o cederte a otros —añadió Gawrin resbalando un dedo por su mejilla—. Confía en él y en su juicio, nunca nos equivocamos con los deudores que tenemos a cargo.

Se giró para mirarle y él le dedicó un guiño.

—Sé que no quieres estar cerca de Fey, casi te sientas en mi regazo cuando te besó —declaró con un ligero encogimiento de hombros.

—Muy observador.

—Prefieres que te bese yo.

Se inclinó sobre ella, encontró su mirada, le dedicó un divertido guiño y bajó sobre su boca. Si Fey había sido atrevido y pícaro en su beso, Aric fue suave, tomándose su tiempo, invitándola a responder. Y para su absoluta consternación, lo hizo. Correspondió a su beso e incluso gimió en su boca.

—Bueno... eso ha sido caliente, chicos, pero, ¿qué os parece si comemos antes de que uséis la mesa para follar?

—¿Puedo mirar?

—¡No! —jadeó sin saber a dónde mirar o qué hacer. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Todos se rieron y estuvo tentada de levantarse y escapar de la silla, pero la mano de Aric sobre su muñeca se lo impidió.

—Tranquila, solo están bromeando. —le aseguró con palpable diversión—. No soy un tipo que comparta con facilidad.

Lo miró con abierta desconfianza.

—No compartir con facilidad no es lo mismo que no compartir en absoluto, demonio capullo.

Hubo un coro de risitas a su alrededor y ella se sonrojó.

—Ahí te ha pillado, Aric.

—Tranquila, pajarito, tu amo ha dejado claro que no quiere que te escapes de su percha.

Se giró apenas hacia Gawrin, quién le guiñó un ojo en respuesta antes de recorrerla con la mirada.

—Una pena.

—Gaw... —lo reprendió Aric.

El aludido levantó ambas manos a modo de rendición.

—Solo recordaba viejos tiempos, hermano.

Pasó la mirada entre ambos y terminó con los ojos sobre él con una abierta pregunta en ellos.

—Gaw y yo hemos compartido a nuestras mujeres en alguna ocasión. —Le quitó importancia al asunto con un simple encogimiento de hombros, como si aquello fuese algo normal, algo que hiciese tan a menudo que ya lo consideraba normal. Una punzada de celos se instaló en su estómago. Por supuesto era de esperar que Aric hubiese tenido amantes, pero, ¿las tenía actualmente?

—Aric no ha tenido una amante fija desde hace casi cinco años —intervino su amigo, como si le hubiese leído el pensamiento—. Solo ha atendido a las deudas que han caído bajo su cuidado, como lo estás tú ahora. Aunque tú pareces ser mucho más que...

—Gracias, Gaw, es suficiente —sentenció él, interrumpiéndolos, entonces la miró a los ojos—. No voy a compartirte con nadie, así que puedes volver a respirar.

—Gracias a dios.

Un nuevo coro de risitas resonó a su alrededor y no tuvo problema en fulminar con la mirada a los responsables.

—Cambiemos de tema antes de que te licúes a mis pies —chasqueó él—. ¿Qué te apetece comer?

—¿Qué hay?

Sus labios se estiraron en esa perezosa sonrisa, señaló su plato vacío y le dijo.

—Piensa en algo que te apetezca, ¿comida italiana, quizá?

Al momento su mente pensó en un risotto de setas y este apareció un momento después en su plato.

—Buena elección —añadió Gawrin—. Disfruta de la comida.

—¿Cómo demonios...?

—Come, Helena, después te enseñaré la mansión.

El delicioso y especiado aroma de la comida hizo que su estómago protestase al momento.

—Parece que alguien tiene hambre.

Oh señor, pensó, a este paso su cerebro iba a convertirse en papilla antes de que llegase el final de la semana. Respiró profundamente, cogió el cubierto y lo hundió en el plato, el primer bocado no fue más que el inicio de una serie de ruiditos de placer con los que fastidió la comida de todo macho presente en la mesa.

Algunas venganzas eran sencillamente deliciosas.

## CAPÍTULO 18

—Nunca vuelvas a sugerir algo como compartirme con otro tío, no ha tenido la menor gracia.

Aric puso los ojos en blanco, si bien era algo que había hecho en el pasado, se sentía demasiado posesivo con ella como para invitar a un segundo hombre a su cama. No podía evitar pensar en lo tenso que se había puesto al ver cómo Fey la besaba, había estado a punto de levantarse y arrancarle la cabeza al maldito por el solo hecho de tocarla.

Maldita sea, él era un demonio, estaba acostumbrado a jugar en el sexo, a compartir a sus mujeres pues era otra manera de encontrar disfrute, pero con Helena todo era distinto, la posesividad que despertaba en él esa mujer lo estaba volviendo loco.

Amar a una humana era el mayor desastre en el que podía caer un demonio y allí estaba él, colado como un adolescente, caliente por ella en cada jodido momento. Por dios, la habría follado sobre la mesa al primer gemido si no fuese porque ella había dejado claro y con voz temblorosa que no quería ser expuesta.

Esa pequeña traviesa se había dedicado a pasarse la comida gimiendo como si la estuviesen follando y todo porque encontraba el maldito arroz a su gusto. Había recibido miradas furiosas de Usher y Brishen, mientras Gawrin

se había partido de la risa e incluso la había tentado.

Sacudió la cabeza. Ella no se daba cuenta de lo que el servicio empezaba a obrar en ella, sus deseos salían a la luz sin reservas, sus labios formaban palabras e ideas que no habría afrontado de otra manera y solo era el principio. Había visto claramente lo que opinaba sobre el hijo de puta que la había engañado, no había amor en sus ojos, ni siquiera un rescoldo y empezaba a pensar que nunca lo hubo. De algún modo, Helena había buscado alguien en quién apoyarse, una compañía para no estar sola, pero no había en su alma el dolor por el abandono, por la pérdida del amor. Ella estaba cabreada por el engaño, por la estafa, por haber confiado y haber fallado, pero no por la ruptura de un amor.

Se detuvo de golpe obligándole a frenar y se giró de nuevo hacia él.

—¿Qué dirías si yo decidiese compartirme a ti con otra mujer? ¿Eh?

—Si eso es lo que te apetece.

—¡Y una mierda que lo es!

Sonrió ante su ofuscación.

—En ese caso, no meteremos a nadie en nuestra cama.

Apretó los dientes y lo apuntó con el dedo, clavándoselo en el pecho.

—Mantén eso en mente o juro por dios que te arranco las alas de cuajo.

Enarcó una ceja ante la banal amenaza.

—Te noto un pelín irritada.

—Por supuesto que sí, tú me sacas de quicio —resopló—. ¿Por qué dejaste que ese tipo me besase? ¿Es alguna forma de bienvenida o qué?

—Solo es Fey, él es así.

—Lo del harem no es verdad, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, es un íncubo, es su forma de vivir —aseguró sin darle mayor importancia—. Tienes que entender dónde estás, Lena, con quién



estás.

—¿Crees que es fácil? —Señaló a su alrededor—. Todo esto es como una bizarra pesadilla, un sueño en el que no sé si soy espectadora o participante, por momentos tengo miedo de cerrar los ojos y que cuando vuelva a abrirlos tú ya no estés.

—Lo estaré.

—¿Pero por cuanto tiempo, Aric? ¿Por cuánto?

No tenía una respuesta para eso, todavía no, a pesar de que la quería, de que la amaba profundamente, él era un demonio y ella humana. Su unión no era justa para ella, sus tiempos no eran los mismos y, si bien existía la posibilidad de vincularla a él, de alargar su vida tanto como la suya, sería privarla también de todo lo que conocía, de quién era para introducirla en un mundo que apenas si estaba vislumbrando.

Eran demasiados los riesgos, muchas las incógnitas y no estaba preparado para darles respuesta.

—Tanto como me sea posible —respondió con sinceridad—, empezando por estos siete días.

Se giró a medias y se encontró con sus ojos.

—¿Y si quiero más?

Prefirió no responder, no aferrarse a sus palabras como una esperanza, así que fue a ella, le cogió el rostro entre las manos y la besó con hambre.

—Te daré más —ronroneó, dando a su respuesta una connotación completamente sexual—. Tanto como quieras, hasta que no puedas caminar.

Resopló y le dio un empujoncito.

—Enfríate la polla y enséñame la mansión —chasqueó, le dio la espalda y echó a andar—. Y ya que estás, háblame de eso de que mi deuda es tuya y que vas a hacerte cargo de ello. ¿Tienes idea de dónde está ese hijo de puta?

Sonrió para sí y aceptó el cambio de conversación.

—Desde el momento en que aceptaste jugar en mi mesa y los dados jugaron a mi favor...

—Bonita manera de decir que me diste una paliza.

—...se inició el protocolo de recuperación de la deuda asociada a tu caso —continuó—. Tenemos un jefe con contactos bastante interesantes, ellos se encargarán de dar con cada uno de los responsables que te han llevado al casino. Una vez tengamos sus nombres y direcciones, se procederá a... poner las cosas en orden.

—Dime que eso incluye pegarle una paliza, una pequeñita, que no quiero que nadie mate a nadie, pero despellejarle el culo con un látigo no lo veo mal —aseguró con un tonito de voz que lo hizo reír a carcajadas.

—No conocía esta vena salvaje tuya...

—Me dejó en la calle con lo puesto, Aric, me hizo sufrir la humillación de que me levantasen de la cama y me arrastrasen fuera de mi hogar —respondió con voz fría, intentaba ocultar el dolor, pero no podía—. Me culparon de cosas que yo no hice, vi las expresiones de sus rostros, cómo me miraban y solo por ser mujer. No tuvieron piedad, no me dieron oportunidad de defenderme, me dejaron sentada en la acera, con una mochila y un fajo de papeles. Y el responsable de todo ello no estaba, de hecho, sacó todo el dinero de mi cuenta corriente apenas un par de días antes. No, no siento ni pizca de compasión o bondad hacia una comadreja como esa. Solo quiero que se haga justicia, si esta se extralimita un poquitín, no lloraré.

Dejó caer la mano sobre su cabeza y le revolvió el pelo.

—Lo encontremos, comparecerá ante la justicia y se demostrará que tú no eras culpable de nada de lo ocurrido, recuperarás todo lo que te fue sustraído y, a raíz de este episodio, te habrás hecho más fuerte y sabrás que es lo que deseas para el futuro.

Ladeó la cabeza y le miró.

—¿Eso es de lo que se trata este servicio semanal? ¿De fortalecer la autoestima? ¿De descubrirse a una misma?

—Chica lista —le guiñó el ojo—. Todo lo que necesitas está dentro de ti, solo tienes que aprender a sacarlo a la luz.

—Pues mi autoestima se llevaría una gran inyección si se me permitiera pegarle una buena patada en el culo a ese hijo de puta —aseguró y se cruzó de brazos—. A mí, desde luego, me sentaría de puta madre.

—Miedo me das tú a mí, intuyo que si llegas a encontrarte cerca de ese imbécil no dejarías ni las migas para la policía.

—¿Y puedes culparme? —bufó—. Cada vez que pienso en la semana que he pasado... —apretó los dientes—. Me siento tan estúpida, tan inútil. Quiero decir, ¿por qué no vi lo que estaba haciendo? ¿Por qué he confiado tanto en una persona al punto de dejarlo apoderarse de mi vida?

—Porque quieres confiar, porque confías en que el porvenir siempre será mejor que lo que dejaste atrás y porque eres humana, Lena, el perdonar es una cualidad puramente humana.

Lo miró de soslayo.

—¿Quieres decir con eso que un demonio no perdona?

Se encogió de hombros.

—Intento ser equitativo en todo lo que hago, pero no soy humano y tengo mis... momentos.

—¿Cómo cuáles?

Dudó unos segundos, entonces se encogió de hombros más para sí mismo que para ella y respondió.

—Dejé que una colmena entera se le echase encima al hijo de puta que golpeó a su esposa y la dejó tirada en la calle, después de haberle quitado todo lo que tenía —recordó y tuvo que apretar los dientes—. Me habría

gustado romperle las piernas personalmente, pero las abejas ya se encargaron de hacer que se precipitara en una zanja y acabase con varias fracturas, además de infinidad de picaduras. Se pasó casi un mes en el hospital, solo para salir de allí e ir directo a prisión.

—¿Y ella?

—Ella ahora vive con un hombre un poco más joven, pero que la trata como una reina, que la ama como se merece —aceptó tranquilo—. Curiosamente se habían conocido de jóvenes, no habían vuelto a verse hasta ahora. Creo que esperan su primer hijo, lo cual también es una alegría para ella, pues su marido siempre la había culpado por no darle descendencia.

—¿Ella también pasó por... esto?

Los señaló a ambos y no pudo evitar enarcar una ceja en respuesta.

—Si estás preguntando si me acosté con ella, sí, lo hice. —Fue muy directo—. Follamos una vez, por puro trámite.

Hizo una mueca.

—Puro trámite, sí, claro...

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Hay momentos en los que te sientes solo y necesitas del contacto de otras personas, no es algo malo o de lo que se deba esconder, ello no te ata —replicó sin más—, una manera de recordarte a ti mismo que eres valioso y que lo que hayas dejado atrás, debe quedarse allí, que tú no tienes por qué tener la culpa de lo que otros piensen.

—Entiendo lo que quieres decir —aceptó, la ironía se había escapado finalmente de su voz—. Lo siento, no era mi intención juzgarte y eso es lo que he hecho, ¿no?

—Sí, pero puedo entender tus celos.

—Yo no estoy celosa —rezongó—. Qué más quisieras.

—Sí, qué más quisiera —se rio—. ¿Seguimos con el tour o estás

cansada?

Sacudió la cabeza.

—Enséñame más —pidió y lo miró de soslayo—, y, si no te molesta, háblame más sobre... tus servicios. Creo que me he hecho una idea equivocada de dónde me metí, aunque tú no es que me ayudases demasiado a corregirla.

Sonrió divertido y la recorrió con la mirada.

—Tú y yo tenemos un pasado en común, Lena, eso ha hecho que cualquier regla establecida en el *Soul Circus* se haya visto alterada —confesó—, porque tú eres mucho más que una deudora, eres... parte de mi pasado.

Y tenía que aprender a lidiar con él.

## CAPÍTULO 19

Helena se sentó en uno de los bancos de piedra que decoraban el jardín, el cielo se había vestido de un intenso negro cuajado de estrellas, era una oscuridad tan aterciopelada, tan intensa que el brillo de los astros parecía incluso más intenso. No había luna, no había nada que quitase la atención de aquel hermoso firmamento.

La mansión era inmensa, no fue consciente de ello hasta que salieron y se dio cuenta de que el atardecer había caído ya sobre el lugar. Ni siquiera sabía en dónde estaba esa enorme casa de piedra, pero después de ver ese cielo intuía que no podría ser ubicada en ningún mapa.

Aric había sido fiel a su palabra y había hablado sin tapujos sobre la labor que realizaba el casino y, por extensión, los cinco hombres que trabajaban para un hombre al que conocían como «*La Banca*». Escucharle fue darse cuenta de muchas cosas, de reconocer su falta de información y echar de una vez y por todas por tierra los prejuicios que había conjurado a raíz de unos pocos momentos vividos.

*—Piensas en el casino como un garito humano y no lo es —le había dicho—. Podemos fingir, podemos pasar por humanos, pero somos demonios, vivimos y nos movemos en un mundo sobrenatural, el mundo del Soul Circus.*

Y aquella era la clave de todo, reflexionó, lo que daba motivo y justificación a cada una de las cosas que había visto, para todo aquello que no acababa de comprender y a lo que se estaba enfrentando.

Él no se había pasado los últimos cinco años de brazos cruzados, había vuelto al casino para continuar con su labor, para ayudar a aquellos que necesitaban de su ayuda y seguir adelante con su propia vida del mismo modo en que lo había hecho ella. ¿Cómo podía reprochárselo? ¿Acaso no habían escogido ambos el mismo camino?

Dejó escapar un suspiro, estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás.

—No sé cómo no me ha explotado todavía la cabeza.

Se había quedado sola después de que Brishen hubiese aparecido reclamando la presencia de Aric, su amante le había sugerido que se quedase allí, en el jardín, dónde podría respirar un poco de aire fresco y disfrutar de aquella noche sobrenatural. Y la verdad es que agradecía esa soledad, pues le permitía sumergirse en sus pensamientos, elucubrar sobre las respuestas a las preguntas que se había obligado a hacer a un lado esas últimas veinticuatro horas y aclararse un poco la mente.

—Veinticuatro horas —musitó.

¿Por qué parecía que había pasado muchísimo más tiempo? Parecía que hubiesen pasado días desde aquel momento en la puerta del casino en la que tuvo que discutir con aquella montaña. Ahora sabía que dicho elemento era en realidad una de las ilusiones de Gawrin, que Usher era el que preparaba ese extraño cóctel que había degustado y que la había embriagado en tiempo récord, conocía cada una de las tareas de los hombres en el casino y cómo es que aquella invitación había llegado a sus manos.

—¿Por qué recibí esa invitación?

—*Como en cualquier negocio de este tipo, existe una lista de «deudores», hombres y mujeres que han pasado por las mesas de juego y han*

*perdido una elevada cantidad de dinero —le había explicado Aric—. El casino funciona como un lugar de juegos y apuestas como cualquier homónimo humano, es solo que un par de veces al mes, a veces solo una, se tira de esa lista de deudas y se «exige» el cobro.*

*—Así que sois algo así como agentes de cobro.*

*—En términos humanos, sí —asintió—, pero el sistema de cobro, como has podido comprobar, es muy distinto.*

*—¿Utilizáis este sistema con todo el mundo? Porque... joer...*

*—¿Recuerdas que se te dieron dos opciones?*

*—Pagar en el momento o jugar para condonar la deuda.*

*—Hay quienes directamente abonan el importe nada más entrar en el casino, su deuda queda saldada y pueden irse sin más —explicó—. Otros deciden jugar y tienen la fortuna de ganar, con lo que no solo saldan su deuda, sino que obtienen un reembolso por el importe de esta.*

*—Y luego están los que pierden —completó por él—. Y no es algo casual, ¿verdad?*

*—Es el azar el que juega en la mesa, pero hay ocasiones en las que es necesario perder para poder ganar.*

Y así era cómo ella había terminado con él, porque no se trataba de una deuda de juego, no era alguien que se hubiese sentado ante una mesa a apostar y hubiese tenido mala suerte, era una de esas personas que necesitaba perder para poder obtener lo que quería.

*—¿Y qué es lo que quiero?*

La respuesta llegó caminando por uno de los senderos, las alas plegadas a la espalda, paso firme, vestido completamente de negro y unos ojos del color del vino que parecían brillar incluso más en la penumbra de la noche.

Él era lo que quería, lo que siempre había querido, porque en el fondo sabía que nunca había dejado de hacerlo, desde el momento en que se cruzó



en su camino, Aric se convirtió en parte de ella.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Se detuvo al llegar a su altura y vio que tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Sí, asuntos del casino, debemos encargarnos de ellos a pesar de estar en periodo de servidumbre.

—¿Así es cómo lo llamáis?

—Suena mejor que decir «*ejerciendo de agente de cobro*», ¿no te parece?

—No sabría decirte, Aric, las dos cosas suenan igual de mal.

Se rio y movió las alas para sentarse en el borde del banco.

—Entonces dejémoslo en hacerte compañía —acotó y señaló los alrededores—. ¿Qué te parece?

—Es un lugar muy tranquilo y el cielo, no he visto nunca nada parecido.

—No, es imposible que lo hicieras, esta bóveda celeste solo se ve desde aquí —corroboró—. La Mansión tiene su propio tiempo y espacio, hoy ves este cielo y en la próxima estación, podrías estar contemplando unas montañas.

—Suena mágico.

—Lo es, *ella* es pura magia, salvaje y ancestral.

—¿Ella?

—¿Crees que un hombre, sea de la especie que sea, podría tener la casa como los chorros del oro y una comida caliente sobre la mesa durante todos los días del año?

—¿Por qué no habría de haberlos? Los hombres son tan capaces como las mujeres.

—Tienes razón, pero aguantar a cinco machos adultos de castas

demoníacas, no es sencillo, el más inteligente saldría corriendo con solo ver lo que le espera.

Ahora fue ella la que se echó a reír.

—La verdad es que me encanta la mansión, tiene áreas de una belleza exquisita y ese aire antiguo en unas zonas, el contemporáneo en otras, tendría que ser algo extraño, como un rompecabezas, pero creo que le veo el sentido.

—Ah, ¿sí?

—Son solo suposiciones, ¿vale? —admitió—. Pero tengo la sensación de que cada área refleja la personalidad de cada uno de sus habitantes. Por supuesto hay zonas comunes, pero otras... Tu dormitorio, el baño, es un estilo ecléctico, ni muy moderno ni muy antiguo, me recuerda a ti.

—Sí que eres observadora.

—Los corredores, esa maravillosa escalera, la recepción y las salas comunes de la primera planta son antiguas, como el estilo de arquitectura de la mansión —señaló la fachada a su espalda—, pero ya la segunda planta y sobre todo la tercera, son muy personales. No sabría decir con exactitud a quién pertenece cada una, excepto la tercera... Es difícil de olvidar a Fey en pelotas con una bandeja de cafés en las manos.

Sonrió, nadie en su sano juicio contradeciría eso.

—De acuerdo, bibliotecaria, eres observadora, inteligente e intuitiva —asintió corroborando sus pesquisas—. Has acertado de lleno. La segunda planta es de Gawrin y mía, Gaw tiene un gusto más atemporal que el mío. Fey comparte con Usher la tercera, tienen gustos similares, aunque el chamán no es tan psicótico como el ícubo.

—Parece que os lleváis muy bien.

—En cierto modo somos como una familia. —Se encogió de hombros—. Hemos pasado mucho juntos, incluso nuestro pasado.

Aquello hizo que pensase en todas las obras de arte que había visto,

ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Qué edad tienes, Aric?

La mirada que le dedicó fue prácticamente una respuesta.

—Dejé de interesarme por mi edad al llegar al siglo veintiuno.

Se estremeció, no pudo evitarlo. Dios, estaba hablando con un demonio, ¿es que no veía lo que tenía delante de los ojos?

—Vale, creo que sencillamente te echaré unos cuarenta y me quedaré calladita.

Sus carcajadas resonaron en el silencioso jardín, se inclinó sobre ella y le acarició el rostro con los dedos.

—Dejémoslo ahora en treinta y nueve —le guiñó el ojo—, que es lo que pone en mi documento de identidad.

Se miraron a los ojos y no pudo evitar preguntar.

—¿Algún día me dirás cuando naciste?

—Hay cosas que es mejor que nunca sepas, Helena, por tu propia continuidad.

No le dejó replicar pues aprovechó para bajar sobre su boca y besarla.

—Um... tienes los labios fríos, vamos a dentro.

Puso una mano sobre su pecho, manteniéndolo a distancia para poder preguntar.

—¿Crees que él aparecerá? ¿Qué me devolverá lo que me quitó?

—Aparecerá y tú recuperarás todo lo que perdiste.

Suspiró, resbaló la mano por su camisa y se detuvo al llegar al cinturón.

—¿Me lo prometes?

Le levantó la barbilla con los dedos y la miró a los ojos.

—Te lo prometo, Helena, te lo prometo.

Si tan solo supiese lo que esas palabras significaban para ella, se incorporó y le echó los brazos al cuello.

—Me encanta este lugar, pero no me quejaré si me llevas a otro más calentito —ronroneó, pegándose a él.

—Veré que puedo hacer.

Se rio, no pudo evitarlo, ambos eran muy conscientes de lo que él podía hacer.

## CAPÍTULO 20

Helena estaba disfrutando de un merecido baño de espuma cuando Aric apareció por la puerta. No pudo evitar resbalar la mirada por el musculoso cuerpo desnudo de su amante, no se había molestado en vestirse después de su sesión de cama y a juzgar por la erección que no se molestaba en ocultar, estaba más que dispuesto a seguir con el juego. Las enormes alas negras destacaban contra su piel, recordándole sin necesidad de palabras quién era él.

Todavía le costaba acostumbrarse a verle así, pero no sentía miedo, incluso la palpable sorpresa había desaparecido y solo quedaba una nerviosa aceptación.

—Parece que te gusta lo que ves.

Se sonrojó, sus ojos brillaban de diversión, los labios que había besado hacía poco tiempo se curvaban en una perezosa sonrisa que ocultaba sus colmillos.

—El brebaje de Usher no ha dañado mi cerebro hasta el extremo de no poder apreciar a un hombre atractivo cuando lo tengo delante —respondió hundiéndose un poco más en la bañera—, con alas y todo.

Se rió de nuevo, levantó sus alas, abriéndolas y se reunió con ella en la bañera, intercambiando posiciones. En unos pocos movimientos él se hundió tras ella, rodeándola con los brazos mientras esos lustrosos apéndices quedaban suspendidos a ambos lados.

—¿Estás cómodo?

Ronroneó en su oído y sumergió las manos entre sus piernas abiertas

haciéndola gemir.

—Más que cómodo.

—Me refería a tus alas, Aric —aferró sus manos con las propias.

—Ya están más que acostumbradas a estas posturas, no hay ningún problema —la buscó con la nariz, frotándole el cuello para mordisquearle la piel y no pudo evitar estremecerse—. Tranquila, Lena, no voy a morderte.

La afirmación la tomó por sorpresa, sus manos dejaron de acariciarle el monte de venus y subieron a su cintura y lo escuchó suspirar.

—Te has puesto tensa —valoró, algo que ella misma notaba—, recuéstate contra mí y estira las piernas.

Respiró profundamente e hizo lo que le pidió, apoyó la nuca contra su hombro y extendió las piernas notando esa rigidez a la que él había hecho alusión.

—¿Qué ha pasado ahora por esta cabecita tuya? —la habló al oído.

Se relajó paulatinamente sobre él, buscó sus manos y las cubrió con las propias.

—¿Ahora? —Dejó escapar un divertido bufido—. Mi mente no ha dejado de dar vueltas y más vueltas desde el momento en que apareciste de nuevo en mi vida trayendo todo esto contigo.

—Lo estás haciendo muy bien.

—No dejas de decirlo...

—Es lo que veo.

Se quedaron un momento en silencio, disfrutando del calor adormecedor del agua a su alrededor.

—¿Por qué te marchaste sin decirme una sola palabra?

La pregunta surgió por sí sola, pero ya no era un reproche, sino la necesidad de saber.

—Porque no podía quedarme más tiempo junto a ti —respondió con

voz ronca, más baja de lo normal—. Lo que pasó, no entraba en mis planes.

—¿Y crees que en los míos sí?

Notó como cogía aire, pues su pecho se expandió tras su espalda y su aliento le acarició la oreja.

—Pertenezco a un mundo que está muy lejos del tuyo, de no ser por la deuda del *Circus*, ni siquiera habríamos vuelto a encontrarnos.

—Podrías haberte negado a recibirme, no puedo creer que no te reconociese al principio.

—Así es cómo debía ser.

—¿Por qué no te negaste?

Se quedó callado, así que levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—Por el mismo motivo que tú aceptaste jugar y arriesgarte en este juego de azar conmigo —respondió con serena aceptación—, por el mismo motivo que me llevó a hablarte ese día en la playa. Me siento atraído hacia ti, eres como un extraño imán para mí y es difícil mantenerse alejado una vez me encuentro cerca de ti.

—¿Sabes que me convencí de que tú habías sido una borrachera de fin de semana? —hizo una mueca—. No era capaz de recordar con claridad tu rostro, pero no podía dejar de sentir tus manos sobre mí, ese cosquilleo en el estómago, el calor de un cuerpo, de escuchar una voz y unas risas compartidas como si viniesen de lejos. Es una tortura...

—Helena...

—...amar a alguien que no recuerdas.

El silencio volvió a caer sobre ambos, más denso que una gruesa manta de oscuridad.

—El vino y mi baja tolerancia al alcohol fueron la justificación perfecta —murmuró más para sí que para él—. Fue más sencillo seguir adelante de esa manera.

—Condenada mentirosa.

Se rio, no pudo evitarlo, él sonaba tan irritado.

—Habla por ti, demonio, para mí lo fue, después de un tiempo al menos, lo fue.

Los brazos masculinos la rodearon apretándola más contra él, girándola hasta que se quedo mirándose a la cara.

—No, nunca se hace fácil, cada maldito día que pasa, es como caminar por el jodido infierno —siseó él, sus ojos se habían vuelto rojos y no se molestaba en ocultar los colmillos al hablar—. Y solo ha sido un instante en mi tiempo, una mota de polvo en incontables siglos, tú no tenías que ser otra cosa que un momento fugaz.

Sus palabras la hicieron consciente de la diferencia tan marcada que había entre la vida de ambos, en el tiempo que llevaban caminando por el mundo.

—Y has sido como una jodida chincheta en el zapato.

Parpadeó ante lo que sin duda era la típica rabieta de un niño y soltó una carcajada.

—Vaya, gracias, señor.

Él gruñó y, un segundo después se sintió izada en el aire sin apoyo alguno, extendió los brazos de manera automática en busca de un apoyo y posó las palmas sobre sus hombros. Su cuerpo descendió, quedando a horcajadas sobre sus caderas, mirando ahora un rostro que había perdido prácticamente toda su humanidad.

—Mírame, esto es lo que soy —siseó entre dientes y no pudo evitar sentir una punzada de miedo—, esto es lo que siempre voy a ser, no podía quedarme contigo, no puedo. Solo eres una... humana.

La manera en que lo dijo le provocó una punzada en el estómago, había tal tono despectivo en sus palabras, que sintió náuseas durante una milésima



de segundo.

—¿Tanto me odias por lo que soy?

—Sí, Helena, odio que seas tan solo una pequeña y débil humana, porque estoy obligado a perderte en el transcurso de un parpadeo —aseguró, sus manos se cerraron ahora sobre sus caderas, los dedos le apretaban la carne y las uñas parecían clavársele. Tuvo miedo incluso de bajar la cabeza y mirar por temor a lo que se encontraría, pero no era una cobarde, alguien carente de valor no estaría allí, desnuda, deseando a un ser que parecía cualquier cosa menos humana.

Bajó la cabeza y vio que su piel, así como sus manos, se habían oscurecido y sus dedos terminaban en una especie de uñas negras y ligeramente curvadas.

—Odiarme no hará que el dolor desaparezca, Ari —murmuró utilizando el apodo que le había puesto entonces, cuando se conocieron la primera vez—, lo sé, lo he intentado con todas mis fuerzas.

—No te odio, Lena, nadie puede odiar a su propio corazón —aceptó intentando relajarse—. Es tu humanidad la que detesto con toda mi alma.

—Si me odias por lo que soy —murmuró y levantó la mirada para encontrarse con la suya, le acarició el rostro con la mano y le sostuvo esa fiera e inquietante mirada—, ¿cómo debería reaccionar yo entonces por lo que tú eres? ¿Crees que es fácil enfrentarme a esto? ¿A lo que eres?

—Si fueses una hembra inteligente, te limitarías a aprovechar el momento y olvidarlo después.

—¿Así es cómo has estado viviendo hasta ahora? —Sacudió la cabeza—. Disfrutando un momento para desecharlo al siguiente. ¿Y cómo consigues mantenerte cuerdo a través de... tu vida? ¿Cómo eres capaz de empatizar con los demás? ¿De sentir siquiera?

—Nunca tuve la necesidad de sentir nada hasta que apareciste en mi

camino —declaró a través de los apretados dientes—. Amarte ha sido mi mayor error...

Sacudió la cabeza ante la crudeza de sus palabras.

—Vaya, gracias.

Él gruñó y no fue un sonido humano, sino el de una bestia herida.

—Pero no puedo dejar de hacerlo —declaró aferrándole los antebrazos, enfrentándose a ella con un infinito dolor surfeando sus ojos—. Estoy maldito, no importa lo que haga, porque tú siempre estás ahí, mirándome con esos ojos azules, juzgándome, suplicándome, gritándome... y cuanto más quiero odiarte, más te amo.

—Ari...

—¿Qué hago, Helena? ¿Qué hago contigo? —le preguntó buscando la respuesta en sus ojos—. ¿Qué hago con una humana que me mira con miedo en los ojos? ¿Qué hago con una humana que tiembla entre mis brazos cuando siente mi boca en su cuello? No puedo cambiar lo que soy tanto como tú no puedes dejar de ser lo que eres.

—Solo me das miedo cuando haces lo que estás haciendo ahora —protestó librándose de sus manos—, cuando me tratas como si yo no valiese ni el suelo por dónde caminas, cuando me intimidas para que me aparte de ti, cuando me muestras quién y qué eres para que me aleje. ¿Crees que no me he dado cuenta?

Lo empujó, el agua salpicó en todas direcciones mientras se apartaba de él.

—¡Mírame! ¿Crees que estaría así, desnuda y vulnerable ante ti si te tuviese miedo? ¿Qué te permitiría tocarme, besarme, follarme? —Golpeó el agua, se la lanzó a la cara—. ¡Míranos, maldita sea! ¡Míranos a ambos, Aricles! ¿Qué hay de normal en esto? ¿Qué hay de normal en un mundo que es como una maldita pesadilla mezclada con un infernal sueño surrealista?

¡Estoy haciendo un verdadero esfuerzo por no volverme loca! ¡Y lo hago porque te quiero! ¡Porque nunca he dejado de querer a alguien a quién ni siquiera recordaba! ¡Así que no se te ocurra hablarme sobre tener miedo, capullo!

Se quedó jadeando, ni siquiera se había dado cuenta de que se había puesto de pie hasta que se percató de que lo estaba mirando desde arriba.

—Yo soy la que tiene que enfrentarse con el maldito infierno, te estoy viendo tal y cómo eres, como tú quieres que te vea y sigo queriéndote — musitó derrotada—. Porque te quiero Aric, sin importar qué o quién eres, cómo te vistas, de qué te disfraces, los siglos que cargues a la espalda o los años que puedan quedarme para estar a tu lado, te quiero. ¿Te enteras, demonio inútil? Te quiero.

—¿Acabas de llamarme «demonio inútil»?

Parpadeó ante su respuesta.

—Sí.

Enarcó una ceja.

—¿Qué dijimos sobre los insultos?

—Tú fuiste el que empezó —lo apuntó con el dedo—. Yo solo sigo tus malos ejemplos.

Entrecerró esos ojos del color de la sangre sobre ella, entonces estiró el brazo y la cogió, tirando de ella en su dirección, atrapándola contra su cuerpo desnudo mientras hacían salpicar más agua de la bañera.

Se quedaron mirándose el uno al otro, ella posó la mano sobre su pecho y afirmó las piernas a ambos lados de sus musculosos muslos, podía notar su dura erección acariciándole el vientre.

—Nunca bajas los brazos, ¿no es así? —le dijo él, no era una pregunta, sino una apreciación—. Da igual que te dejen en la calle con lo puesto, que te arrebatan todo lo que tienes, seguirás luchando hasta el final.

—Siempre lucharé por lo que quiero, por lo que creo justo, nadie me quitará eso, nadie me quitará quién soy.

Asintió, bajó la mirada a sus labios y luego la miró a los ojos.

—Eres un verdadero dolor en el culo, ¿lo sabías?

Inspiró profundamente y ladeó la cabeza.

—El demonio hablando de cuernos.

Sonrió, los labios masculinos se estiraron dejando ver sus colmillos.

—Supongo que esto es un empate —aceptó, se lamió los labios y bajó la mirada sobre su cuerpo—. Ambos hemos puesto las cartas sobre la mesa y ninguno tiene una mano ganadora.

—Estoy dispuesta a arriesgarme de nuevo con los dados —replicó bajando sobre él, tentándole al frotarse contra su erecto pene—, pero esta vez no voy a perder.

Gruñó, resbaló una mano bajo su cabeza, sujetándole el pelo y tiró de ella hacia su boca.

—Siete días, Helena, ya hemos gastado dos. —Se relamió y el gesto la puso caliente—. Cuando saldes tu deuda, volveremos a hablar sobre esto.

—¿Qué más hay que hablar? —lo desafió.

La forma en que desnudó los colmillos le provocó un temblor en todo el cuerpo, pero no se amedrentó, ni siquiera cuando él tiró de su cabeza, obligándola a ladearla y notó el aliento en su cuello.

—De nuestra separación o el final de la misma.

Helena gimió al sentir la doble penetración de sus colmillos y su pene al mismo tiempo en su cuerpo, el pinchazo de erótico dolor en su cuello se unió con la fuerza de su empuje desarmándola al momento, impidiéndole dar una respuesta.

—Móntame.

Las palabras resonaron en su mente a pesar de que sus palabras habían

sido ahora susurradas al oído.

Ella inclinó las caderas, buscando un ángulo adecuado antes de hacer fuerza en las rodillas y retirarse de él. El agua caliente lamía su cuerpo incrementando la erótica sensación.

—Sigue —la instruyó al tiempo que le pasaba la lengua por el cuello y descendía por la columna, lamiéndola, besándola para recalcar en ese lugar que tanto le gustaba entre el primero y su hombro—. Y apriétame.

—Oh dios. —No pudo evitar contenerse en gemir cuando sintió de nuevo sus dientes sobre su piel un segundo antes de rasgarla y notar como él mismo alzaba las caderas para salir a su encuentro.

*«Cabálgame, Lena, móntame mientras bebo de ti».*

Obedecerle fue prácticamente una necesidad, su boca no la abandonaba y le daba tal placer que se olvidó de todo excepto de follárselo y que la follase a su vez.

Escuchó sus gemidos parejos a los de ella, jadearon juntos con cada sensual movimiento de sus cuerpos, la forma en que el agua le lamía los pezones, hizo que Helena perdiese el control y se entregase al desesperado frenesí de la cópula.

Aric, sin embargo, tenía sus propios planes, pues cambió el ángulo de su cuerpo para poder deslizar el pulgar entre sus muslos. En el momento en que notó la callosa yema frotándole el escondido nudo, el caliente placer se disparó por su cuerpo, echó la cabeza atrás y gritó su nombre mientras se mecía contra él.

—¡Aric!

—Más, Lena, dame más.

Le rodeó la cadera con el brazo y la levantó para poder guiar ahora él los empujes, todo lo que ella pudo hacer fue aferrarse a sus hombros y acompañar sus embestidas con sus propias caderas.

—Dios, eso es bueno, Lena, sí, sigue así, móntame, entrégate a mí.

Le clavó las uñas en los hombros cuando sintió su boca apropiándose ahora de un pezón, la lamió a conciencia, mordisqueándola sin llegar a atravesarle la piel.

—Exquisita, sigue moviéndote, así, dame más.

Se entregó con desinhibición, se olvidó de todo y gimió, jadeó, volviéndose loca, llamando su boca con desesperación para recibir en pago un beso en el que se probó a sí misma.

—Ahora, Lena, córrete otra vez.

Como si fuese un maestro de ceremonias al que nadie podía negar, su sexo se contrajo alrededor de la dura y llena polla, la exprimió en un jadeante orgasmo que se llevó hasta el último grito de su garganta mientras él se corría también en su interior.

Se dejó caer contra él, agotada, incapaz de mover un solo músculo, el corazón le latía en los oídos con tanta fuerza como el de él resonaba contra sus senos.

—Recuérdame —se las ingenió para musitar—, que mantengamos la próxima conversación —se lamió los labios—, en un lugar en el que ambos estemos vestidos.

La respuesta de Aric fue reírse a carcajadas.

## CAPÍTULO 21

El tiempo parecía tener otro ritmo en la mansión, los días empezaban a confundírsele en la mente, las noches se convertían en momentos tan especiales que no deseaba que se terminasen, pero todo aquello tenía un final y se acercaba peligrosamente.

Helena hizo a un lado las sábanas, las cortinas de la habitación se abrieron por sí solas, las luces se encendieron y escuchó el agua de la ducha al empezar a correr. Había cosas a las que todavía no se acostumbrada y esa era una de ellas, la mansión ejercía un dominio absoluto sobre las cosas cotidianas, era como si fuese consciente de lo que necesitaba incluso antes de que ella misma lo supiera. Aric había sido incapaz de explicarle cómo era posible o qué era exactamente la mansión, todo lo que le dijo era que siempre había sido así.

Habían hablado, la conversación que se inició aquella pasada noche solo fue la primera de muchas, no era sencillo extraer información de un hombre como él, pero cada nuevo pedazo que le mostraba de sí mismo era una pequeña batalla ganada.

El mundo en el que él se movía, en el que vivían cada uno de los hombres que habitaban la mansión, era algo que se escapaba a su comprensión y, al mismo tiempo, también algo excitante. No podía dejar de

preguntarse las distintas épocas por las que habrían pasado, la gente a la que habrían conocido, las situaciones en las que se habrían visto envueltos y mientras lo hacía se volvía consciente de que cada uno de ellos era lo que decía ser.

Se pasó la mano por el cuello y descendió por su brazo hasta la depresión que lo unía con el hombro, tembló al notar la diminuta marca, tragó con dificultad y se obligó a respirar de nuevo. Aric hacía aquel momento el más íntimo y cercano de todos, por un breve instante podía sentirse parte de él, tan cerca que en ocasiones creyó escucharle en su cabeza, compartiendo cosas que no se atrevía a decir en voz alta.

El pensamiento la llevó de nuevo a prestar atención a su alrededor, al dormitorio masculino y a la ausencia de su acompañante. Él solía despertarla con caricias, con su codiciosa lengua recreándose en su cuerpo o entre sus piernas, pero esa mañana se había marchado como un furtivo, sin que ella se diese cuenta de nada.

—¿Aric?

Sabía que no estaba en el dormitorio, esperaba equivocarse, pero había cosas que eran imposibles de pasar por alto y la presencia de su amante era una de ellas. No hubo respuesta, el silencio era tal que le entró un escalofrío y se apresuró en dejar el lecho y correr a ducharse esperando encontrarle en el comedor o en algún otro lugar de la casa.

No perdió el tiempo ni en secarse el pelo con el secador, se vistió rápidamente y salió como una exhalación.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego?

Se detuvo en seco cuando se encontró con Gawrin, el hombre llevaba un libro en las manos y las gafas en la punta de la nariz.

—Lo siento, no te había visto.

—Me he dado cuenta de ello, créeme —replicó con palpable ironía—.



¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Se incendió *vuestro* dormitorio?

La alusión a la relación que mantenía con uno de los miembros de la casa era palpable para todos, no era algo que se molestasen en disimular, pero sin duda quién los había pillado ya en varias comprometedoras situaciones era ese hombre que la miraba como si fuese un helado de chocolate al que le gustase pegarle un lametón.

La tónica general era reírse, hacer algún comentario picantón y lanzarle alguna pulla a Aric antes de dar media vuelta y desaparecer en la sala común de la primera planta o en sus propios dominios, situados en el ala contraria a la que ocupaba el *sanguinar*.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—No, estaba en perfecto estado cuando lo abandoné —replicó y señaló el pasillo que llevaba a la planta baja—. ¿Sabes si Aric ya ha bajado a desayunar?

Se quitó las gafas, cerró el libro y asintió.

—Aricles salió hace un buen rato, fue a encargarse de la deuda.

Parpadeó.

—¿De la deuda?

—Ya sabes, esas cosillas por la que terminaste aquí y con él.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Lo ha encontrado? ¿Cuándo? ¿Dónde? —Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo—. ¿Por qué no me dijo nada? ¡Quiero estrangularlo con mis propias manos!

Se echó a reír.

—La deuda es suya desde el momento en que te ganó en la mesa de juego, pajarillo, así que es a él a quién le corresponde arreglar las cosas —le

informó, se metió el libro bajo el brazo y se golpeó los labios con las patillas de las gafas—. Confía en que él sabrá qué hacer para que ese rastrojo humano no se vaya de rositas después de todo lo que te hizo. Tiene muchas explicaciones que dar, una deuda que saldar ante vuestra justicia...

—Nuestra justicia —repitió sus palabras—. Lo dices como si... vosotros os rigieseis por algo más.

—Acatamos las leyes del mundo en el que nos movemos, porque somos parte de él, pero al mismo tiempo tenemos nuestras propias normas. —Onduló la mano y todo a su alrededor cambió, el pasillo, las estatuas, todo desapareció y se encontró en medio de un campo de amapolas, con el sol brillante sobre sus cabezas y el aire meciendo las flores—. Nuestras propias leyes que se escapan al entendimiento de los mortales.

No pudo evitar jadear al encontrarse en ese nuevo escenario, le llevó un par de respiraciones profundas calmarse lo suficiente para que el corazón dejase de latirle en los oídos.

—¿Podrías avisarme la próxima vez que tengas la feliz idea de hacer algo como esto?

Sonrió ampliamente, tenía que admitir que era un hombre devastadoramente atractivo, encantador, mucho menos amenazante que sus compañeros y, al mismo tiempo, también más peligroso debido a esa cercanía que siempre parecía brindar a los que lo trataban.

—A estas alturas el brebaje de Usher ya ha debido de hacer su efecto, así que, buen trabajo de contención.

—Sí, bueno, cuando tienes alrededor de ti a un tío con unas enormes alas de murciélago, colmillos y ojos que tienden a tornarse rojos o te acostumbras o mueres de un infarto fulminante. —Se encogió de hombros—. En mi caso, he tenido tiempo de acostumbrarme.

—Ya veo —asintió, levantó la mano, le dedicó un guiño y el escenario

cambió de nuevo a su estado original—. Eres una curiosa aparición, espero que ese demonio sea lo suficiente inteligente para apreciarlo.

Su comentario la cogió por sorpresa, no era algo que esperase escuchar de ese hombre.

—¿Por qué dices algo así? —No pudo evitar preguntar.

Sonrió y un par de puntiagudos pequeños colmillos aparecieron en su boca.

—Porque habría que estar ciego para no ver que amas a un demonio, dulce Helena —aseguró con un brillo inusual en los ojos—, y eso, viniendo de un ser humano, es un don inusual.

—¿No crees que entre un humano y un demonio pueda existir el amor?

Dejó escapar un pequeño bufido.

—Oh, sí, claro que lo creo —se burló—, pero eso no significa que el final sea, cómo decís vosotros, un “*felices para siempre*”.

Le sostuvo la mirada, entonces concluyó.

—Aunque apostaría a las cartas que tú lo aceptarás como un nuevo desafío —sonrió para sí—. Espero que logres lo que desees, Helena, realmente lo espero.

Con eso dio media vuelta y la dejó allí en medio del pasillo, pensando en lo que le había dicho y en cómo conseguir ese maldito «*felices para siempre*» en el que ellos parecían tener problemas en creer.

## CAPÍTULO 22

La humanidad era realmente la única culpable de su propia estupidez, pensó Aric al ver la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos al otro lado de la calle, dejó el café que le había servido una agradable camarera sobre el plato y acarició con los dedos la carpeta que tenía sobre la mesa. Daba igual que se tratase de un hombre o de una mujer, la codicia estaba en los corazones de todos los individuos, no solo de la humanidad, la sed de poder, el egoísmo, todo ello formaba parte de un círculo vicioso en el que una vez que se entraba era difícil, sino imposible, volver a salir. Y los había reincidentes, que no les bastaba con hacer daño una vez, que necesitaban más, que deseaban más, sin encontrar la satisfacción.

El hombre que estaba al otro lado de la calle hablando con una mujer era exactamente la visión que tenía la humanidad sobre los demonios, sobre la maldad y la codicia, sobre el engaño y la traición. Podía verlo con tanta claridad cómo veía cada una de las almas que pululaban a su alrededor, aquel individuo era el único que había engañado a Helena, que se había aprovechado de su vulnerabilidad, de su generosidad y de la soledad que había quedado en su alma tras su partida.

Lo había rastreado sin problemas, solo era cuestión de esperar a que saliese de su agujero y siguiese con su rutina habitual, después de todo, se

sentía a salvo al otro lado del mundo, disfrutando de una de sus tantas identidades con las que embaucaba a las mujeres.

Y luego lo llamaban a él vampiro, pensó poniendo los ojos en blanco.

Aquel tipo era un parásito, se pegaba a sus víctimas como una auténtica garrapata y les iba chupando la vida, viviendo a sus expensas y dándose todos los caprichos que su codicioso corazón deseaba. Helena no había sido la primera y, a la vista estaba que no era la última. Con toda probabilidad, si no se hubiese sentido atraído por el casino y la oportunidad de hacerse con más poder, habría sido otra sanguijuela más en el mundo, una que se aprovecharía una y otra vez de las mujeres para luego tirarlas a un lado.

Dejó unas monedas sobre la mesa, recogió la carpeta y se levantó, había llegado el momento de pasar a cobrar la deuda que se le debía al *Circus*, sin duda, su alma sería un pago adecuado.

Helena estaba distraída, jugaba con la cuchara mientras le daba vueltas y más vueltas a sus pensamientos.

—Si sigues revolviendo de esa manera el yogur, va a terminar cortándose —comentó Fey, que se sentaba frente a ella, era el único que estaba presente esa mañana.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Estás frustrada —chasqueó el ícubo—. ¿Aric no te folla tanto cómo debería? Si necesitas un cambio de aires, yo estoy libre hasta las dos.

Le sostuvo la mirada y suspiró.

—¿Cómo lo haces?

—Bueno, nena, el que preguntes eso no habla muy bien de tu amante.

Puso los ojos en blanco.

—Soy un íncubo, puedo oler tus emociones, entre otras cosas. Por no mencionar que no sois precisamente silenciosos cuando discutís. ¿Todavía no has aprendido que lo mejor, para no discutir, es follar como conejos? Al menos, la energía empleada sirve para algo.

—No sé ni para qué he preguntado.

—Preguntas porque amas a un demonio que a su vez te ama y no sabe qué coño hacer contigo —resumió con gesto presumido—. Aric todavía piensa que nuestros mundos son distintos, que no pueden mezclarse, no quiere aceptar que vosotros no sois tan distintos. Ya me gustaría que estuviese en mi pellejo.

La miró y frunció el ceño.

—¿De verdad tienes un harem?

—Yo prefiero llamarlo mi «Gran Familia».

—¿Y toda tu familia está... er... ahí, voluntariamente?

Sonrió y mostró unos pequeños colmillos que le provocaron un escalofrío. Mientras que la sonrisa de Aric le resultaba sexy, la de este hombre era peligrosamente sexual.

—Tendré que traer a Rhiannon y presentártela, ella podrá responder a eso, es humana, como tú.

Aquello la sorprendió.

—¿Tienes una pareja humana?

—Ella fue mi deudora, después de saldar su deuda decidió que quería permanecer a mi lado a pesar de que nos separaban más cosas de las que nos unían —comentó con gesto pensativo, había un tono extraño en su voz, como si le sorprendiese la decisión de esa mujer.

—¿Y ella sabía qué eras antes de tomar esa decisión?

—Si no fuese porque empiezo a conocerte, me sentiría ofendido por la pregunta, Helena —replicó con cierta diversión—. Rhia supo desde el primer

momento en que entró en la *Arena* que yo no era humano y sí, era consciente de que soy un íncubo y de mi forma de vida. Ella decidió que valía la pena arriesgarse y, aunque no lleva bien que tenga otras parejas, comprende que es parte de quién soy.

—Y la aceptaste siendo humana.

Ladeó la cabeza y la miró casi divertido.

—Te seduciría a ti hasta que aceptases quedarte conmigo si no supiese que Aric me cortaría los huevos —canturreó, entonces hizo una mueca como si hubiese recordado algo—, y Rhia le ayudaría. Es una mujer que sabe hacerse oír, humana y todo.

—Parece que le tienes afecto.

—Sí, ¿verdad? —asintió con gesto pensativo—. Aunque diría que es más que afecto, me he acostumbrado a tenerla alrededor. Es alguien importante para mí, como tú lo eres para mi primo. Es curioso cómo vosotros los humanos sois capaces de superar cualquier dificultad cuando os enamoráis, el amor os hace fuertes, os da un poder inmenso que no puede competir con ningún otro en el universo y la valentía de enfrentarlo es lo que os hace valiosas.

—Es un pensamiento bonito.

—Es una realidad, Helena, lo he aprendido por el camino difícil, como dice mi mujer.

—Me habría gustado conocerla.

—A ella también le habrías gustado tú —aceptó mirándola intensamente—. Serías una buena compañía para ella y viceversa, no hay muchos humanos que estén al tanto de lo que ocurre más allá de sus narices y con los que podáis hablar sobre ello.

—Amén a eso.

—Si decides quedarte con Aric, la traeré conmigo a la mansión.

—Más bien es si él decide quedarse conmigo.

—Es un demonio, no te ha sacado de su cabeza desde que te conoció, todos en esta casa lo sabemos, la Mansión lo sabe, —se encogió de hombros —, es solo cuestión de tiempo que se dé cuenta de que *tu* vida es demasiado corta para desperdiciarla en tonterías.

No pudo evitar reflexionar sobre lo que acababa de decir, no se trataba de un error, había marcado el pronombre.

—Gracias, Fey.

Al hombre lo pilló por sorpresa su respuesta.

—¿Por qué?

—Por decirme justo lo que necesitaba oír.

Sus ojos se suavizaron, ladeó un poco la cabeza y asintió.

—Me gustas, Helena, creo que eres lo que ese demonio necesita, no dejes que sus colmillos te asusten.

—No me asustan sus colmillos o quién es en realidad, sino la posibilidad de tener que perderle por segunda vez.

—Bien, eso es justo lo que todos queremos escuchar alguna vez en nuestras extensas vidas, así que díselo —le sugirió—. Le diré a mi Rhiannon que tendrá una compañera humana en la mansión con la que despellejarme verbalmente, la hará delirar de emoción.

No pudo ni responder a semejante declaración, pues el hombre se esfumó en el aire dejándola completamente sola en el comedor. Se estremeció, sacudió la cabeza y se obligó a respirar profundamente un par de veces.

—De acuerdo, cada cosa a su tiempo, por ahora procura seguir respirando.

Miró el yogur, hizo una mueca y lo desechó, se levantó, lista para abandonar la mesa y se encontró con Aric entrando por la puerta. Vestía de



manera casual, con vaqueros, camisa y americana, sus alas se habían esfumado y sus ojos tenían ese tono marrón con el que los había conocido.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Tanta prisa tenías por abandonar nuestra cama que no me despertaste para acompañarte al menos en el desayuno?

Abandonó el umbral y caminó hacia ella, estaba serio, no había esa picaresca en su rostro.

—Lo he encontrado —la informó—. Está en Londres, tiene una relación con una hembra de aproximadamente tu edad. Es propietaria de una boutique de su propia firma y ha estado viviendo a sus expensas, al mismo tiempo que lo hacía contigo.

Parpadeó, le llevó un buen momento procesar la información.

—¿Cómo?

—Durante el tiempo que estuvo contigo, lo hacía también con esa mujer —le resumió—. Nuestros investigadores creen que ha utilizado tus fondos para viajar de un lado a otro, estableciendo aquí su identidad como Galerista especializado en arte urbano.

Sacudió la cabeza.

—Es una broma, ¿no? —Resopló a modo de risa—. Jamás se ha interesado en el arte, no tiene ni puta idea, para ser precisa.

—Es un estafador, Helena, solo tiene que ser un buen embustero, convincente y carismático, lo demás lo consigue de... —Se detuvo, buscando la palabra adecuada.

—De mujeres como yo.

No lo rebatió, no hacía falta, era algo que saltaba a la vista. En lugar de eso, se cruzó de brazos y empezó a echar cuentas.

—¿Podrías prestarme algo de dinero para que pueda viajar hasta el Reino Unido y asesinarlo con mis propias manos? —lo miró—. Prometo

devolvértelo tan pronto me paguen el sueldo que me deben o encuentre un nuevo trabajo, ya que la biblioteca no ha respondido a mis llamadas.

—No voy a pagarte un billete a la cárcel.

Puso los ojos en blanco.

—Solo quiero advertir a esa mujer, no quiero que le tome el pelo como lo ha hecho conmigo —se obligó a no apretar los dientes—. Quiero quitarle para siempre la máscara a ese hijo de puta.

—Si eso es lo que deseas, es lo que te daré —le concedió—. Pero nada de asesinatos, Lena, sacarte de la cárcel no entra dentro de mis competencias.

—¿Puedo al menos romperle los huevos? Solo un poquito, anda, di que sí.

Enarcó una ceja ante su petición y resopló.

—Si no lo haces tú, tendría que hacerlo yo, así que, trabajo que me ahorras.

Se frotó las manos.

—Bueno, pues tú ocúpate de los billetes mientras cojo una chaqueta, mi bolso y...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

—Tenemos aerolínea privada.

Antes de que Helena tuviese tiempo de abrir la boca y preguntar, ambos desaparecieron de la mansión.

## CAPÍTULO 23

Había algo realmente brutal en ver a una mujer pegarle una patada en los huevos a un hombre. Aric no pudo evitar encogerse en solidaridad masculina, Helena permanecía de pie a su lado, tan sorprendida como él mismo por la paliza que la mujer, con la que se habían citado tan solo una hora antes, le estaba dando a Mich Carmody.

—Eso quería hacerlo yo —dijo con un puchero.

—No estoy seguro de que te quede algo que patear.

Ambos se encogieron ante el rodillazo que la chica le pegó en la entepierna y que dejó al tipo en el suelo, aferrándose los huevos mientras intentaba respirar.

—Joder, ¿estás loca? ¡Putas! ¡Maldita sea! —jadeaba—. Todo es culpa de esa zorra, no la escuches, Rose, nada de lo que dice es cierto. Te lo juro, amor, te juro que...

—¿Amor? ¿Amor? Tú no te amas sino a ti mismo, cabronazo —siseó ella yendo a por su pelo—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo pudiste mentirme de esa manera? ¡Has estado viviendo a mi costa y a la de esa pobre chica! ¡Cabronazo!

La manera en que le tiraba del pelo, como si quisiera arrancárselo de cuajo hizo que ambos diesen un respingo. Helena se giró hacia él con una

mueca.

—¿Deberíamos detenerla?

—Yo no pienso meterme ahí —señaló la contienda entre la pareja—. Quiero mucho mi polla como para perderla en una patada de esas.

Lo miró con gesto interrogante.

—Y tú también quieres que mi polla siga en el mismo sitio y en el mismo estado que estaba la última vez que la usaste.

Puso los ojos en blanco y lo ignoró.

Estaba muy serena, lo había estado incluso cuando la chica que amenazaba con despellejar al embustero que las había engañado a ambas, los había recibido en su tienda y había mantenido una acalorada discusión con Helena. La chica no le creyó una sola palabra, la había acusado de embustera, de estar buscando dinero, hasta que la oportuna mención de ciertos datos y el visionado de algunas fotos pusieron las cartas sobre la mesa.

Poco a poco empezaron a encajar varios viajes de los que ambas eran conscientes en las mismas fechas, de llamadas, de repentinas escapadas de fin de semana, el tipo las había estado engañando a ambas al mismo tiempo mientras vivía a costa de ambas.

Rose era sin duda una hembra mucho más tajante que su compañera, había puesto al mando de su tienda a la encargada y los había hecho acompañarla al lugar dónde decía que trabajaba su prometido. No hacía ni un mes que le había regalado un caro anillo que no dudó en quitarse, supuestamente iban a casarse dentro de seis meses, boda que ya no se celebraría. Aric había sentido el dolor en el pecho de la mujer, había olido sus emociones, la rabia, la traición, al contrario que Helena, ella si estaba enamorada de un hombre que en realidad no conocía.

Si hubiese quedado todavía alguna duda sobre la identidad de Helena y que lo que había dicho era verdad, quedó totalmente despejada cuando ella

entró a solas en la galería y el hombre palideció unos segundos antes de romper en balbuceos.

—¿Qué? ¿Cómo has llegado aquí? ¿De dónde...?

—Sorpresa, Mich —lo saludó con una tranquilidad que lo preocupaba. Helena nunca había estado tan fría, tan distante en toda su vida, era como si sus emociones se hubiesen esfumado y allí no hubiese más que una cáscara vacía—. ¿Me has echado de menos? Porque yo tanto o más que los cabrones que me desahuciaron, o los del banco, o de las tiendas en las que has dejado deudas... Oh, por no mencionar cierta deuda que has contraído con uno de los casinos de mi ciudad.

Como si el tipo no pudiese contenerse empezó a barbotear toda la verdad, sabía que eso iba a herir a Helena, pero no podía permitir que siguiese en ese estado de completo desinterés, era necesario que escuchase, que no le quedase duda alguna de la clase de hombre que era y de lo que era capaz de hacerle a una mujer.

Su confesión también sirvió para que Rose comprendiese que cada palabra que había escuchado era real, que no había mentido.

—¿Esta era la razón por la que siempre tenías que asistir a esas exposiciones? —Lo había increpado la chica con verdadera rabia y dolor—. ¿La razón por la que nunca querías que te acompañase? ¡Cómo has podido! ¡Cómo!

Por supuesto, él no se quedó de brazos cruzados y, ante la presencia de su actual pareja, el muy canalla no tuvo problema en utilizar a Helena como excusa, culpándola a ella, tachándola de despechada, de que era ella quién lo acosaba, quién lo chantajeaba, que había cedido cortar con todo y por eso ella estaba ahora allí, buscando venganza.

Solo entonces Helena había empezado a despertar, a dejar atrás la frialdad, había sentido la rabia emergiendo en su interior, el dolor que había

reprimido, no por la pérdida del amor, sino por el engaño, porque se sentía utilizada, había gritado, sorprendiéndolos, poniendo en palabras todo aquello que no pudo decirle a ese cabrón cuando se encontró sola en la calle. Con toda probabilidad se habría lanzado sobre él, pero Rose la había refrenado en el último momento.

—Permíteme, por favor, yo... necesito hacer esto.

El imbécil no se esperó el primer golpe y la bofetada que le cruzó la cara solo fue la primera de una lluvia de golpes, improperios y maldiciones que terminó en el rodillazo que acababan de presenciar.

—¿La detengo o dejo que lo castre?

Helena se quedó mirando la escena unos momentos, entonces les dio la espalda a ambos y le dedicó una mirada tan vacía que lo preocupó.

—Todo lo que quiero hacer es entregar a esa comadreja a la policía, para poder recuperar mi casa —aceptó con la misma tranquilidad agotada de hasta el momento—, y no volver a ver su cara nunca más.

Asintió, pero no le quitó el ojo de encima.

—Todo volverá a tus manos tan pronto se cumpla la fecha de la deuda —le explicó—, y él habrá tenido exactamente lo que se merece.

Aceptó sus palabras y dejó escapar un profundo suspiro.

—Llévame a casa, por favor.

—¿A casa?

—Sí, a la Mansión —repitió dejando claro qué lugar representaba para ella el hogar.

## CAPÍTULO 24

Aric cerró la puerta del dormitorio con cuidado, Helena no había pronunciado palabra desde que la había traído de vuelta, se había tumbado en la cama y, para su eterna sorpresa, había roto a llorar.

Sus lágrimas lo habían desestabilizado, no sabía cómo enfrentarse al llanto, cómo hacer que dejase de llorar, qué decir, pero al parecer todo lo que necesitaba era que se quedase a su lado, abrazándola en silencio hasta que se quedara dormida.

El agotamiento la había vencido al fin, la última semana había sido un cúmulo de situaciones y descubrimientos a los que no había tenido tiempo de hacer frente, lo había aceptado todo como buenamente había podido, adaptándose al momento, pero al final le había pasado factura.

Helena era una mujer con emociones fuertes, intensas, así era como vivía, como sentía y solo podía adivinar lo que el final del servicio supondría para ella.

Echó un vistazo a la puerta y abandonó el área para dirigirse hacia la sala común de la planta, escuchó música al llegar vio a Gawrin sentado con una copa y un libro en las manos.

—Espero que Helena tenga mejor aspecto que tú.

No respondió, se limitó a entrar y se dejó caer en un asiento contiguo. Había vuelto a dejar salir sus alas, necesitaba sentirse él mismo de nuevo.

—¿Lo ha enfrentado? ¿Se ha enfrentado a su dolor?

—Estaba tan fría, era como si lo viese todo desde la distancia —se encogió de hombros—, como si lo que estaba ocurriendo ya no fuese con

ella.

—Quizá sea así.

—También es verdad que la señorita Castle no le dio mucho espacio, esa mujer parece una erinia.

Su amigo se rio.

—Lena no ha hecho otra cosa que llorar desde que volvimos — continuó pensativo—. El agotamiento la ha dejado vacía, se ha dormido.

—Y, de algún modo, esto también te ha afectado a ti.

—Lo miró y su amigo se rio a carcajadas, dejó el libro a un lado y lo miró.

—Lo sabes, ¿no?

—¿Qué estoy jodido?

—Que estás enamorado hasta la médula de una humana —sentenció—. La has marcado más de una vez, tu aroma está sobre toda ella y tú, está claro que te has alimentado o no estarías tan jodido.

Gruñó, era todo lo que podía hacer al respecto.

—Aric, ¿por qué te resistes a lo que quieres?

—Es humana.

—Rhiannon también lo es y ha decidido quedarse con Fey.

Negó con la cabeza.

—No puedo hacerle eso, no puedo quedarme con ella, Gaw, no puedo consumir su vida de esa manera. La humanidad es frágil...

—Helena no me parece tan frágil cómo crees que es.

—Morirá en un puñado de años, ¿y entonces qué? —insistió—. Envejecerá, se consumirá y yo... yo seguiré así. Terminará odiándome, se dará cuenta de que ha perdido parte de su vida quedándose conmigo.

—Podrías ofrecerle compartir tu vida...

Negó.



—No le quitaré lo que es suyo, no voy a aprovecharme de ella como lo ha hecho esa sanguijuela...

—Ya la has reclamado, solo es cuestión de...

Volvió a negar con la cabeza y Gaw resopló.

—¿Por qué no se lo preguntas primero a ella? —insistió una vez más —. Tu mujer tiene derecho a poder elegir.

—Helena merece tener su propia vida, una humana libre... merece ser feliz.

—Y de todos los ciegos en el inframundo, tú eres además el que está sordo.

—¿Disculpa?

Puso los ojos en blanco, se levantó y puso un dedo sobre la boca, silenciándolo.

—Luego podrás darme las gracias.

Sintió como se desplegaba el poder de las ilusiones, todo a su alrededor empezó a cambiar y las sombras lo engulleron atrapándolo como un simple espectador en lo que parecía un antiguo salón de baile.

—Ah, llegas como caído del cielo, pajarito —escuchó a su amigo, siguió el sonido de su voz y allí estaba ella—. Pasa, pasa...

Helena miró a su alrededor, sabía que le gustaba lo que veía, le brillaban los ojos, algo que no había ocurrido las últimas horas. Al parecer, todo lo que necesitaba hacer era llorar y así descargar de todo lo que llevaba encima.

—Lo siento, Gawrin, creí que Aric estaba aquí.

—Sí, ha estado aquí, de hecho, volverá en un rato, así que quédate.

Sonrió suavemente y negó con la cabeza.

—No quiero molestarte...

—No me molestas, además, necesitaba una pareja de baile y, si se lo

pido a Aric, me morderá como se me ocurra tocarle el culo.

Ella parpadeó, él puso los ojos en blanco y siguió con la mirada la figura de Helena cuando Gaw la atrajo con su magia, envolviéndola en ella, atrapándola en el mágico baile.

## CAPÍTULO 25

Helena se quedó parada, mirando la sensual manera en la que se movía Gawrin al compás de la música. Estaba solo, en aquel escenario de ensueño que había creado, moviéndose con una suavidad y elegancia hipnótica. Sus ojos se encontraron con los suyos y volvió a hacerle la misma invitación tendiéndole la mano.

Incomprensiblemente se sintió atraída hacia él, levantó la mano, haciendo espejo con la suya, palma con palma, sin llegar a tocarse y sintió el mágico tirón que parecía obrar la música alrededor de ellos.

La letra de la canción parecía hablarle al oído y no pudo hacer otra cosa que escuchar.

*Aunque no sea fácil de aceptar...  
Hoy que no estás es más difícil respirar  
Y aunque el amor es no llorar  
Lloro porque digo la verdad*

Se meció a su compás, moviéndose voluntariamente a través del nacarado suelo del salón de baile, la falda arremolinándose en sus piernas con cada traslado, levantando el vuelo con cada giro, mientras sus ojos se mantenían prisioneros de los de él.

—Tú no estás ciega, pero eres incapaz de encontrar las palabras.

Parpadeó ante sus palabras pues no entendía a qué se refería.

—¿Qué palabras?

—Las que se deben pronunciar para que se puedan oír.

Le sonrió, cambió una palma por otra al ritmo de la música, parecía obligarla a seguirle, a ir tras él, como si el dejarle no fuese una opción.

*Y la verdad es que hoy no estás  
Y aunque quisiera enamorarte una vez más  
Dejaste claro que te vas*

La rodeó con una mano la cintura y la llevó con él a través del suelo de damasco, moviéndose con rapidez, cada pisada parecía más fuerte que la anterior, más decidida, hasta que se hicieron igual de ingravidas y por un breve instante sintió que volaba.

Posó la mano izquierda sobre su hombro y le cedió la derecha como si bailasen un vals, se dejó guiar, cerró los ojos y dejó que la música la envolviese, esta era como un río de agua que navegaba por su torrente sanguíneo, despertaba los secretos guardados en su interior y los sacaba al exterior.

*Cuando te vi  
El futuro se me hizo pequeño  
Fue tan fácil jurar que era eterno  
Nunca es así, nada es así*

Tiró de ella hacia él, la hizo girar y volvió a atraparla una vez más, en ningún momento perdió el ritmo o el enfoque en su mirada.

—Alguien debe dar el primer paso, alguien debe tener valor.

—Me parece que esa no es la letra de la canción.

Se rio, le ciñó la cintura y la alzó en un suave giro.

*Le pido al cielo  
Que si hoy tú te vas y me quedo  
Me deje tu risa entre hielo  
Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo  
Le pido al cielo*

—Es la letra de la canción que vive en tu interior, la que pone banda sonora a tus emociones, a tus deseos, a lo que sientes con tanta fuerza que incluso alguien sordo podría escucharla.

—Pues tienes mejor oído que la mayoría.

—No es a la mayoría a quién venías buscando, es solo a uno que tiene tanto miedo como tú al futuro, a lo que puede encontrar si tan solo se arriesga contigo.

Aquello la sorprendió.

—¿Tiene miedo? ¿A qué?

—A pasar una vida demasiado larga sin ti.

*Que si es tan bueno  
No queden a medias mis sueños  
Me deje en tu vida ser dueño*

La hizo girar y fueron otros brazos los que la cogieron, otra mirada a la que sostuvo la suya.

—Aric...

—Baila conmigo.

Asintió y le permitió guiarla de nuevo, pero bailar con él no era nada parecido a lo que había sido hacerlo con Gawrin, cada una de sus emociones

parecían cantar al mismo ritmo que la canción, dando voz a lo que sentía.

*Me quedo las canciones y mi corazón empeño*

*Yo te lo ruego*

*Juro y te espero*

*Que vuelvas, por favor le pido al cielo*

—¿Por qué lloras, Helena?

Se llevó una mano a los ojos y notó húmedas las mejillas.

—Ni siquiera me di cuenta de que había vuelto a hacerlo.

Se quedaron mirándose, moviéndose con una agilidad asombrosa a pesar de que volvía a mostrar sus alas, sus pasos eran firmes, pero ella se sentía muy liviana entre sus brazos.

—No soporto verte llorar, me siento... impotente.

Sonrió a duras penas.

—No puedo evitarlo, yo solo... yo solo...

—Helena...

*Y aunque no me quieras escuchar*

*Voy a llamarte cada noche una vez más*

*Porque quererte es no olvidar*

Negó con la cabeza, se soltó de sus manos, pero ahí estaba Gawrin, recogéndola como si fuese un pase compartido, reteniéndola para que no pudiese huir de aquello que la hería, de la necesidad que nacía de lo más profundo de su interior.

—Déjame ir, por favor.

Negó con la cabeza, sus ojos parecían brillar con un caleidoscopio de

colores, como si fuesen sus propias ilusiones jugando en sus pupilas.

—No quieres que lo haga, no quieres irte, Helena, quieres quedarte, quieres que alguien te retenga...

—Él no lo hará.

Chasqueó la lengua y le susurró al oído.

—Pero mira que sois cabezotas.

Aflojó su agarre sobre ella solo para hacerla girar de nuevo y enviarla a través de la pista a otros brazos, aquellos en los que quería estar, a los que no quería dejar, pero en los que no podía mandar.

*Sólo por ti*

*Aprendí que se besa despacio*

*Que es más fuerte el poder de un abrazo*

*Siempre fue así, ya no es así*

—No puedo darte lo que deseas. —Aric se la bebió con la mirada, había en esos ojos un dolor, una impotencia que sentía en su propio interior como un eco—. No puedo quitarte lo que es tuyo.

—¿Acaso sabes lo que deseo, sabes lo que es mío? —Sacudió la cabeza—. Te marchaste dejándome vacía, no quiero volver a sentirme así.

—No dejaré que vuelvas a sufrir.

—¿Y cómo lo harás? ¿Borrarás de nuevo mis recuerdos? ¿Te borrarás de mi mente? ¿Cómo va a funcionar ahora cuando no funcionó antes? —Sacudió la cabeza—. No quiero olvidarte, no quiero olvidar nada, no quiero olvidar que te quiero, porque eso es lo que más duele, Ari, saber que te quiero con toda mi alma y que mañana solo sentiré un insondable vacío.

—Helena, si me quedo a tu lado, tú seguirás adelante, pero yo permaneceré así, mi tiempo no es el mismo que el tuyo, no puedo verte morir,

no puedo ver morir a la mujer que amo.

Sus palabras le provocaron una punzada en el estómago. Había miedo en los ojos de Aric, miedo a perderla.

*Le pido al cielo  
Que si hoy tú te vas y me quedo  
Me deje tu risa entre hielo  
Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo*

—Este no es tu mundo, no es tu lugar.

—¿Y cuál lo es? ¿Uno en el que los recuerdos me arranquen la vida? ¿Dónde mis sueños se queden a medias? ¿Dónde tú no estés? No quiero un lugar como ese, no quiero un mundo así.

Se soltó de su mano sintiendo que se ahogaba, quería alejarse de él, pero Gawrin no iba a permitirle. La recuperó, alejándola de su amante, llevándola en alas de la melodía hasta un lugar en el que la soledad de la ausencia se hizo más intensa.

—¿Quieres permanecer junto a él? Rechaza la vida que tienes y abraza la que él te dé.

—¿Qué vida? Aric no me quiere en su vida, no me quiere...

—Claro que te quiere, tontita, te quiere tanto que está muerto de miedo.

—No sé cómo ganar esta batalla, Gawrin.

—No tienes que ganar, Helena, solo tienes que lanzar los dados y esperar.

Lanzar los dados y esperar. Arriesgarse y jugar.

No juegues a los dados con un demonio, le había dicho él una vez, no juegues... Pero lo haría, se arriesgaría una vez más, una última vez por el amor que nunca había abandonado su pecho después de conocerle a él.



*Le pido al cielo  
Que si es tan bueno  
No queden a medias mis sueños  
Me deje en tu vida ser dueño  
Me quedo las canciones y mi corazón lo empeño  
Yo te lo ruego, juro y te espero*

Apretó la mano que envolvía la suya en un silencioso agradecimiento, cerró los ojos y dejó que la melodía la envolviese, que las ilusiones de aquel demonio amigo la condujesen a dónde debía estar y cuando los abrió, tenía frente a ella al *sanguinar* que amaba.

—Todavía estoy en aquella playa, nunca me he ido de allí, Ari, estoy esperándote y seguiré haciéndolo en la vida que me toque vivir, en el mundo en el que me toque estar, en el tiempo en que deba vagar si con ello puedo volver a encontrarme contigo.

*Hoy lo entendí  
Que el amor se te fue en unas horas  
Y aunque ruego y te ruego, me ignoras  
Siempre es así,  
hoy lo entendí*

Se apretó contra él, rodeándole la cintura con los brazos, apoyando el rostro en su pecho y musitó.

—Te quiero a ti, siempre te he querido y, aún si me dejas de nuevo ahora, seguiré queriéndote hasta que las estrellas se caigan del firmamento y ya no haya luna que ilumine nuestras noches —insistió, levantando ahora el

rostro para encontrarse con el suyo—. No quiero una vida en la que tú no estés, si ha de ser breve, que así sea, pero no me alejes, no nos robes lo único que tenemos.

Le cogió la mano y la posó sobre su rostro, sus ojos presos de los suyos.

—Mírame, Lena, mírame bien, comprende lo que soy, lo que siempre seré, no hay vuelta atrás —aseguró él con una frialdad destinada a alejarla, a asustarla, pero ese truco ya no servía con ella, era viejo.

—No necesito una vuelta atrás mientras la vida que obtenga esté junto a ti.

—No lo hagas, no me lo pidas.

—Ya lo hice, Aricles —le recordó—. Esa tarde en la playa nos convertimos en uno y estando separados no hemos sido más que la mitad de cada uno, sé que lo sientes, que lo has sentido en cada momento que hemos compartido esta última semana.

—Dejarte fue lo más duro que he hecho en mi vida, Helena, pero amar da demasiado miedo...

—Sí, pero duele mucho más no hacerlo, Ari, mucho más no hacerlo.

La música los envolvió una vez más, como un recordatorio de lo que eran, de lo que habían arriesgado, de lo que estaban dispuestos a arriesgar hasta el final.

*Le pido al cielo*

*Que si hoy tú te vas y me quedo*

*Me deje tu risa entre hielo*

*Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo*

*Le pido al cielo*

—Eres mío. —Sentenció cogiéndole el rostro y mirándole los ojos—. MÍO, Aricles, si tengo que jugar de nuevo con esos malditos dados, lo haré. Porque ya no soy yo la que tiene algo que perder, eres tú quién tiene algo que ganar.

—Helena...

—Te quiero, me da igual lo que eres, quién crees ser o la apariencia que tengas, yo solo... te quiero y quiero pasar mi vida, sea cual sea, dure lo que dure, junto a ti.

Él le acunó el rostro en la palma y no pudo evitar rozarse contra ella como una gatita.

—Mi Helena —le acarició la mejilla con el pulgar—. Siempre has estado en mí, nunca te has ido, nunca podrías... nunca te vayas, nunca me dejes sin tu amor.

—No lo haré, amor mío —musitó con una sonrisa—. No volvamos a separarnos, Aric, nunca te vayas de nuestra playa.

—Allí estoy ahora, Lena, esperándote.

Asintió.

—Bien, porque yo nunca me he ido de ella.

*Que si es tan bueno  
No queden a medias mis sueños  
Me dejen en tu vida ser dueño  
Me quedo las canciones y mi corazón lo empeño  
Yo te lo ruego,  
juro y te espero  
Que vuelvas, por favor le pido al cielo.<sup>[4]</sup>*

## EPÍLOGO

Helena se despertó con la sensación de haber vivido un sueño, la última semana era lo que parecía, un sueño tan extraño que no había manera de que fuese real. Sonrió, una sonrisa que no había curvado sus labios en cinco años, que no había llenado su pecho con una mezcla de felicidad y nervios como la que ahora palpitaba en su interior. Hizo a un lado las mantas y se desperezó. Las zapatillas la esperaban a los pies de la cama, su bata justo dónde la había dejado aquel día, hoy no había nadie que aporrease la puerta, ningún timbre que sonase de manera repetida, ni notario o policías que la sacasen de su propio hogar con lo puesto.

Mich no era más que una muesca en su pasado, todo el daño que le había hecho lo había pagado, ya no le importaba que fuese de él, en su mente existía un solo hombre y estaba dispuesta a pasar el resto de sus días con él.

Se dio una rápida ducha, rebuscó en su armario en busca de la ropa que quería llevar y sonrió traviesa mientras elegía con cuidado la lencería que la envolvería bajo el vestido.

Cada nuevo paso que daba la acercaba un poco más a la felicidad más completa, al lugar al que entró con miedo, con cautela y que le concedió, aún sin saberlo, el mayor de sus deseos.

Esta vez no fue detenida en la entrada, le abrieron la puerta con total

cordialidad y la invitaron a entrar, escuchó los sonidos típicos del casino, las voces de los que apostaban, sonrió al encontrarse con Fey, quién se paseaba con traje y una encantadora pelirroja del brazo a la cual le presentó como Rhiannon y con quién prometió hablar en otro momento. Sin duda, ambas tenían mucho en común.

Intercambió un saludo con aquel al que apodaban La Banca y fue directa a la mesa de *Craps*, dónde Aric, ataviado con esa etiqueta propia del casino, la recibió con una sonrisa y un par de dados rojos brillantes.

—Bienvenida al casino, señorita Albus.

La recorrió con la mirada sin disimular su apetito, sabía que el vestido blanco revelaba generosamente sus senos, que moldeaba sus curvas y la larga abertura que bajaba desde el muslo dejaba a la vista una de sus piernas y las sandalias plateadas que se había puesto para la ocasión.

—¿Tiene intención de apostar esta noche?

Se lamió los labios pintados de un intenso rojo carmín, echó un fugaz vistazo a la mesa y estiró la mano pidiendo los dados.

—Solo si acepta mi apuesta, señor.

—¿Cuál es la cantidad que desea apostar?

—Una eternidad —declaró mirándole a los ojos—. Si gano, me darás una eternidad.

—¿Y si pierde? —Depositó los dados en la palma de su mano.

—Si pierdo, seré tuya toda la eternidad.

—Um, no deberías jugar a los dados con un demonio, amor mío —ronroneó señalando la mesa—, no a menos que estés dispuesta a entregarte para siempre.

Giró la mano y dejó que los dados cayesen sobre el tapete, se inclinó sobre la mesa, enlazó los dedos en su corbata y tiró de él hasta que quedaron muy cerca.

—Lo estoy, Aric, lo estoy.

---

[1] El Craps, también llamado pase inglés, es un juego de azar que consiste en realizar distintas apuestas al resultado que se obtendrá al lanzar dos dados en el tiro siguiente o en toda una ronda

[2] Juego de cartas francesas común en los casinos, semejante al *blackjack*.

[3] Juego de cartas, propio de los casinos con una o más barajas inglesas de 52 cartas sin los comodines, que consiste en sumar un valor lo más próximo a 21, pero sin pasarse.

[4] ***Canción “Le pido al cielo” de Luis Fonsi.***



*Nzofrenick*

*"La lectura hace al hombre completo;  
la conversación lo hace ágil,  
el escribir lo hace preciso".*

*Francis Bacon*

